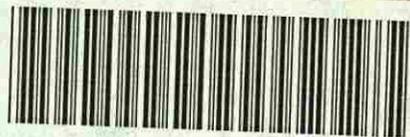


MICROS

OCIOS  
Y  
APUNTES

PQ7297  
.C189  
03



1020028171



UNIVERSIDAD NACIONAL DE MADRIGAL  
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Num. C. A. N. V. T. O.  
 Num. A. U. N. I. V. E. R. S. I. D. A. D. N. U. E. V. O. L. E. O. N.  
 Num. A. U. T. O. N. O. M. A.  
 Precio  
 Res. A.  
 Clasific. C.  
 Catalogo

*Handwritten:*  
 34432  
 14800  
 CC

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO  
 RICARDO COVARRUBIAS

OCIOS  
 Y  
 APUNTES  
 POR  
 MICRÓS

(DEL "LICES MEXICANO")

099815



MÉXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE  
 BAJOS DE S. AGUSTÍN N. 1

1890  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 Ando. 1625 MONTERREY, MEXICO

34432

848  
M.



PQ7292  
C189  
03

EDICIÓN DE 530 EJEMPLARES

500 en papel mexicano.  
30 en papel francés.

AL SEÑOR

D. GONZALO A. ESTEVA

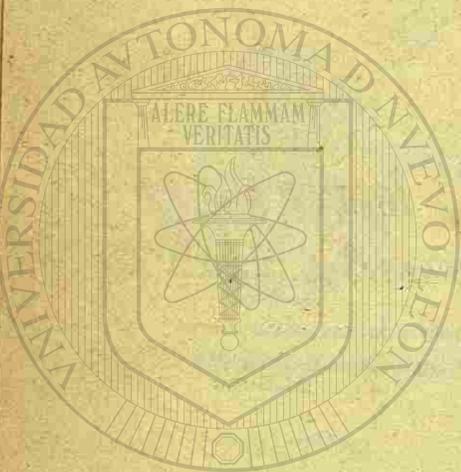
HUMILDE HOMENAJE DE MI AGRADECIMIENTO.

El Autor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

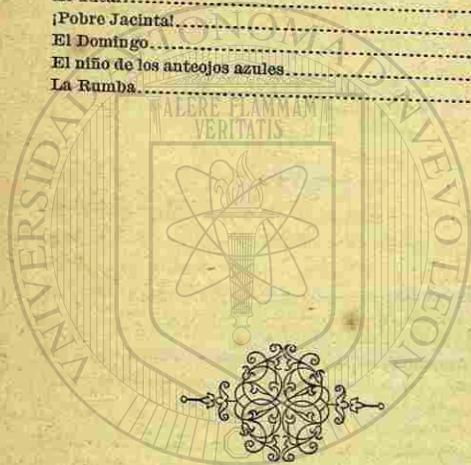
CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.



## INDICE.

	Págs.
Reminiscencias.....	V
Almas blancas.....	1
¡Pobre viejo!.....	11
Fleur d'oranger.....	21
El Pinto.....	33
Historia de unos versos.....	43
Idilio y Elegía.....	58
Prosa pequeña.....	63
Doña Chole.....	77
Las Violetas.....	87
El ciudadano Gestas.....	93
"Gladiator".....	107
Las moscas.....	119
Mariposa.....	121
Hiedras.....	124
Brisas y Ondas.....	128
Hojas y plumas.....	131
El caramelo.....	132
Desde lejos.....	135

Caifás y Carreño.....	137
Notas de Cartera.....	147
La Pantomima.....	159
El Ideal.....	169
¡Pobre Jacinta!.....	179
El Domingo.....	191
El niño de los anteojos azules.....	201
La Rumba.....	211



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

---



---

## REMINISCENCIAS.

---

Parecía que todas las buenas hadas que se reunieron en torno de la cuna del hijo de la duquesa de Orleans, y de que nos habla Macaulay, iban á estar también presentes en el nacimiento de este libro, acogido de antemano por el público con aplausos merecidos, escrito con gran talento, hermoso estilo, admirable espíritu de observación é impreso con gusto y elegancia.

El prólogo iba á ser digno de la obra, porque el prólogo estaría escrito por Altamirano, que no tiene rival en este género entre nosotros; pero el Maestro se halla ausente de la patria, lejos de todo lo que es suyo, de sus personas más queridas, de sus hijos del corazón y de sus hijos intelectuales, y la nostalgia primero, y después la enfermedad de su angelical Margarita, y sus atenciones del consulado, y su vida vertiginosa en París, le han impedido cumplir su promesa, con sentimiento del autor, que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

se ve privado de un estudio magistral, y con gran pena de parte mía, que tengo que hacer hoy lo que él debía haber hecho, no porque lo merezca sino por obsequiar los deseos de un amigo á quien no puedo negarme.

Una hada maléfica ha sido, pues, la que impidió que se escribiera el prólogo prometido.

¡Y cuánto es de sentirse! pues por muchas circunstancias debería ocupar el lugar de estos renglones, entre otras, porque seductor hubiera sido el estudio en que el patriarca de nuestra literatura contemporánea juzgara al Benjamín de nuestros escritores; Benjamín por su edad, por su estatura, no por su inteligencia, ni por sus escritos.

¿Y qué diré yo de *Micrós*, que sea digno de sustituir lo que hubiera escrito el Maestro hoy ausente de nosotros, sobre el más querido de sus discípulos? Nada.

Me encuentro indeciso, y sólo acuden á mi mente cosas íntimas, recuerdos de ayer, impresiones de estudiante, y escenas de bohemio.

Á *Micrós* lo conocí hace muchos años en una cátedra de latín que daba en San Idefonso un sabio humanista y excelente traductor de Próspero y de Prudencio, y de un genio tan sencillo que nunca nos reconvino, ni por nuestra ignorancia ni por nuestras pláticas. La clase, sin embargo, era can-

sada, monótona, y recuerdo que solo una ocasión despertó nuestra curiosidad, cuando el profesor nos dijo que iba á demostrarnos científicamente que *Josué había parado el sol*; pero tocó la desgracia que en aquellos instantes la campana del *Colegio grande* anunció el término de la clase; la explicación no se hizo, quedó siempre aplazada y nunca cumplida.

Pues bien; en aquella cátedra sombría, acostumbraba yo sentarme allá arriba, en la última grada, y *Micrós* abajo en el primer peldaño. Cierta mañana, en que el grado del fastidio había invadido hasta el bueno del profesor, noté que á hurtadillas de éste, y poco á poco *Micrós* iba subiendo las gradas, y con el pretexto de pedirme un lápiz para dibujar una de sus muchas caricaturas con que desde entonces distraía sus ocios y con cara halagüeña y franqueza sin igual, me dijo:

—¡Hombre! tengo muchos documentos sobre la Historia de México; mi padre me dejó muchos apuntes, sé que es vd. afecto á todo esto. . . . ¿Desearía Vd. verlos y decirme adónde puedo enviárselos?

Aquel condiscípulo diminuto de cuerpo, de ojos vivos y chispeantes, me sedujo, me simpatizó, le ofrecí mi casa, y desde ese día fuimos amigos; amigos inseparables, con idénticas aficiones literarias y las mismas esperanzas para el porvenir.

Las vacaciones de ese año las pasamos en un pequeño gabinete de mi casa, mitad pajarera de canarios y mitad biblioteca, en la que solo había espacio para un confidente en el que tomábamos los dos asiento.

Ahí leímos mucho, durante aquel invierno y después durante varios años. Fumábamos sendos cigarrillos y apurábamos aromosas tazas de café. Nuestras lecturas predilectas eran los novelistas contemporáneos franceses, españoles, rusos, desde Zola hasta Tolstói, desde Pérez Galdós hasta Turgueneff, sin olvidar á los nuestros, á Fernández de Lizardi, á Fernando Orozco, á Justo Sierra (padre), al trascendental Facundo, á Guillermo Prieto y á nuestro inolvidable Altamirano.

Ahí soñamos, preparamos nuestros exámenes, pronunciamos nuestros primeros discursos, hicimos juicios críticos, escribimos los primeros ensayos y concebimos finalmente la idea de fundar el *Liceo*, santuario de nuestras glorias y de nuestros afectos.

En esa época también, tuvimos ocasión de realizar uno de nuestros más vivos deseos, conocer al Maestro Altamirano.

El distinguido escritor nos había dado grátis, una clase de historia, y un día de su cumpleaños, sus discípulos quisieron hacerle un obsequio modes-

to, humilde, pero hijo del agradecimiento y de la admiración.

Se nos nombró á *Micrós*, Chávez, otro bohemio, y á mí, para presentarle el obsequio.

¡Con qué ansiedad, con qué emoción tocamos la campanilla de la casa del Maestro! Nunca lo habíamos visitado; hasta ahí nuestras relaciones habían sido las del profesor y el discípulo. ¡Y qué pena nos causó no encontrarlo! Mas no nos conformamos, y preguntamos dónde podría estar.

Se hallaba en la *Sociedad de Geografía y Estadística*, en el gran salón de sesiones, solo, triste, escribiendo é inclinado sobre el papel. Cuando entramos se levantó, bajó apresuradamente la plataforma, nos fué á estrechar entre sus brazos; después elogió el obsequio, y con esas frases que sólo él tiene, con esa elocuencia que nace sencilla de su corazón, para revestirse en sus labios de magia y encanto, nos habló de muchas cosas, nos dijo que seríamos sus elegidos, su trinidad predilecta, y nos prometió ser nuestro mentor, nuestro amigo, nuestro padre intelectual. Desde ese día, *Micrós* y yo estrechamos más nuestra amistad y alentados por el más sabio de nuestros amigos, que siempre ha tenido una palabra de entusiasmo para el que comienza, una lección para el que ignora, una frase consoladora para el que desconfía, continuamos llenos de fe y de es-

peranza cultivando la literatura, y desde entonces también surgieron los primeros bocetos realistas de *Micrós*, escritos siempre con el noble objeto de merecer la aprobación del Maestro, que se publicaron en el *Liceo* y otros periódicos, y que al principio lucharon con ese implacable desdén con que se miran los ensayos, pero que poco á poco triunfaron de tan injusta indiferencia.

El éxito ha coronado los esfuerzos de *Micrós*, pues sus artículos publicados en el *Nacional*, se leen y se aplauden por todos. El estimable director de éste periódico, rara excepción entre la turba de egoístas editores, reúne hoy en este precioso volumen los *Ocios y Apuntes*, insertos por primera vez en aquel diario.

Y aquí creo conveniente poner punto final á estas líneas, que no pueden asumir ni el carácter de un juicio; porque ya lo dije, la obra es de un amigo, de un hermano; la he visto nacer como á un niño, y para éstos solo tengo mimos y caricias, que según dicen, en los prólogos son malos.

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.

---

## ALMAS BLANCAS.

---

A LA SEÑORA  
FELICIANA CUEVAS DE ESTEVA.

---

### I



A te dejo ahí el agua para que te laves, el jabón y la toalla. Puse tu ropa limpia sobre la silla acuéstate para que despiertes temprano y reza. ¿Ya te enjuagaste la boca? El libro de misa que te regaló tu tía está en el cajón del buró. . . . Buenas noches, me llevo la vela. Y la mamá dejó á obscuras la pieza, dando un beso á su hija.

—¿La mano, mamá? Hasta mañana. Me despiertas temprano, ¿eh? Tenemos que estar á las siete en punto.

¡Cuántas emociones, Dios mío! Al repasarlas en la memoria la pequeña Julia, sentía estremecimien-

peranza cultivando la literatura, y desde entonces también surgieron los primeros bocetos realistas de *Micrós*, escritos siempre con el noble objeto de merecer la aprobación del Maestro, que se publicaron en el *Liceo* y otros periódicos, y que al principio lucharon con ese implacable desdén con que se miran los ensayos, pero que poco á poco triunfaron de tan injusta indiferencia.

El éxito ha coronado los esfuerzos de *Micrós*, pues sus artículos publicados en el *Nacional*, se leen y se aplauden por todos. El estimable director de éste periódico, rara excepción entre la turba de egoístas editores, reúne hoy en este precioso volumen los *Ocios y Apuntes*, insertos por primera vez en aquel diario.

Y aquí creo conveniente poner punto final á estas líneas, que no pueden asumir ni el carácter de un juicio; porque ya lo dije, la obra es de un amigo, de un hermano; la he visto nacer como á un niño, y para éstos solo tengo mimos y caricias, que según dicen, en los prólogos son malos.

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.

---

## ALMAS BLANCAS.

---

A LA SEÑORA  
FELICIANA CUEVAS DE ESTEVA.

---

### I



Y a te dejo ahí el agua para que te laves, el jabón y la toalla. Puse tu ropa limpia sobre la silla acuéstate para que despiertes temprano y reza. ¿Ya te enjuagaste la boca? El libro de misa que te regaló tu tía está en el cajón del buró. . . . Buenas noches, me llevo la vela. Y la mamá dejó á obscuras la pieza, dando un beso á su hija.

—¿La mano, mamá? Hasta mañana. Me despiertas temprano, ¿eh? Tenemos que estar á las siete en punto.

¡Cuántas emociones, Dios mío! Al repasarlas en la memoria la pequeña Julia, sentía estremecimien-

tos nerviosos; una ansiedad mayor que la experimentada al recorrer las leyendas de hadas ó las extrañas aventuras de aquellos niños que en los cuentos tenían que habérselas con ogros de un solo ojo. . . . pero esta emoción no era inspirada por ogros, sino por cosas reales. . . .

Muchas veces les había dicho el cura Sanbenito en el *catecismo* de los jueves, que la confesión era el acto trascendental. “¿Veis, predicaba, veis á los niños que se acercan á su papá y le dicen: papá, yo rompí la taza, pero ya no lo vuelvo á hacer? ¡Se me cayó! . . . . El papá con voz muy dulce, les responde: “cuidadito con otra. . . .” los perdona y los lleva al teatro como les había prometido. “Así, hijitos míos, ese Papá incomprendible, eterno, omnipotente, justiciero, es al que vamos á acudir y á decirle que hemos roto la pureza de la conciencia. Nos dirá: no lo hagas porque perderás mi gracia. . . . Y nos llevará al cielo, no al teatro, ese lugar de inmoralidad, sino al empíreo, donde tocan melodías suavísimas las angélicas orquestas, mil soles iluminan el célico escenario, y las almas sienten los inefables placeres de la contemplación eterna de Dios Nuestro Señor.”

Julia no podía formarse una idea exacta de aquellas frases, sólo sentía un gran respeto y un gran cariño por aquel Señor de barbas blancas que era

Dios. . . . y luego ¡los infiernos! Se tapaba la gentil cabecita con las colchas y ponía la cruz al espíritu maligno. ¿Qué le podía hacer? El Ángel de la Guarda (eso también lo había dicho el padre Sanbenito) ahuyentaba con su espada de llamas al rey de las tinieblas, y velaba así el sueño de los niños.

Llegó el día; mañana y tarde se encerró en un cuarto, pensó en todas las palabras malas que había oído en la cocina, en los golpes que le había dado á su nana, en el muñeco que le rompió á su hermanito por tal de que no jugara con él; las veces que había desobedecido á su mamá que le prohibía las conversaciones con la hija de la portera, el robo del chocolate y el dulce de la despensa, su falta de aplicación en la escuela, los gestos que le hacía á la maestra cuando ésta no la veía, las mentiras: le contó á Pepita Robles que tenía *casa de muñecas* y eso no era cierto. . . . La vez que se rió de aquella señora que se tropezó en la iglesia.

¿Cómo haría su confesión? ¿Por escrito? Pero no sabía escribir bien. ¡Dios mío qué pecadora era! ¡Qué vergüenza! Las niñas del colegio quizá no iban á acusarse de tantas cosas, y ella, ella era la más culpable; ¡qué vergüenza!

Al entrar á la iglesia le parecía que todos los santos la veían enojados; hasta aquella Magdalena otras veces de semblante tan dulce.

La iglesia obscura, desierta; la lámpara ardiente ante el sagrario, el viejo reloj con su péndulo del tamaño de un sol, balanceándose dulce, discretamente, sin ruido, hasta que se oía *¡traa!* después un ruido de cuerda que se desenrolla zumbando, y *tán, tán, tán, tán, tin, tin*, las cuatro y cuarto que sonaban las campanas graves. . . . Un pajarito pianto en las cornisas hacía levantar la vista á las pocas señoras que rezaban; risas, ruido de llaves, grandes cajones que se abren en la sacristía y un cuchicheo en el confesonario; era el padre Sanbenito, pegado el oído en la rejilla, con una mano cubriéndose la boca con el pañuelo á cuadros azules, y la otra recargada en el libro de oraciones lleno de cintas de color. . . . Las niñas desapareciendo tras las capuchas de sus tápalos, y él oyéndolas, mirando vagamente los juegos de luz en los vidrios de colores de las ventanas, las confesadas allá en el rincón rezando su penitencia con mucho fervor, las otras sentadas en el suelo, cubierto el rostro por la mantilla y agrupadas en torno del *tribunal de la penitencia*. . . . De pronto alzaba el padre los ojos, murmuraba un rezo, echaba una bendición, cerraba una ventanilla y daba un golpecito en la otra. La penitente se alejaba con los ojos bajos y una nueva se acercaba á su vez. ¡Qué recio hablaba la Juanita Méndez! había escuchado las palabras: *¡malos pen-*

*samientos!* Tuvieron que taparse los oídos. ¿Qué, se oiría lo que todas decían?

Se llegó su vez. . . . ¿Qué le confesó al padre? Ni ella misma lo sabía. Todo se le olvidó, y tuvo que decir: "acúsome, padre, de todos los pecados que no recuerdo."

*Una estación de penitencia*, y se alejó con los ojos bajos decidida á no pecar más. . . .

Las niñas deben haber leído todas sus faltas en la frente: estaba roja y apenas tuvo tiempo para dejarse caer de rodillas junto á un santo de barbas blancas con un báculo y un cerdo á los pies: San Antonio Abad.

¡Qué luchas! Sin querer se le habían salido palabras duras, había mentido; pensó en las muñecas, cosa que no debe hacerse después de un acto tan grande; no había dicho completo el *yo, pecador*; se conocía que el diablo, envidioso, le presentaba ocasiones de pecar; pero de qué servía? Ella (lo había dicho el padre Sanbenito) estaba blanca como el Cordero del Señor, la paloma emblema de pureza. . . . Y cuando sintiese tentaciones debía decir *¡Ave María!* y el demonio, mordiéndose de rabia, azotándose, caería á los abismos. . . . ¿María me saludó sería? ¿Qué culpa tengo yo de que mi traje blanco sea más ó menos bonito que el suyo! ¡Ay, es una envidiosa! ¡Qué horror! había hablado mal del

prójimo y eso era pecado! Ángel de la Guarda, defiéndeme; el diablo me tienta. ¡Aemaría! Y se quedó dormida. . . . .

II

En las rendijas de la puerta encendió el alba pálidos rayos de claridad. Ella despertó. ¿Qué horas serían? Tuvo que apretar los labios al lavarse para que no le entrara agua, porque así interrumpía el ayuno. Todos dormían en la casa; sólo en el cuarto del baño los pájaros armaban una alharaca atroz en sus jaulas cubiertas por trapos. Llamaban la primera misa en la Iglesia. Todavía brillaban algunas estrellas como gotitas ardientes en la bruma pálida y dorada del amanecer. . . . . Debía hacer mucho frío. . . . Los vidrios estaban opacados por el vaho que se fundía en lágrimas. . . . . No habían apagado la veladora de porcelana, señal inequívoca de que su mamá no despertaba, y de puntillas se acercó al cuarto. . . . . ¡Todos dormían!

En la media luz nada se distinguía! ¿Dónde estaría el abrochador para las botas? Tal vez en el alhajero de cristal. . . . . ¿Y las ligas? ¿Se habían olvidado? . . . . ¡Malo! las cintas de las enaguas es-

taban hechas un nudo. ¡Mamá! ya es muy tarde. . . . Momentos después la mañana reía en el cielo azul. En las macetas, en las vidrieras relampagueantes, en los florones de la alfombra, en todo. . . . . ¡qué día tan azul! ¡qué nubes tan limpias! ¡qué tonos dorados tan tiernos en las cornisas blancas de la azotea! Todo era luz; hasta ella, flor matinal, tenía la blancura de la nube en el crespón flotante, vaporoso del velo; el azul puro en los ojos y en el alma; el gorjeo del ave en el labio. . . . . y las tintas suaves, la luz tranquila en la mirada. . . . . Todo era blanco: el velo, el listón, el gros del vestido, el encaje. Parecía una filigrana de nieve, un juguete de porcelana, una miniatura en mármol y oro. . . . . el oro en los cabellos, lo immaculado en el traje. . . . .

III

Todas se arrodillaron; parecía que una nube de incienso se había tendido en las alfombras desbordando el lino del comulgatorio. . . . . Era una bruma de velos solo manchada por la nota oscura de los cabellos negros ó la blonda aureola de los cabe-

Los rubios. . . . . La luz tenía caricias para el estuco pálido del altar; prendía estrellas de oro en cada cornisa, en cada candelero; arrancaba chispas de color á los prismas del candelabro; iluminaba los dorados del misal; parecía incendiar el cáliz, y en medio de aquellos reflejos, el padre Sanbenito, anciano, blanco, grave, envuelto en la casulla de bordados brillantes. . . . . Las ráfagas del sol dibujaban su banda diagonal en el espacio rompiendo nubes de incienso: parecían un chorro de luces de Bengala al inflamar los vidrios de colores. . . . . El padre descendió lentamente la hostia pequeña y alba; el monaguillo rojo al lado. . . . . la patena arrojaba su reflejo á aquellos rostros de siete años, perfilaba dulcemente los entreabiertos labios, alargaba la sombra de los ojos bajos. . . . . mientras el órgano, con acentos poderosos de guerra, hacía temblar las bóvedas. . . . .

¡Qué hermosa la mañana al salir! ¡Qué orgullo en las frentes maternas! ¡Qué triste el mutilado que pedía limosna en el atrio! . . . . ¡Qué sucias las muchachillas curiosas que encontraron al salir y que no habían hecho su primera comunión! . . . .

Los salones del colegio estaban inconocibles: las mesas tendidas, las tazas azules coronadas de flores, el techo con guirnaldas, las paredes con banderolas y coronas de ciprés; el altar de la Virgen co-

mo una ascua, y el suelo sembrado de amapolas pisadas, pétalos de rosa manchados de ladrillo. . . . . La música de cuerda en la otra pieza. . . . .

—¡No vayan á escupir; enjuáguese la boca antes del desayuno! ¡María levanta á Marta; no alcanza la banca! ¡Los velos, guárdenlos en la clase de geografía! ¡Ponte la servilleta, no te vayas á ensuciar! La que no esté en orden no se desayuna. . . !

Los gritos se cruzaban; el criado, de mandil blanco, hacía equilibrios para pasar los chocolates llenos de flores, los canastillos de los *brioques* estaban vacíos; había niñas que comían pan á secas, otra lloraba porque se le había volteado el chocolate en el mantel; una hacía la confidencia de que iban á llevarla á retratar después del desayuno, y el cálculo de cuánto habrían costado las botas de Luisa. La maestra, con delantal blanco, dió un golpe; era la señal para cantar el coro:

*¡Oh Virgen María!* etc., acompañado por la profesora de solfeo en el viejísimo clavicordio de la *Amiga*. Los niños cantaban con la boca llena de pan, hasta que Juanita desenrolló el papel atado con un listón azul. La pequeña alocución, compuesta ex profeso para el acto por el profesor de escritura, concluía así:

“Lleváis una estrella en la frente: la de la pureza; la vida es un mar. Recordad en las horas de bo-

rasca este día, y que no naufrague esa estrella que, como la de los magos, os llevará al cielo.”

La vida es una borrasca, es verdad: los recuerdos tristes, la duda, el pesar, son sus olas más amargas; las sombras se hacen en el alma; todo parece haber naufragado, haber muerto. . . . Cuando en esa sombra, en esa agonía, no aparece una memoria así, blanca, pura, querida, como las niñas de velo de crespón que llevan una estrella en la frente; cuando no se evocan esos cuadros místicos de la infancia; cuando el alma es un templo vacío, mudo, sin incienso y sin creencias. . . . entonces se dice con una amargura incurable ¡he naufragado!

---

---

## ¡POBRE VIEJO!

(A UROR)



¡La duda, aquella era la casa; lo encontré todo igual. El tiempo, es verdad, la había hecho más triste, porque estaban manchadas las paredes con las huellas de la lluvia, y el musgo dibujaba en ellas siluetas verdinegras: el santo de cantera, el roto macetón en la azotea, el balcón mohoso, la entrada angosta ¡todo lo mismo! Solo que en el ventanillo no se veía la jaula del loro locuaz, ni aquellos tiestos de geranio y rosa de Castilla. . . . ¡Con qué emoción leí aquel rótulo que en fondo negro y con letras blancas casi borradas, decía: “COLEGIO PARA NIÑOS”. . . . !

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
“ALFONSO REYES”  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Subí la escalera de mampostería. Como siempre, ardía en el *descanso* la lamparilla frente á la Virgen de Guadalupe. . . .

Asomó tras el portón verde, no la muchacha harapienta, la *pelona* famosa, sino una viejecilla enjuta. . . . En el silencio de la casa, en el aire discreto de la criada, en todo, adiviné lo que había pasado. . . . ¿El Sr. Quiroz? pregunté.

—Esta mañana á las tres, me respondió con aire compungido la vieja, llevándose el delantal á los ojos. . . . pase usted. . . .

El Sr. Quiroz había muerto! Aquel hombre intachable, aquel cuyo recuerdo apenas vive en tantos que, como yo, mucho le debieron. . . . ¡sólo! ni uno de sus discípulos lo acompañaba en aquella pieza desmantelada que conocía tan bien: el mobiliario miserable de aquella sala pobre; las consolas sin ple; el sofá de cerda; el estante de libros viejos; la esfera terrestre; aquel diploma pegado á la pared. . . . junto á un Mapa-Mundi; la *mesa revuelta* que le regalamos de cuelga el año de 70, llena de firmas infantiles y borroncadas; en medio de la pieza, el catre de hierro, y sobre sus tablas desnudas, un cadáver vestido de luto; un pañuelo cubría su cara, y á los lados dos grandes cirios que ardían. ¡Era el maestro de primeras letras! Con respeto y temor lo descubrí. ¡Cómo había envejecido! ¡Qué aspecto

tan desconsolador en aquellas líneas modeladas por la muerte! . . . . ¡Qué elocuente aquella soledad silenciosa, donde antes todo era bullicio! . . . . Pobre amigo, yo lo acompañaría. Y me senté en el viejo sofá de cerda y me puse á pensar en el pasado! . . .

¿Te acuerdas? Aquellas mañanas cuando oía la voz de mi madre que me gritaba: ¡van á dar las ocho! Aquel mal humor con que me levantaba, aquellas cóleras diarias contra la criada que me restregaba con demasiada fuerza el *zacate* y el jabón al lavarme el pescuezo, la brusquedad con que pasaba el cepillo por los cabellos aún rubios; el desayuno apurado de prisa, y aquel desconsuelo al tomar la bolsa deshecha, donde dormían la pizarra, el libro de Mantilla y el padre Ripalda. . . . ¡Las ocho! Era hora; llorando todavía, llegaba al colegio; la criada me veía subir desde el zaguán, mientras le gritaba antes de tirar del grasiento cordón de la campanilla: ¡Ven á las doce en punto! y entraba.

No puedo olvidar aquella pieza. . . . aquel techo lleno de pelotas de papel mascado, las paredes con letreros y manchas de tinta morada, negra y roja; los mapas polvorientos, las muestras de dibujo, el sistema métrico-decimal; el Corazón de Jesús al frente sobre un reloj siempre parado. . . .

La plataforma pintada de negro y encima la mesa

del Sr. Quiroz; el tintero representando un ciervo; la regla, las *planas* en orden; los libros formando pilas. . . . las dos hileras de bancas y mesas con sus tinteros de plomo; sus candados en las tapas de las papeleras, y tantas letras grabadas con navaja en la madera de los muebles. . . . Me parece volver á aquellos tiempos, siento el aire fresco de aquellas mañanas, el olor del ladrillo recién regado, el sol entrando por el balcón abierto, el Sr. Quiroz golpeando la mesa con la regla y gritando: "¡Pepito López, á su lugar!" para seguir rayando concienzudamente el papel. . . . Juanito Llamas borraba cifras aritméticas en el pizarrón; Miguel Vilches, oculto por la tapa de la papelería, mordía un cuerno de rosca; tras el antifaz de los catecismos platicaban Mejía y Méndez; leía en voz alta Zamudio, y Pepito López, inquietísimo, se deslizaba hipócritamente á lo largo de la banca (siempre era esa su disculpa) para pedir un lápiz á Marticorena ó á mí, que con la vista vaga seguía el vuelo de las moscas que aprisionaba Orozco y pegaba con cera á soldados de papel.

¡Ah, época inolvidable! No se cuidaba uno ni del día ni del mes, sino para saber, porque todos los juegos tienen su temporada, cuándo se debía jugar á las canicas, cuándo al balero, cuándo concluía el reinado del trompo y comenzaba el de los huesos de

chabacano, el *piso* y el *burro*. . . . Sin más temor que el de ser sorprendidos en *in fraganti* conversación, en desiguales cambalaches de pizarrines y caramelos ó en el mayor crimen, fumar, pálicos de espanto, tras la puerta del común, el primer cigarro de *monzón* robado á la ama de llaves!

—¡Pepito, media hora de castigo!

—¡Señor, si no he hecho nada!

—Sí, señor; está usted distraído á Orozco; media hora!

—No, Señor (*girimiqueando*) ¡á la otra!

—¡Á su lugar! (*reglazo*).

Y después de estos diálogos, el Sr. Quiroz seguía rayando papel, hasta que alguno alzaba el brazo y enseñando dos dedos, pedía permiso para *hacer de las aguas*.

—¡Está ocupado! Aquel era el gran pretexto; ir á tomar agua ó á cumplir alguna función fisiológica de grande importancia. En aquellas escapadas se mordía el pedazo de pan, resto del desayuno; se contaban las canicas, y, sobre todo, se estaba fuera de aquella pieza estrecha, de aquellas durísimas bancas, donde colgaban los piés; se lavaban las manos llenas de tinta, frotando los dedos en el ladrillo del lavadero. . . . y haciendo repetir al perico aquella mala palabra que sabía y todos oían con una punzante curiosidad, y se repetía en voz baja, muy

baja, porque si el Sr. Quiroz lo oía ¡al cachote! aquel cuarto húmedo y obscuro, lleno de sillas rotas, tinas desfondadas y ropa sucia; donde paseaban las ratas del tamaño de un conejo. Había alacranes y mestizos, que acobardaban á los más valientes; era preferible dar cien líneas del Urcullu, estar media hora hincado y en cruz, hasta recibir la orden de que no le dieran dulce y fruta en su casa, á entrar á aquella pieza que olía á ropa sucia y á humedad.

¿Cuántas cosas habría en el bufete del Sr. Quiroz? Dicen que ahí guardaba todo lo que les quitaba á los niños; muchas canicas, membrillos mordidos, pedazos de charamusca, soldados de plomo, juguetes de madera, pinturas, caramelos, baleros, trompos; la teja de plomo que servía para jugar al piso, pliegos de papel de colores para forrar libros y tapizar los cajones, armellas, ¡qué se yo! era un tesoro.

¡Qué tristes aquellas tardes cuando estaba uno en la lista con dos ó tres rayitas: cada una era media hora. Todos se iban á jugar al patio y uno se quedaba solo. Gritaba la criada: —¡Por el niño Mendoza!— Hasta las seis, respondía muy serio el Sr. Quiroz. No valían ruegos, no valían pretextos. ¡Es la última, Señor! ¡Ya no lo vuelvo á hacer! Nada, era inflexible.

¿Qué decir en casa, al llegar? ¿Cómo resistir aquella pregunta: “¿Por qué viene usted tan tarde?” Y aquella comparación humillante, de “¿ya ves á tu primo Félix, pues nunca lo castigan?” ¿Cómo presentar los sábados aquella plana donde se repetían cinco veces las palabras Venecia, Valladolid, Valencia, ó aquella máxima escrita con bella letra inglesa: “el estudio es fuente de riqueza,” que uno copiaba con caracteres que parecían patas de mosca ó como aseguraba el Sr. Quiroz, hechos con popotes? ¿Cómo mostrar aquella calificación: conducta, Mal. . . . Aplicación, Mal. . . . Aseo, Bien, escrita al dorso? ¿Cómo coser los pantalones hechos pedazos, el saco lleno de gis, la camisa de tinta, las medias de ladrillo? ¿Cómo curar los moretones sacados en aquellos lances de honor que se ventilaban á las cinco, en un rincón de la azotehuela? Graves preocupaciones de la edad imposibles de resolver á los siete años.

Para nosotros, el Sr. Quiroz era un inquisidor: ¿por qué nos daba *garnuchos* en las orejas? ¿Cómo se enfullinaba cuando alguno se le paraba de *gallito*? ¡Pobre viejo! alguna vez me pregunté, ¿por qué será tan pálido y tan flaco? Más tarde lo he sabido, más tarde he resuelto aquel enigma. Ya sé por qué llevaba siempre aquel saco café lleno de manchas, aquel chaleco gris, aquel pantalón de ca-

simir del país con grandes rodilleras: sé por qué se ponía pensativo al reflexionar en el mañana, y por qué está pálido y flaco un hombre que no tiene dinero, á quien matan lentamente las privaciones, á quien consume el cerebro el repetir año tras año ¿qué es gramática, escribir día tras día el mismo ejemplo de sumar quebrados, resistir el eterno dos por dos cuatro, dos por tres seis; levantarse con el alba, sufrir malas respuestas y cargos de papás descontentos?

Esa es la vida. ¿Por qué el inventor tiene bustos de bronce que lo inmortalicen, retratos y biografías en los periódicos ilustrados?

¿Por qué el mercader es grande y el sembrador se olvida?

¿Por qué sólo se alaba el encaje de piedra que corona las hermosas cornisas y no hay una mención para el cimientó?

Es un amigo de los primeros años; descifra ese jeroglífico encerrado en las páginas de un Silabario, esa frase milagrosa que al pronunciarla se abren los inmensos horizontes desconocidos de la vida, da la clave para arrancar al libro su riqueza, arroja en el alma ese primer germen que diferencia al estúpido del hombre social, y sin embargo, es para todos un pobre viejo retrógrado, porque á fuerza de enseñar ya nada puede aprender, un bilioso que cas-

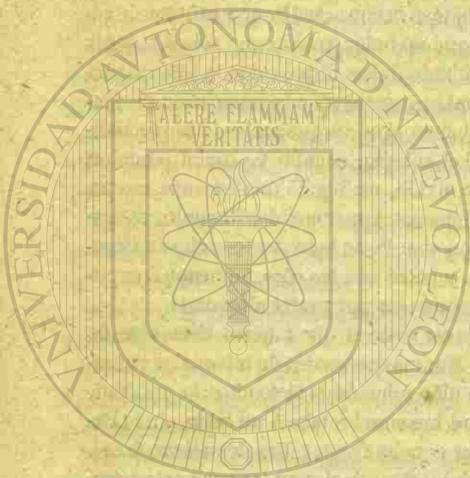
tiga sin justicia, á quien se le paga una vil mensualidad, y ¡hasta luego!

¡Pobre Sr. Quiroz! ¡muerto!

¿Qué se habían hecho aquellos compañeros de colegio, por qué no había venido uno sólo á recoger la última mirada dulce, dulce como la tenía el día de la comunión general y de la repartición de premios? ¡Era bueno, sí; el día que acabé el libro de Mantilla y dejé el colegio; cuando yo usaba pantalón corto, no lo olvido, me regaló una estampa con un San Luis Gonzaga, y conmovido, llorando, se despidió diciéndome: "que logre verte hecho un licenciado". . . y entró con los ojos húmedos á explicar los denominados por partes alicuotas!

No puede ser malo el que muerto tiene cara de santo. . . No; me arrepentía de mis malos pensamientos de niño mimado de siete años: la gratitud, una gratitud inmensa brotaba á mi labio. . . ¿Para qué besar aquella frente? Era demasiado tarde.

¡Pobre viejo, como le decían los vecinos! ya descansaba; y me alejé con una tristeza profunda mientras un grupo de niños salía festivo del zaguán, niños que reían contentos como la mañana porque. . . ¡no había Colegio!



---

---

## FLEUR D'ORANGER.

—•••—  
A F. ARTEAGA.

—  
I

**L**AS escenas alegres del presente, serán recuerdos mañana, recuerdos que en horas menos felices despertarán esa ruda, esa inevitable realidad de la vida que nace de un contraste.

¡Cuánta razón tenía al decirme aquellas frases con esa modulación de las palabras dichas en voz baja y el acento de una confidencia! Hoy que la veo pasar sería grave, pálida y esbelta, saludada con respeto, me es imposible reconocer en ella a la que hace muy poco tiempo, en el rincón tibio del sofá, en la pieza pequeña; perdidos en esa penumbra del día moribundo que borra los contornos de las cosas, me hablaba del amor con ese entusiasmo del que ve el cielo tranquilo y se preocupa más de la rosa de un

celaje, que de la nube sombría de las tormentas. Yo sabía lo que pensaba, cuando nerviosa, inspirada, con esa elocuencia de las personas que de lacónicas se tornan en expansivas; en un arranque me hacía conocer los mundos de poesía que parecían dormir en su alma de virgen de veinte años. Se conmovía hasta las lágrimas con un verso triste, tenía arrebatos de cólera contra ese destino que hiere á dos enamorados de novela, y perdía sus miradas en el papel tapiz, soñadora, cuando escuchaba una romanza de Mendelshon. . . . Veía la vida como la onda tranquila que corre por riberas donde esplenden lejanías alegres, y para ella el mal no era sino esa obscura cresta, esa montaña que, perdida en lontananza, no hace sino acentuar más la calma del paisaje. . . .

Una noche la encontré impaciente, me estrechó nerviosamente la mano, y me dijo con voz mal segura: "me voy á casar." Sentí una vaga tristeza, algo como el anuncio de un mal próximo; esa melancolía que no es sino una envidia escondida de la felicidad ajena. Tuve frases para alentarla, para pintarle con bellos tintes la vida nupcial, esa químera coronada de azahares y envuelta en la bruma de los crespones blancos. . . . Sí, me decía, ¿comprende usted lo que será estar juntos siempre, poder hablar siempre solos, decir con orgullo *ya es mío*, ha-

llarse en sus brazos y sentir sus labios sobre nuestra frente? . . . . Al decirlo se estremecía como agitada por el soplo de aquellas caricias, con ese ademán entusiasta del cómic que estudia sus actitudes la víspera del drama. ¡Cómo me hacía reír con sus proyectos, con aquel reparto de sus horas, de sus faenas domésticas; cuando parecía tener el propósito de consagrar á sus pájaros y á sus flores más tiempo que á sus criados! Juzgaba el epílogo, porque la vida conyugal es el epílogo de todos los sueños de veinte años, como una continuación de la vida de novios, pero sin escrúpulos de familia, ni imprudencias de inoportunos: un noviazgo cómodo. . . . ¿Podía yo decirle que se engañaba? ¿Podían ser bien oídas las advertencias leales, que hubieran sido tomadas como gritos de un mal interés en mi boca? ¿Podía yo decirle que la mujer es un capullo y que el primer beso lo embellece y el segundo lo seca? No. Tuve que reír cuando abrazó la corona de azahares y besándola decía: aquí se han condensado todos mis sueños. ¡Es verdad: sus sueños eran blancos como las flores del naranjo, que duran lo que la corona nupcial sobre la frente, una noche, y que, como á ella, la mano del ideal convertido en hombre, las arranca de las sienes prefiriendo á las blancuras de un pétalo el rubor de una frente que se besa por la primera vez.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO R. YES"  
Apdo. 1825 MONTERREY, MEXICO

Todo era para el porvenir. Golondrina en persecución de primaveras, no tenía una mirada para el ayer, para la fronda que dejaba atrás; ni un recuerdo para aquel rineoncito de la ventana, en que á través del visillo de encaje se impacientaba sin saber por qué cuando veía llorar á una tarde de otoño, cuando creía adivinar en cada transeunte al que esperaba con inquietud. Contaba las horas en cada gradación de los tintes vespertinos y leía más que en el libro inmóvil en su mano, en ese libro de páginas inquietas que pasan sin cesar y escrito en el alma por las esperanzas. Cada escena la evocaba con una precisión fotográfica, y temblaba porque entonces sentía con toda intensidad esas emociones que en el primer momento aturden, no se da una cuenta de ellas, y solo duelen cuando las heridas se enfrían. Aquel pasado no le parecía sino un bonito prólogo. Ese es el error de la mujer: imaginarse que el drama no ha comenzado todavía, cuando ya se anuncian los terrores de la catástrofe. No; no es el ideal ese hombre que vistiendo un correcto frac, oye con grave gesto las palabras latinas que murmura con monotonía un cura de chispeante casulla, mientras una turba de curiosos se fija en el traje blanco de la novia y en el negro del esposo: hay en ellos algo como un emblema, la fusión de los sueños luminosos y lo obscuro de la prosa.

Total: la vida real con sus desnudeces asquerosas, cuyo último veló es el que ciñe las sienes púdicas de la desposada. No; no es el ideal ese hombre; va á ser, pasado el primer momento, el individuo tal como es, sin galantería; no el que halaga al enemigo para dominarlo, sino el vencedor que atropella sin preocupaciones llegada la hora del saqueo. La primera frase que se pronuncia en esos momentos, es la decisiva para el resto de la vida; es, ó la invocación tierna de la poesía del hogar futuro, ó el primero y último adiós al amor pasado. No hay más que dos caminos: ó el de esa amistad respetuosa, serenidad del Océano después de las tempestades de la pasión, ó el desengaño, la desilusión, el sacrificio que hará más grandes los defectos que han pasado desapercibidos en las horas bellas de ensueño. La desilusión es un microscopio que no ve más que manchas.

El ideal verdadero es el que se ve de lejos, envuelto en la bruma indefinible del misterio, no rasgado por las imprudencias de la curiosidad, que al recordarse todo, hasta lo más triste, exhala un vago perfume de poesía; todo, hasta lo más obscuro resplandece con una luz desconocida; todo, hasta lo más abyecto, adquiere alas que exploren el azul. ¡Pobre Emma! pensaba al recordarla. Tienes la ilusión de la flor brillante que coquetea con las

mariposas, crees que la atraen tu matiz y tu perfume; crees que porque brilla es flor como tú; sin saber que al besarte se sacia con tu néctar, y no es sino un gusano con polvo de oro en las alas; que el polvo de oro vuela y es nada más una arma de seducción y el gusano queda!

Y tuve que callar mis ideas con esa felicitación, con esa fórmula que lo mismo es un grito de gozo en términos sociales, que un responso ante el cadáver.

—Emma, la dije, ya sabe usted lo que la deseo. Una luna de miel eterna.

¿Serán felices? ¿Él ama á una mujer ó á una esposa? ¿Ella ama á un marido ó á un hombre con apariencia de novio? ¿Se conocen á fondo? ¿Aves que van á emprender el vuelo juntas, tienen la misma fuerza en las alas?

Estas cuestiones palpitantes, las más trascendentales, jamás se resuelven á tiempo. Cuando se es novio, no se conocen más que dos fases del individuo: la de los galanteos y la de los celos. Son tan pocos los instantes en que se puede hablar, que en ellos no hay tiempo mas que para confiarse las dudas y los temores; ¡la vida real tal como es! ¿Quién se ocupa de la prosa cuando los ojos arden, los labios ríen, las manos se entrelazan y las almas se funden? Lo que será el futuro, lo veremos la víspe-

ra. Viajeros impacientes, arrojamos en las maletas los objetos más frágiles, y cuando el tren comenzó á andar, recordamos un olvido; con la precipitación dejamos abandonado el portamonedas en un buró. ¡Pero qué hermoso paisaje! Cuando el dinero se necesite vendrán las preocupaciones. Y ví con ojos tristes esa blanca corona, esos azahares que he contemplado tantas veces en las sienes de las vírgenes que se casan ó que se mueren. Suicidas inconscientes de veinte años ó víctimas de la suerte. ¡Qué raro azahar no guarda en sus pétalos de flor artificial más de una lágrima! ¡Qué rara es la flor de naranjo que después de muchos años no se contempla con una melancolía elocuente!

## II

Las libaciones, el calor de la pieza, la alegría de la concurrencia, no podían quitarme la noche del casamiento civil, aquellas ideas de escéptico! Se las confié á un amigo en el obscuro corredor; achacó á mi estado de solterón aquellas preocupaciones y me hizo espiar por la puerta entreabierta del tocador, el más artístico grupo, mientras oí el más conmovedor de los diálogos. Él se arreglaba

la corbata blanca frente al espejo mientras ella impaciente le tiraba de la manga. El juez estaba inquieto, le decía que ya era hora, y él, viéndola como un ángel envuelto en una nube, no pudo contenerse, y estrechándola le dijo en voz baja:

— ¡Qué linda estás! Y depositó en su frente aquel primer beso en esa actitud que he visto en un grabado que se titula: "¡Al fin solos!"

— ¿Ve Vd., preocupado? me dijo el amigo. Conviénzase, ninguna desgracia conyugal tiene por prólogo un beso así, una caricia en que brota á los labios la más suave, la más delicada de las ternuras.

— Pero. . . . No pude responder, me llamaban á firmar el acta, y yo, el viejo amigo de la familia, tuve que poner mi nombre en aquella sentencia de muerte. Bien hacen en dar alcohol á los invitados; es un medio de aturdirlos, evitando que filosofen sobre el porvenir preñado de amenazas. Dormí mal aquella noche y soñé mil visiones: á una joven azteca coronada de flores que al són de músicas alegres, aclamada por la multitud contenta, se dirigía al sacrificio, feliz porque se iba á inmolar en aras de los dioses.

### III

Durante la cena, ni Emma, ni su marido, pues ya era la señora de Mena, hablaron una sola palabra. Flotaba en torno enojoso silencio, interrumpido por un largo bostezo del señor: aria final del fastidio.

Mientras él deshacía en el mantel las cenizas de un gran puro, ella dibujaba con las migas del pan no sé qué figuras, con la mano en la mejilla y los ojos bajos. El criado, con el mayor cuidado, recogía la vajilla, y con el discreto ademán de quien no quiere turbar la calma de un matrimonio, rompiendo un vaso, que los hará gritar primero por el vaso que es el pretexto, y después por asuntos personales.

Se leía en ambos el disgusto de las situaciones falsas, á las que una fingida indiferencia da el carácter de graves.

— Dime, dijo él con ese acento tembloroso del que quiere buscar pleito, ¿dónde está aquel libro de apuntes que tenía yo, aquel verdecito? . . . .

— Creo que en el ropero; no sé, me parece que ahí ha de estar; ¿lo necesitabas?

— Urgentemente; ahí había unos apuntes. . . . .

—Me lo hubieras dicho; pero como me dijiste que no te servía, copié en él algunas cosas.

—¿Copiaste?

—Sí, agregó ella dulcificando su voz y en uno de esos arranques que desvían el giro de una conversación que ha de terminar en disputa; sí, ahí he copiado tus cartas (con voz de sirena); son recuerdos de aquellos tiempos. También he copiado versos.

—¡Recuerdos, versos! ¡en qué cosas se ocupan las mujeres! Hoy me río de aquellas cartas: cuando es uno joven comete tantas torpezas! ¡Echar á perder mis apuntes con esas tonterías!

Ella aparentó no oír aquella bofetada envuelta en la frase venenosa de un sarcasmo; tomó el llavero, se dirigió á las piezas interiores para volver con el famoso libro de apuntes, que entregó á su marido sin decir una palabra y sin hacer un gesto. . . .

Él hojeó el libro, encontró las notas que buscaba sobre el precio del café en Uruapan, y arrancó la primera hoja.

—No los rompas, exclamó ella, ¡tan bonito romance, y hacerlo pedazos! No seas así!

—Si, hombre, ya sabes que soy muy bruto para comprender estas delicadezas literarias, y por eso lo hago: yo me quedo con mis apuntes y tú con tus ternezas poéticas. Y rió con la risa del imbécil.

Ella no tomó una sola de las páginas desga-

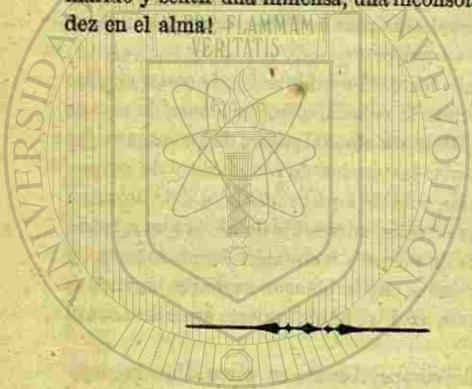
rradas, siguió dibujando no sé qué figuras en el mantel con las migajas de pan, pero con un aire sombrío. Él había resuelto la cuestión, ella se quedaba con la poesía de los sueños y él con la prosa de sus apuntes comerciales. Eran incompatibles: él, al romper un libro, había roto más que una página de apuntes; había roto la última creencia en el corazón de su mujer!

Con paso lento, el marido se fué á acostar sin que ella levantara la cabeza, siempre abstraída en sus dibujos. Después abrió el ropero de las cosas viejas para guardar las copias de romances y de cartas. No saldrían más de aquel mueble, donde dormían sus trajes de niña, su vestido de novia que serviría de *toilette* de primera comunión á una sobrina, y aquella corona cuyos blancos azahares, envueltos en una gasa azul, se habían puesto amarillos con el tiempo.

Aquella corona, besada en otros días, le sugería esas ideas que parecen estrangular al que las tiene.

El marido dormía ya, boquiabierto, roncando con esa prosa del plebeyo que descansa del rudo trabajo; nada se leía en aquella frente que no soñaba: la mano velluda, fuera de las colchas, callosa, dura como la de un labrador, ostentaba la alianza de oro. Ella lo vió largo rato; ella estaba ahí, á su lado,

dulce, buena, amante; si él quisiera. . . . Y no tenía ni una mirada, ni una caricia! . . . . Sintió algo como un dolor infinito, estalló aquel sollozo contenido tanto tiempo, y le arrancó la confesión de una amarga verdad: que es muy triste estar junto á un marido y sentir una inmensa, una inconsolable viudez en el alma!



---

---

## EL PINTO.

---

A L. G. OBREGON.

---

NOTAS BIOGRÁFICAS DE UN FERRO.

**C**HILINDRINA era una perrita poblana, gordita, muy lavada, muy blanca, con su listón azul al cuello, siempre dormitando en las faldas de Doña Felicia, su ama, que era dueña de un estanquillo y había concentrado en ella todo su amor de vieja solterona. Cuidaba del buen nombre del animal como las madres cuidan de la inocencia de sus hijos, y casi murió de dolor cuando supo la terrible noticia. *Chilindrina*, la doncella sin mancha, había tenido amores con el *Capitán*, escuintle horroroso de un zapatero vecino: frutos de estos amores fueron la *Diana*, el *Turco* y el *Pinto*, de quien voy á ocuparme. Era un perro de pueblo, enteramente flaco, de

orejas derechas y agudas, ojo viváz, hocico puntiagudo, grandes pelos lacios y cerdosos, patas delgadas y cola pendiente; era de esa clase de perros de raza indígena, que tienen una semejanza con los lobos, de un color amarillo sucio manchado de negro, lo que le había valido su nombre de *Pinto*. Su historia puede encerrarse en estos capítulos: el hogar, el cuartel, la calle, la vagancia.

Muy pocos días duró bajo el brasero en el cajón de vino, lleno de trapos manchados de petróleo que le sirvió de cuna. Aun no abría bien los ojos, que tenían esa opacidad azulosa de los recién nacidos, aun su paso era débil, cuando lo regalaron á la primera que lo pidió, y fué Doña Petra, portera del 6 de Mesones, señora fea, que no teniendo quien la amara, amaba á los animales. Un gato se le había desertado, y para mitigar la ausencia iba á sustituirlo con un consentido más fiel, el *Pinto*. Con calma maternal daba las migas de pan en leche al tierno niño, lo acostaba en un rincón envuelto en trozos de alfombra, lo arrullaba en el regazo y en horas de quehacer lo exponía al sol tibio de la mañana; ahí reposaba el *Pinto* cazando moscas al vuelo, dando paseos cortos, oliendo las junturas del embaldosado y acostándose de nuevo, previas las vueltas de ordenanza.

Creció, y comía entonces las *sobras* que daba á

su ama una familia de la vivienda principal. Su vida era sedentaria; se reducía á vegetar y no salía del zaguán de la casa, porque sentía un temor invencible por los transeuntes, los coches y los perros más grandes que él. Cuando la ama salía, lo dejaba encerrado, y más de una vez se oyeron tras la puerta aullidos lastimeros á los que respondían frases coléricas de los vecinos nerviosos.

Vivían arriba dos niños que al irse al colegio le arrojaban un pedazo de pan, y al volver le hacían un cariño diciéndole con voz muy dulce: *Pintito, toma*, y tronándole los dedos lo llamaban en dirección de la escalera. Él los hubiera seguido, pero le inspiraba serios temores aquella ascensión peligrosa, y, sobre todo, la opinión de su ama. Un día se decidió á subir, los Angulo lo colmaron de cariños, lo hicieron corretear por el corredor, enseñándole y escondiéndole un pañuelo que desgarraba á mordiscos y los hacía exclamar con infinito placer: ¡Sabe jugar al toro! Ya eran amigos: ya el pobre *Pinto* seguía á la criada hasta el colegio, y con disimulo señalaba su huella en todas las esquinas para reconocer el camino. Aparecían los Angulito y corría con esa vivacidad infantil propia de una gran emoción.

Todo lo sufría el buen amigo; que lo ensillaran, lo vistieran de muñeco, lo hicieran tirar de un ca-

rito de palo lleno de ladrillos, lo forzaran á saltar por el mango de una escoba, ó hacer de toro y hasta de verdugo, cuando alguna rata infeliz salía de un agujero por sus negras desdichas. Sin embargo ¡qué de temores en aquellas visitas! ¡Qué odio debía tenerle aquella señora descolorida que lo veía con ojos tan malos y lo hacía despejar el corredor!

Una ocasión los niños no lo llamaron como otras veces y él subió. La criada lo esperaba tras de la puerta y lo llamaba, ¡cosa rara! con voz dulce. Acudió, y entonces lo suspendió por el aire tomándolo por el pescuezo; lo llevó á un rincón del corredor, le restregó el hocico contra un ladrillo sucio y le pegó de escobazos. En vano aulló, en vano decía con los ojos ¡yo no he sido! La fuerte mocetona le pegó duro, y los niños lo veían con inmensa compasión tras los vidrios. . . .

¡Pobre *Pinto!* su ama lo abandonó. Días enteros se pasó en las calles oliendo todos los rincones y en busca de ella. Aulló á la puerta de la antigua portería hasta que una vecina se compadeció de él; era una mujer de cascos ligeros que tenía amores con un albañil. Hacían tres viajes diarios hasta la Alameda para que comiera en una banca el señor aquel lleno de cal. Gravemente sentado esperaba que le echaran su piltrafa de carne: como perro bien educado, ni parpadeaba.

Después el amor de su nueva ama pasó á un soldado, y supo lo que era la vida de cuartel. Comió el vil rancho, tuvo amistad con gentes malignas, pero sucedió lo que tenía que suceder: el regimiento salió y de nuevo lo abandonaron. . . .

¿Qué comer? Si se detenía en la puerta de una fonda, le aventaban unas tenazas; si iba á una carnicería, lo pateaban; si encontraba un hueso, se lo arrancaba otro can famélico más fuerte que él. En aquellos días se apiadó de él un viejo de barba blanca y sucia, pantalones rotos y zapatos llenos de agujeros: era un mendigo que se fingía el ciego. . . . Todo el día se pasaban á la puerta de las iglesias donde había función ó jubileo. El amo apoyado en el grasiento bastón en forma de báculo, y él amarrado del cuello con un mecate lleno de punzantes hilos. Comió las tortillas heladas y los mendrugos de pan frío de la miseria; sufrió los palos de más de un sacristán, y tenía también en aquella época un aire de mendicidad, la cabeza gacha, los ojos tristes, el rabo entre las piernas, y hecho un esqueleto. . . .

Estaba predestinado para el martirio. Su amo, el falso ciego, robó una vez y lo condujeron á la inspección. ¡Terrible noche al aire libre! La pasó en la puerta de la comisaría y nunca olvidó la escena del día siguiente: el rostro demacrado del amo, que acompañado por muchos pillos, con un jarrito col-

gado á la espalda, entre dos hileras de gendarmes fué conducido hasta Belén. Quiso entrar, pero no tuvo ni una mirada de despedida de su amo, y sí un culatazo de un centinela.

¿Qué hacer? Caminar al acaso. Anduvo calles y más calles, fatigado, sudoroso, sediento, y lo recibían en los barrios con ladridos de amenaza.

El hambre lo postraba; ni una fonda, ni una carnicería, ¡nada! El aislamiento, el verano de calores quemantes, la repulsión en todas partes; buscaba la sombra en el hueco de un zaguán, y crueles porteros lo espantaban; seguía á alguien, y aquel alguien al entrar á su casa, dando una patada en el suelo, le cerraba las puertas en los hocicos. ¡Pobre *Pinto!* Dos veces intentó olvidar con el amor su desdicha, pero las dos fué desgraciado. Ya casi había conquistado á una desconocida, cuando un señor alto, moralista tal vez, lo espantó pegándole un bastonazo; lo iba á machucar un tren, y perdió á la dama. Su segunda tentativa fué tan desgraciada como la primera: un terranova, abusando de la fuerza, le arrebató á la que tanto había soñado. ¡Pobre *Pinto!*

Llegaron aquellas noches interminables de vagancia, aquel husmear continuo en todos los rincones, á la puerta de las accesorias esperando que arrojaran al caño la agua sucia de la cena, para pescar

un hueso y huir con él donde nadie se lo disputara; rebuscar en los montones de basura; seguir á los ebrios para. . . . ¡Qué fúnebres rondas hacía con otros compañeros de desgracia! Se olfateaban los unos á los otros para saludarse, se mordían, ladraban, y un vecino les arrojaba agua desde un balcón; dormían hechos rosca en el dintel de una puerta.

Eran noches de pesadillas terribles. *Pinto* soñaba estar en una azotea con la cazuela de *sobras* repleta, subía la *Diana*, le hablaba de amores, junto al tinaco le decía: eres mi vida, y ¡paf! . . . Un señor que entraba á deshoras á su casa lo despertaba con un puntapié. Aquello no era vida, los carretones de basura no traían ni un solo hueso que roer, y cuando lo había, la fuerza bruta se lo arrancaba de los dientes.

Evocaba aquel pasado siempre adverso: ¿Para qué había nacido? Sin creencias, sin paraíso, sin palabra siquiera para pedir un mendrugo! Y cazaba moscas al vuelo ó saciaba su sed en los charcos. . . .

Una mañana lo llamó un señor y le arrojó un pedazo de carne. ¡Al fin! Sí, sí; había indudablemente un espíritu protector de los hambrientos; sintió una embriaguez de placer al aspirar el aroma tibio de aquella pulpa, ¡y era fresca! y la comió con glotonería. . . . Un fuego devorador circulaba por sus

venas; parecía que desgarraban sus entrañas; sus miembros se estremecían en dolorosas convulsiones; tambaleaba como un ebrio, y, por fin, se desplomó. ¡Lo habían envenenado!

¡Qué cuadro! Yacía en el lodazal. Todo fué crueldad en aquellos momentos. Un carro al pasar le trituró una pata; había un círculo de curiosas; criadas que volvían de la compra; mandaderos con la canasta en la mano y que se entretenían en picarlo para provocarle largos estremecimientos convulsivos. La cabeza caída, los ojos inyectados fuera de las órbitas; los blancos colmillos descubiertos; la lengua de fuera; el hocico abierto y babeante; la respiración de un sofocado, y las patas agitándose en nervioso desorden. ¡Y aun en su agonía lo azuzaban y se reían de sus contracciones de epiléptico! . . . Ni una queja, ni un ladrido. . . Los niños Angulo pasaron y se detuvieron, sus ojos infantiles lo vieron con gran tristeza, y los oyó murmurar:

—Pobrecito; y se parece al *Pinto*.

Era el *Pinto*: ¡qué flaco estaría para ser inconcible! Después de un último sacudimiento quedó inmóvil.

El carro de la limpia fué su ataúd, y el muladar su cementerio. Ahí, sobre montones de ceniza, cas-

carones de huevo, zapatos rotos, harapos y momias de gato, fué arrojado junto á un casco de botella; quizá lo hubieran devorado los mismos que lo acompañaron hasta su última morada, si no hubiera habido otro entierro, el de un caballo que llegó en un carretón con una bandera blanca y escoltado por canes hambrientos que hicieron de sus despojos una atroz carnicería. . . .

Lamiéndose los bigotes dijo uno de los comensales: —“He ahí al *Pinto*, ciudadano honrado, de origen noble, fiel, trabajador, digno de un cojín de viuda ó de una azotea de ranchería, convertido en cadáver ¡y envenenado!. . . . Pero ¡esta es la vida!” Y se alejó al trote por el potrero, donde ya las sombras se extendían; el crepúsculo daba un fulgor sangriento á aquel cuadro y perfilaba en el horizonte las siluetas macabras de esas limosneras que remueven las basuras para encontrar *hilachas*. . . . La sombra tendió sus alas de buho en aquel cementerio de cosas viejas y animales muertos! Cementerio sin epitafios.

¡Cuántos en la plebe son como el *Pinto*! . . .

¡Cuántos desdichados hay que con forma humana no son sino perros que hablan y que visten pantalones!

34432

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
INDO. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

---

---

HISTORIA

DE UNOS VERSOS.

—•••—  
A "VERGNIAUD."

I



HUANO, acuérdate de lo que te digo. La literatura no deja un comino; será muy bonita, sí señor; pero se debe cultivar con algunos miles de pesos en el bolsillo y no como una profesión, porque. . . . nada de sueños, lo práctico. . . .

Pablo oyó estas palabras con una ira interior; sí, la prosa, el cálculo. Todos los bienes de la tierra no valían un solo ideal. ¿Qué le importaba la vida prosaica? Y siguió escribiendo versos. ®

Todavía me acuerdo, porque dormíamos en el mismo cuarto, de aquellas noches de insomnio inútil, sentado frente á una mesa, fumando como una chimenea, apurando café, enmarañándose en persecución de una idea, viendo consumirse la vela sin fijarse en las horas. . . . . Se dedicaba á la rima. ¡Pobre amigo mío! Y después, con los ojos inyectados por el cansancio y por el sueño, acalorado, clavaba la pluma en la pared, rompía el papel y gemía con desconuelo estas frases: ¡Soy un imbécil! Esto sucedía todas las noches.

Supimos que estaba enamorado de no sé qué muchacha, y lo compadecemos sinceramente. . . . ¿Conque aquella era la que él nos describía con una ternura de romance endecasílabo, la que educada en esa modesta vida de pueblo, flor silvestre, no estaba aún viciada por los miasmas sociales. . . . . la púdica que abría su corazón al amor, como el capullo al beso del alba. . . . . la que había llorado con Marius y Coseta y ansiaba un Marius. . . . ?

Pablo estaba loco; era un pobre muchacho leal, crédulo hasta creer en su Coseta, nervioso; tenía que suceder. . . . . ¿Pero quién era ella?

Ella no era entonces esa Magdalena que hoy describen los cronistas de teatros y bailes con frases hechas á la medida; no era la *rubia espiritual* y elegante que vestía de *foulard crema* ó *pearl de soie*

lila, no; era una niña con vestido de percal de florecillas negras, y que leía más la "María" que la "Moda Elegante."

Aun no figuraba en los salones del gran mundo y su álbum no era sino de versos bonitos; no contaba todavía con una colección de cartas perfumadas, estúpideces escritas en papel de color.

Pablo tenía razón: era adorable, y ante su rostro ingenuo, su dulce mirada de alma casta, se sentía un bienestar que enamoraba.

Recuerdo aquellas tardes serenas. . . . la penumbra crepuscular, la cortina alzada, el libro abierto, la costura en el suelo, y ella y mi amigo discutiendo en voz baja; ¡cómo los envidiaba! No he olvidado ni un solo detalle; veo el papel tapiz obscuro, me siento hundido en aquel sillón cómodo á la sombra del velador, somnoliento, algo triste; me dejaba arrullar por el murmullo de la conversación de ambos que, aunque sin interés, hacía correr las horas. Algo adormecedor flotaba en la sala espaciosa, todo languidecía, la luz del quinqué amortiguada por la bomba opaca, las negras sombras danzando en el tapiz, chispeando las molduras ó despidiendo los espejos un relámpago inmóvil; los cortinajes parecían deslizarse hasta el suelo con voluptuoso abandono, la luz parecía dormitar, el silencio interrumpía sus diálogos, y hasta la noche,

entrevista apenas tras las cortinas del balcón, tenía estrellas que parecían ojos entrecerrados: yo soñaba, tenía que soñar forzosamente. Si tomaba parte en la conversación, pasaba por intruso, y cuando á pesar de todo se es *tercero* en discordia, se ve, oye y calla. . . . . Soñaba, y perdónemelo mi amigo, soñaba con ella, que frente á mí, jugueteando con el dije del reloj, clavaba la mirada al escucharlo en los viejos retratos, á los que el tiempo había dado una palidez de carne anémica. . . . . ¡Qué bella! Cada día descubría en ella un nuevo encanto, una nota de pasión desconocida en su voz, un movimiento inusitado en su ademán, no sé qué ternura en sus ideas. ¡Qué dichoso era Pablo! Poeta, aquella niña podía hacer de él, ó un genio, ó un miserable. Podía ser, ó la mujer, ó la musa.

Pablo no la olvida, todavía me pregunta á veces: ¿te acuerdas? Esta pregunta es el título de todo un viacrucis de recuerdos. . . . . evoca aquel cuadro del hogar, el saludo benévolo de la señora, las frases galantes sobre la salud, desde la del señor hasta la del gato, su timidez para dirigir la vista hacia la vidriera, porque ella no había salido, la dificultad para encontrar temas de conversación, su palidez cuando oía estas palabras: "Voy á hablarle á Magdalena que está preparando los chocolates. . ." ¡Ella estaba ahí!

Pablo se conmueve cuando hablamos de aquellos tiempos, que son para él como el argumento de una novela leída en la juventud y cuyo desenlace ha dejado una inmensa melancolía.

—Cree, me decía hace poco, oigo todavía el rumor de su falda de percal, el repiqueteo de sus llaves, su voz tarareando aquel pedazo; ¿te acuerdas?

—Sí, ¡cómo no me he de acordar! Apenas se veían, se ruborizaban hasta la punta de los cabellos. Se tendían la mano con ese aire frío, casi impolítico, del que siente demasiado y oculta tras una fingida gravedad toda una tormenta. . . . . No sé cómo, pero iniciado el diálogo se abstraían; siempre era la misma y vieja historia, coincidían en gustos, se les ocurrían las mismas observaciones, ambos estaban tristes sin saber por qué y su voz llegaba al *pianissimo* de las confidencias; recalaban á menudo la palabra *amistad* como indicando que habían medido su cariño como se mide una temperatura, sin saber que cuando esa palabra *amistad* se repite mucho á los dieciocho años, es un mal síntoma y equivale al "no hay cuidado" de un médico que ve sucumbir á su enfermo.

Aquellas conversaciones tan inocentes, aquellos raptos de amistad la más desinteresada, lo que para todo el mundo era la cosa más natural, sin trascendencia, fueron el narcótico venenoso, la inocula-

ción lenta, los hilos sutiles de la araña que día á día se cruzan y son después la red, de oro si se quiere, pero imposible de romper. Cada palabra, cada mirada, todo cristaliza en silencio lentamente y á expensas del futuro, porque la mitad de la vida se vive de emociones y la otra mitad de recuerdos.

—¿Cómo haré, me decía Pablo, para hacerla comprender que la amo? No me atrevo; prefiero que me diga que nó, á declarármele.

—Busca, le dije, una novela romántica, fijate en dos tipos, cuéntale el argumento con cierto tono de voz y. . . . . Mi amigo le llevó "Los Miserables" de Víctor Hugo. ¡Cómo devoraron aquellas páginas! ¡Qué inesperada casualidad! exclamaron. Él: ¡Hubiera una Coseta! Y ella: ¡Hubiera un Marius! y ni una palabra más. Como los nadadores cobardes, ninguno de los dos se atrevía á lanzarse sólo á la onda.

II  
La poesía es la careta favorita de los tímidos: cosas que no se tolerarían dichas en prosa, pasan desapercibidas en verso. Los sentimientos, tales co-

mo son, no pueden confesarse en un diálogo casero, y parece que la frase tiene su pudor y se cubre con las alas de mariposa de la rima.

Yo compadezco á los poetas desde que ví cómo el pobre Pablo escribió aquellas décimas sonoras, ardientes, matizadas con los más bellos tintes de la paleta juvenil: condensó en ellas la sombra de aquel ideal femenino tan soñado, logró aprisionar aquella palabra que debía sonar como una romanza acariciadora en los oídos de su Coseta.

La escena fué soberbia: al desdoblar el papel temblaba como un epiléptico y no había llegado á la tercera estrofa cuando ya ella había palidecido. . . . . Él tenía la boca seca, y al concluir estaban áfonos los dos.

—Muy bonitos, le dijo Magdalena con la más elocuente de las turbaciones. . . . . Y aquel pliego de papel querido, aquellos renglones hijos de muchas noches de trabajo, aquella vigésima edición de *borrador*, como Pablo la llamaba modestamente, tuvo su premio; si era una ave que saludaba á la aurora, merecía el más blanco de los nidos, un seno palpitante. . . . . allí los ocultó ella bajo los encajes de su corpiño. . . . . Hube un epílogo de silencio; esos puntos suspensivos de los momentos trascendentales; las miradas estaban fijas en la alfombra, los corazones en el *máximum* de los latí-

dos. . . . . algo se preguntaban y se respondían: la respuesta era: "sí, os amo."

III

Aquellos versos éramos nosotros: del seno pasamos á un ropero y dormimos junto á un estuche de joyas, una caja de pañuelos y dos frascos de esencia. Ella nos leyó, nos estudió, nos aprendió de memoria y todos los días nos dedicaba una mirada cariñosa; la hicimos llorar.

Una vez nos mostró á una amiga que apenas nos vió con interés, y nos guardaron precipitadamente en un costurero porque se presentó un indiscreto. . . . Cuando volvimos al ropero nos pareció notar algo de disgusto en ella que decía: —Es buen poeta, pero ¡lástima, no tiene dinero! y dice bien Carlota, con poesías no se come.

Vegetamos abandonados mucho tiempo revueltos con figurines de la *Moda Elegante*. Una ocasión escribieron en nuestras espaldas una lista de ropa sucia. . . . Más tarde hubo revolución en el ropero; sacaban todo apresuradamente para regalarlo; nuestra Musa se iba á casar; muchas cosas nos contaron, unas epístolas eróticas que ella hizo pedazos

sin perdonar ni el listón blanco que las ataba. . . . Llegó nuestro turno, nos leyó. . . . su mirada quedó fija, soñadora; hubo no sé qué nube de tristeza en su frente. ¿Pasaría acaso por ella como una ave fugaz el recuerdo de aquel poeta sin dinero? ¡Quizá! porque volvió á doblarnos y nos guardó cuidadosamente en las hojas de un libro de misa junto á un pensamiento disecado. . . . Dicen que ella tenía sus horas de tristeza y entonces nos murmuraba en voz baja, porque los maridos no gustan de versos: son quejas que suenan mal en oídos celosos. . . .

La costumbre todo lo mata. . . . Una tarde ella estaba inquieta, iba á un baile; no encontraba con qué rizarse el pelo y nos hizo pedazos, nos dobló y sustituimos á los *plomos*; ella quedó incomparable. . . .

Cuando pensamos en los dolores que nos engendran, en esas horas largas en que vamos surgiendo del cerebro como una eflorescencia de las ideas y vemos cuál es nuestro fin; cuando dormimos en el fondo del alma, nos despiertan, nos arrojan con trajes de carnaval al mundo, suenan nuestros cascabeles, hacemos reír ó llorar. . . . Nos entristecemos porque nadie ve que bajo ese tul de colores palpitaban las heridas y se esconde tras el disfraz un corazón. . . . Somos hijos á quienes sus padres expo-

nen en un escenario y nos aplauden, es verdad, pero después nos arrojan á ese olvido, á ese mar de medianías, que es nuestro infierno. ¡No engendréis versos!

¿Será cierto, Vergniaud? Yo no lo sé; los versos que así hablaban eran egoístas. ¿Qué importa á las Musas que sus ecos se olviden? Como el ave, cantan sin preocuparse del silencio que turban.

Si la poesía es esa ráfaga de aromas de la flor juvenil, ¿por qué no perfumar una existencia con ese incensario?

Escribid poesías, son las aves festivas que denuncian al nido, y una alma sin nidos es una alma muerta, una alma en ruinas. . . . Verted aromas, no importa en qué urna; aunque se evaporen, no mueren; hay un cáliz del que no se escapan jamás, el de la memoria.

Escribid versos, eso indica que se siente; y aunque la existencia sea una buhardilla, los recuerdos cuando menos son ese pedazo de cielo que se ve tras los cristales rotos.

---

---

## IDILIO Y ELEGIA.

A LEOPOLDO CASTRO.

(Fragmentos de la biografía de Severiano Pérez)



LOS personajes fueron Micaela (recamarera) y Don Severiano (portero.)

Ella era bonita, capaz de trastornar el cerebro de un profesor de moral. Alta y morena, Malintzin de raza pura, con grandes ojos de tapatía, nariz picarescamente arremangada, labios gruesos y rojos, y ¡unos dientes! . . .

Los domingos era irresistible: peinados los gruesos y negrísimos cabellos, limpio el traje almidonado, flameando los colores de su mascada roja, oliendo á nuevo el rebozo de *bolita*, albeando el delantal y orgullosa de sus alhajas, á saber: arracadas

de plata, collar de falsos corales y aquellos tres anillos, el de carey con su letrero "Recuerdo," el de cobre con un corazón y el de celuloide azul en forma de serpiente.

¡Con razón Don Severiano se moría por ella! Micaela tenía grandes pretensiones, soñaba con un empleo de niñera en casa grande; envidiaba á las cuidadoras que usaban tápalo, ¡el tápalo! ese era su ideal.

Don Severiano no había conseguido de ella ni una sonrisa. En vano subía ochenta veces las escaleras con el objeto de ver si la cañería del tinaco estaba tapada; nunca encontraba á Micaela en su camino, y cuando ella le encargaba el *mandado* lo hacía desde el corredor aventándole el dinero, y al tomarle *las cuentas* siempre estaba la señora presente; jamás le dió al pobre ex-cargador la oportunidad para que le hablara.

Él mandó escribir una carta incendiaria á cierto evangelista ambulante, pero ¡oh desdicha! Micaela no sabía leer.

Cuando los dos salían juntos para llevar á los niños al paseo y él iniciaba una conversación sospechosa, ella lo callaba diciéndole:

—Déle usted la mano á Pepito, no lo vaya á machucar un coche.

Y Don Severiano tenía que ir á retaguardia.

Los celos complicaron aquel mísero estado del portero.

Había notado que el cochero del 6 espiaba á los balcones cuando ella barría la sala y se sentía morir si salía para sacudir las alfombras ó el plumero. ¡Qué distancia mediaba entre los rivales!

El cochero, buen mozo, ostentando el galoneado sombrero, la corbata azul, los ajustados pantalones de casimir, los zapatos bayos; y él de blusa azul y desgarrada, rotos pantalones, deformes zapatos y deshecho sombrero de palma. ¿Micaela lo amaría? Esta era la amarga pregunta que se hacía allá en sus horas de soledad.

Una mañana leía yo tranquilamente el periódico en el cuarto del baño, y sorprendí un diálogo entre los dos, que no sospechaban mi presencia, y espí. Ella lavaba en la pileta las jaulas de los pájaros, y él volvía de la compra; acercóse á ella con timidez, y rascándose la cabeza la vió largamente y le dijo:

—¿Micaelita?

(Ella no responde).

—¿Micaelita? (más suplicante).

—(Con enojo). ¿Qué quiere usted, hombre?

—Dispéñeme una palabrita. (Confidencialmente).

—No me haga *mala obra*, váyase á su quehacer (escobeteando con fuerza las tablas llenas de alpiste, desnudos los brazos y en desórden las greñas).

Él (resuelto):

—Mire, hablemos claro: la quiero mucho, y no porque me ve así, tan hecho pedazos, crea. . . .

(Ella, en silencio, corta menudas rebanadas de plátano y sopla el polvo del *mosco*).

—Hágame favor de admitir este pobre regalo, se lo doy con fe (sacando de su blusa una mascada de color morado camote).

Ella, con desdén:

—Guárdesela, Don Severiano, no la necesito, y ya sabe que no me gusta andar en bolas ni en chismes, ya ve lo que luego hablan: el otro día Doña Francisca. . . .

—Tenga (coquetamente), tenga, mi alma, y si no la quiere tírela, no se haga del rogar; y depositó el bulto en el lavadero.

Brillaron los ojos de la recamarera, la venció la coquetería y guardó el obsequio, no sin decir:

—Si me sigue moliendo (perfectamente domesticada) le pego; y lo amenazó con el cuchillo.

Él, en un raptó, se le abalanzó dándole un empuellón, mientras la coja cocinera Doña Francisca gruñó entre dientes:

—Ya está retozando esa *marota*.

Don Severiano estaba correspondido.

Hice ruido con el periódico, se sobresaltaron, y ella, fingiendo calma, dijo en voz alta al portero:

—Dos birotos, un pambazo y el alpiste para los pájaros; no se dilate.

Desde ese día Severiano se echó á perder; ya no era el criado modelo que desde el alba de Dios regaba patio y calle, tiraba la basura, bombeaba, iba volando á los mandados y abría sin mal humor el zaguán á cualquier hora de la noche, no. Don Severiano olvidaba la sal ó el culantro, pretextos para que ella se los encargara de nuevo! no salía de la cocina, escatimaba los centavos (¡de ahí debe haber sacado para los botines de charol que le regaló). Ella, por su parte, bajaba con cualquier pretexto y ponía gran cuidado en el corredor desde donde podía verse la fuente en que bombeaba Don Severiano; estaba distraidísima, por todo tenían que regañarla; barría mal, sacudía peor, rompía tazas y platos, se estaba horas enteras para servir la mesa y era una verdadera calamidad.

—Era necesario, decía él, celebrar aquel amor con una cena, y fraguaron un plan para que pudieran salir de noche. Ella diría á la *niña* que su tía estaba muriéndose, y tenía que ir á velar; los patrones se irían al teatro, él dejaría en la portería á su compadre, y en la Alameda discutirían lo res-

tante del programa. . . . Eso para el martes de la semana entrante.

Don Severiano tenía sus horas de tristeza, aquellas en que Micaela se iba con los niños á la Alameda; algo le decía que aquello no le produciría nada bueno.

Su tormento trabó amistad con otras niñeras y supo que una señora rica solicitaba una cuidadora: había poco trabajo, buen sueldo, y ella sin titubear se decidió á cambiar de empleo, ¡se pondría tápalo! ¡realizaría su sueño! ¿y Don Severiano? ¿qué valía Don Severiano junto á un tápalo?

Grande fué la admiración del pobre portero cuando supo que ella se había salido sin despedida é iba á servir al 6; nada menos que á la casa rica, donde estaba de cochero su rival, Don Encarnación.

No hubo remedio, no se resignó á la ausencia, y él también emprendió la retirada sumiéndose con el *vuelto* del desayuno!

Atizbaba inútilmente en el zaguán de la casa del 6; la vió, es cierto, pero salía en coche y ¡oh *fragility thy name is woman!* jamás se dignó saludarlo.

Una noche vió salir un bulto del 6; era *ella*, y determinó seguirla. ¡Cómo lo había de conocer todo desgarrado, hecho un asco, envuelto en una frazada harapienta! Ella anduvo de prisa, embozada hasta los ojos, llegó á la Alameda, se le juntó un

desconocido con traje de charro. ¡El cochero! rugió con rabia Don Severiano, acariciando la aguja de *arria* que le sirvió en sus buenos tiempos de cargador. Vió que se sentaban muy juntos en la sombra, y cegado por la ira, pero conteniéndose, se acercó sacando un cigarro, embozándose hasta los ojos en el rojo zarape, y dijo al individuo tocándose el sombrero: ¿me hiciera usted favor de dispensarme su lumbrita? Iba á descargar el golpe, cuando reconoció el rostro del incógnito. No, no era el cochero, era el hijo del patrón. ¿Qué pasaría en su rudo cerebro? ¿Qué amargura inmensa, qué indefinible desaliento, como una nube de sombra venenosa, lo hizo abatir la cabeza y enjugarse una lágrima con el dorso de la callosa mano? Entró á una tienda y pidió con ira y en voz alta: ¡un decimal de *refino* fuerte con amargo!

Severiano Pérez murió del hígado, después de dos años de alcohólico y lo ví en el anfiteatro por mera casualidad. Me causó un horror indefinible: estaba convertido en un pobre viejo; desnudo, boca arriba, colgando la cabeza y las manos fuera de la plancha, abiertas las piernas. . . . En su cabeza, rapada á peine, se veían viejas cicatrices de descabladuras y los rasguños de la navaja de afeitar, los ojos muy abiertos como si miraran con esparto; afilada la nariz y la boca abierta fingiendo un

bostezo ó una carcajada, no sé si irónica ó desesperada. . . . ¡Qué lástima al ver revolotear las moscas sobre su cuerpo! Los cadáveres de anfiteatro tienen extravagantes posturas: la cabeza colgante, esas muecas, ese último gesto que la muerte imprime á los rostros sin vida, un aire de dolor, meditación; la carcajada, el sollozo contenido, el espanto, ó una inmensa y extraña melancolía que parece denunciar dolores inmensos sufridos con resignación; ese último grado de la impotencia.

Las amoratadas y verdosas palideces de la carne desnuda, la frialdad de piel de culebra, causan una impresión imborrable que inspira las más raras ideas. Aquel viejo era Don Severiano: en el pulgar del pie tenía atado con un hilo un pedazo de papel, y ahí estaba escrito un nombre: Severiano Pérez.

Pobre hijo de la miseria, de la plebe, que nace en un petate, sufre en un hospital, antesala de la tumba, y termina en la plancha.

¡Pobre plebe! yo la he visto de niño, vendiendo *vueltas* y cerillos en el Factor, periódicos en el Empedradillo, bolsando en el portal; mordiendo un mendrugo al dirigir los pasos de un pordiosero ó esperando bautismos á la puerta de las parroquias.

De ayudante, en las obras de albañilería, en las herrerías, en el taller de carpintero; haciendo los

mandados de una señora de edad, y más tarde en el tablado del sol en los toros ó ebrio en las pulquerías; y después de arrastrar una vida miserable huyendo á esa madre que le abre los brazos y se llama la escuela, enfermar, morir en el hospital, ser descuartizado en la plancha y después á la fosa común. Tal es la plebe.

El día de difuntos no hay sobre su huesa ni un humilde *zempazuchitl*, ese recuerdo de los mendigos á sus muertos. No han tenido un padre, un deudo, un amigo que reclame sus cadáveres. Es triste ver esa fosa sin flores, pensar en una existencia de penas. ¡Pobre Severiano; si hubieras nacido en otra esfera, los gacetilleros, los poetas, los prosistas, los oradores de salón, todos hubieran narrado tus dolores novelescos; pero fuiste plebe, y nadie te recuerda; esa es la vida: nadie pone una corona en tu fosa común, todos te han olvidado, sólo el otoño riega, donde duermes, sus hojas amarillas, y esas hojas secas son cadáveres también!

Sólo yo soy tu amigo, porque comprendí tu pasión por Micaela, que hoy tiene relaciones con el cochero del 6, á quien engaña el tendero de "La Villa de Madrid," y aquella mascada, causa de tantos males, hoy la juzga despreciable, porque has de saber que ya cose en máquina y tiene nociones de buen gusto.

En el cielo debe haber un lugarcito, algo como la galería de nuestros teatros, para la plebe: ya me parece que te veo feliz, aplaudiendo un drama célico, un drama conmovedor: "San Miguel pisoteando al soberbio Satán."

¡Pobre de tí; mucho sufriste! ¡Cuántas cosas te diría, Severiano, encarnación de la plebe, si no se me hubiéra acabado el papel! No me queda más que un pedacito para escribir estas palabras, oración fúnebre que te dedico:

*Plebs, requiescant in pace. Amén.*

---

---

## PROSA PEQUEÑA.

---

A GUILLERMO VIGIL.

---



ERA aquel un barullo indescriptible: se cruzaban en el lodazal los coches de alquiler con los carros del *Express*; corrían los cargadores llevando bultos á cuestas; los vendedores de periódicos y cerillos voceaban con gritos destemplados las noticias interesantes del día; dormitaban á la luz de un farol de papel los pasteleros; paseaban los curiosos; corrían los empleados, y las carretillas cargadas de baúles, cestos y huacales, amenazaban desplomarse violentamente impulsadas. ¡Qué animación! ¡Qué claridad la de los focos eléctricos. . . ! Todo hacía sentir el trabajo, hasta el resoplido poderoso de la má-

En el cielo debe haber un lugarcito, algo como la galería de nuestros teatros, para la plebe: ya me parece que te veo feliz, aplaudiendo un drama célico, un drama conmovedor: "San Miguel pisoteando al soberbio Satán."

¡Pobre de tí; mucho sufriste! ¡Cuántas cosas te diría, Severiano, encarnación de la plebe, si no se me hubiéra acabado el papel! No me queda más que un pedacito para escribir estas palabras, oración fúnebre que te dedico:

*Plebs, requiescant in pace. Amén.*

---

---

## PROSA PEQUEÑA.

---

A GUILLERMO VIGIL.

---



ERA aquel un barullo indescriptible: se cruzaban en el lodazal los coches de alquiler con los carros del *Express*; corrían los cargadores llevando bultos á cuestas; los vendedores de periódicos y cerillos voceaban con gritos destemplados las noticias interesantes del día; dormitaban á la luz de un farol de papel los pasteleros; paseaban los curiosos; corrían los empleados, y las carretillas cargadas de baúles, cestos y huacales, amenazaban desplomarse violentamente impulsadas. ¡Qué animación! ¡Qué claridad la de los focos eléctricos. . . ! Todo hacía sentir el trabajo, hasta el resoplido poderoso de la má-

quina próxima á partir. Estaba aturdido al grado de serme insensible la despedida de una anciana y de su hijo que marchaban á los Estados Unidos; la brusquedad de un *quidam* que se llevó con el bastón medio tápalo de una señora, y la plática de unas muchachas que hacían comentarios sobre mi aspecto sórdido de *fuereño* arruinado. ¡Qué tardanza! ¡Una hora larga para que llegase el tren! Fastidiado de pasearme, me recosté en un poste, leí, á los azulados rayos de un foco y por la vigésima vez, el párrafo de aquella carta. . . . "Llegaré el jueves; véme á recibir á la estación; no es nada difícil que mi prima Susana vaya conmigo á pasar allá el 16 de Septiembre: Ansía verte tu amigo, — *Miguel*. . . ." ¡Miguel! Mi amigo, mi confidente, mi hermano. . . . ¡Qué dulce es la amistad!

Encendí impaciente el trigésimo cigarro, pasé revista á los pasajeros de los "*Pullman Cars*," permanecí abstraído largo tiempo ante los émbolos de la locomotora que limpiaban á la luz de una sucia linterna, y avancé fuera de la estación al campo, al aire, como si quisiera acortar la distancia; me senté en un montón de durmientes y con la mano en la quijada y pensativo, miré las lontananzas de aquel negro paisaje. La arboleda era una mancha. No sé qué de extraño tenían los rectos contornos de las casas distantes; qué de triste la linterna de

guardacaminos, perdida en la sombra como una roja pupila, ó la mancha lejana de una vidriera iluminada, allá, casi perdiéndose de vista. ¡Qué pavorosos grupos fingían las nubes amontonadas en la inmensidad, perfiladas con siniestros contornos por el relámpago. . . . avanzando como un ejército sombrío de monstruos, los monstruos de la tempestad! ¡Ni una estrella pálida! El viento, el frío, la sombra, los recuerdos, quizá el presentimiento; pero yo no sé qué me inspiraba una amarga é indelible tristeza ante aquella noche negra, invernal, muda.

Algo me decía de pavoroso el estremecimiento de las ramas desnudas y secas; algo aquella calma del campo dormido en la sombra; el parpadeo de las luces lejanas; las nubes en tropel amenazando tempestad; los relámpagos de claridades lívidas. . .

¡El pasado! ¡Mi pueblo. . . ! Tras aquellas montañas de silueta deforme, más allá del valle, lejos, estaba mi pueblo; es decir, la niñez, la juventud, la familia, el alma, ¡Susana! Y al pensar en ella las tristezas huían; las tristezas inmensas, negras, amenazadoras como aquellas nubes de borrasca, para dar paso á los tintes risueños y suaves del idilio. . . . para destacar con más esplendor un cuadro luminoso de recuerdos. . . .

Montañas azules inundadas de sol, ceñida la

cumbre chispeante por el tul violado del celaje, flo-  
reando el campo, flotando la bruma matinal en la  
hondonada; el maizal inquieto, la arboleda húme-  
da, espesa, oscura, al borde del camino; el paisaje  
de casitas lejanas y blancas, risueño; los aleros ra-  
diantes, el ganado ocioso y disperso, y en el fondo  
oscuro de la tierra fértil, negra y removida, hun-  
diéndose las yuntas y el arado, y detrás el peón  
como una mancha blanca; el maguey polvoriento  
descollando entre las secas nopaleras, el surco in-  
vadido de altas hierbas y de corolas amarillas, el as-  
no abatido bajo el peso de su triste suerte, con las  
grandes orejas caídas; el caballo revolcándose en  
el pasto, la gallina escarbando los hoyos, el cerdo  
hundido en el cieno, los patos sacudiendo las alas  
en el jaghey, donde mujeres semidesnudas lavaban,  
manchando las aguas con espumas de jabón, y ten-  
diendo al sol los trapos húmedos y deslumbrantes  
de blancura; el jacal humeando por las grietas del  
adobe y las pajas del techo cargado de calabazas  
maduras, y sobre los rectos alambres del telégrafo  
que en el azul sereno fingían una pauta, los gru-  
pos de pájaros como corcheas inmóviles, no se pre-  
ocupaban del buey que con ojo tranquilo y dulce,  
suavemente ladeaba la cabeza, babeante el hocico,  
hundido hasta el pecho entre los tulares de la zanja,  
rumiando con calma y meneando de un modo suave

la cola para espantar á los insectos que le acosan y  
á las mariposas que danzan con giros rápidos, in-  
quietos, elegantes. ¡Mi pueblo! ¡Mi Susana! Ella,  
la única que me distraía en la misa, la que cantaba  
en las noches de luna en la azotea conmigo, la que  
se colgaba de mi brazo en los paseos, la que me  
hacía pensar en el porvenir. . . .

El pincel de la memoria me dibujaba con imbo-  
rrables líneas, dos cuadros que no olvido: su pri-  
mera y su última cita.

Huía el crepúsculo, dormía el campo, ondulaban  
las milpas como un mar; el pueblo enmudecía cuan-  
do las ranas comenzaban á entonar en los charcos  
sus melancólicas y monótonas serenatas de Agosto.

Nunca, como entonces, esplendió el cielo. Todos  
los colores más intensos tñieron el horizonte, todos  
los tintes más pálidos, todas las sombras. . . . ma-  
tizaron aquella tarde espirante. Desde el fulgor  
rojo, incandescente, de fragua incendiada, donde  
flotaban celajes sangrientos, desgarrados encajes,  
hasta la lila moribunda, donde ardía la primrea es-  
trella con flama suave.

Yo detrás de un maguey, esperaba una seña con-  
venida, temblando de cualquier ruido: de la hoja-  
rasca removida por el viento, de las plegarias me-  
lancólicas del campanario, del canto confuso de in-  
dios ebrios que volvían del trabajo, del silbido del

arriero que conducía un hatajo de burros cansados; de los fugaces diálogos de mujeres que pasaban al trote, y hasta del repiqueteo del grillo. . . .

Cuando viera yo una luz debía acercarme, fingir el silbido de un pájaro, esperar una tosecita y. . . . La tapia de adobes permanecía obscura y yo tenía miedo. ¿Á la soledad? ¿Á la noche? No, al suegro brutal. (Siempre son así esos señores).

¡Ánimo! Ha brillado una luz, me acerco trémulo y cobarde, mi boca está seca y apenas puedo silbar.

—¿Juan?

—¡Susana!

—Súbete poco á poco. . . .

Las fuerzas me faltan, he caído dos veces; pero en fin, heme aquí con los pantalones desgarrados, enlodado, raspado, y cabalgando sobre la tapia de adobes.

—No te muevas.

—Mira, me voy á bajar porque me pueden tomar por ladrón; amarra el Corzo, no mo vaya á morder.

—Ya te conoce; ¡toma, Corzo! Ya ves, te menea la cola.

—¡Coreito (con más miedo que otra cosa) ¡toma!

—Conqué (en voz muy baja), mi vida, aquí me tienes. . . .

—¿Adónde vas?

—Á cerrar la puerta; he tenido que fingirme enferma para venir; tú diras (medio mortificada) que te recibo aquí en un lugar tan sucio, pero. . . .

Y conteniendo el aliento, de puntillas, recogiendo la falda de percal almidonado para apagar su ruido, entrecerró la puerta.

—¿Apago la vela?

—Sí.

—No, me da miedo la obscuridad.

—¿Miedo, conmigo que te amo?

—Chist, no te oigan las criadas; están en la cocina. Mira (en voz más baja), te he hecho venir para decirte solamente que es una locura lo que estamos haciendo (se sienta en el brocal del pozo y yo á su lado); desiste de mí, que soy más grande que tú; cuando seas hombre, cuando te recibas, yo seré una vieja.

—¡Qué vieja, ni qué! . . . Y tomándola en mis brazos, estrechando su lánguida cabeza contra mi pecho, como es de reglamento, agregué: Vieja ó joven, serás mi Susana; te amaré siempre, siempre. . . .

—Sí, eso dices ahora, pero más tarde. . . .

Enmudecimos; en tales circunstancias se habla poco; suspiró, y dijo jugueteando con el cordel de la polea:

—Has de ser mi perdición. . . ¿me juras que me amas. . . ?

—Sí, te lo juro.

—No, no, no es conveniente; olvídamme.

(Muy serio) —Está bien.

—¿Te has enojado? (Carifiosa).

—No. (Irónicamente).

(En un arranque). —¡Enojado mi dueño, cuando lo idolatro! . . .

—¡Mi Su. . .

—¡Chist! ¡Ruido! ¡He oído ruido, véte!

Se apoderó de ella el miedo y de mí también; sentí que el valor se me iba á la punta de los piés.

—No vayan á venir. . . el mozo es muy chismoso; y es capaz, por obedecer á papá, de estar-nos espiando.

Yo estaba frío; en cada sombra creía ver un hombre.

—¡Susana! gritó una voz.

¡Mamacita! (Aparte) Apaga pronto, escóndete.

(Empujándome). Ahí, tonto; detrás de. . .

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy ocupada. . .

—Verás si te hace daño el sereno. ¡Ah, qué niña esta. . . !

Yo, hecho un imbécil, me acurruqué en un rincón, y estuve á punto de desmayarme cuando sentí

moverse á mi lado un bulto que gruñó. ¡El mozo! pensé. . . no, un cerdo.

—Mamacita! ¿Qué quieres? ¿Me traes luz? Ya se me apagó la vela.

La señora trajo luz, y ambas, hija y madre, desaparecieron.

—Espérame, dijo aquella á ésta; olvidé mi pañuelo; y acercándose al rincón, murmuró:

—Mi vida, buenas noches. . .

La última vez que la ví ya no tenía miedo; fué aquella una escena muda; era muy tarde. Se arrojó, sollozando, á mi cuello. Quería verme, verme hasta el último instante; y sus grandes ojos negros, ardientes y húmedos, me devoraban; había en ellos cuanto hay de inconsolable tristeza.

Nunca he llorado como entonces; me bendijo, colgó amuletos á mi cuello, me entregó su retrato para que no la olvidara, y pegó sus labios á los míos en un beso largo, intenso, donde se sació toda nuestra sed de pasión; me tendió por última vez su mano helada, y gimió con dolor inmenso:

—¡Véte!

Sí, me fuí. Salté la tapia sin prisa, y. . .

—¡Hasta la vuelta, mi vida! sollocé hecho un loco.

Mi amigo Miguel me esperaba.

—Todo lo sabes, le dije; hazle menos dura mi ausencia, dale mis cartas, mándame las tuyas.

Quiso consolarme: me tomó del brazo y me dijo esas frases que inspira la amistad sincera. ¡Todo inútil! mi dolor era incurable. ¡Qué raro es encontrar un ser así, desinteresado, leal, que cure las heridas del alma! Él volvía después de larga ausencia; él me hablaría de ella. ¡Qué consuelo! tener á mi lado uno de los suyos.....

¡Por fin. . . ! Rasgó el aire el silbato de la locomotora; ese ¡ay! desgarrador, ese inmenso sollozo desesperado, y que oí con la más intensa ansiedad.

Allá viene el tren; es una mancha de luz en la arboleda, una estrella; crece, crece, se acerca. Parece un faro; ya proyecta su gran farola un cono de claridad rojiza en las tinieblas, ilumina el acero de los rieles, gigantesca, poderosa, resoplante; con ruido de herraje entra veloz al portal. . . . Las gentes se aglomeran, se abren brazos que estrechan á queridos y empolvados viajeros de largas blusas de dril; vuelan las maletas; se oyen ecos de risas, sollozos, besos. . . . ¿Y ella? En vano busqué su perfil en las mujeres que pasaban; no eran ella.

—¡Juanote! me grita una voz varonil; me estrechan fuertemente unos brazos robustos hasta sofo-car-me; lloro, y. . . .

—Miguelito! ¡qué grande estás! y. . . . ?

—No vino! está mala tía; tu familia buena, te espera en las vacaciones. Julia te manda esta canastita de frutas; estos guayabates tío Andrés; estas cajetas Pepe . . . ¿Dónde está mi petaca? . . . . .

—¡Cochero. . . ! ¿Llevas carga. . . . ? Trépatte, Miguelito. . . . ¡Peredo 9!

Había llorado. . . . Con el amigo, con los obsequios, con el polvo mismo de su traje, venía á mí más que un recuerdo de mi pueblo y del hogar lejano. . . un perfume de aquellas flores de pasión, únicas en el altar de mis anhelos, toda mi esperanza, todo mi idilio.

—¿Y Susana? háblame de ella. . . . ¿Por qué no me escribe? ¿Me ama? ¿me extraña? ¿me. . . .

Jamás olvidaré su palidez de cobarde, nunca aquella mirada que me hirió como un dardo de áspid, aquel tono de bajeza suplicante, de fingido arrepentimiento; aquel ademán de asesino á traición que busca el arma, cuando buscando su cartera y. . . .

—Mátame, hermano, pero. . . . ¡es mi novia! Arrojó á la mesa un retrato, cartas. . . .

Sí, ese era su retrato, igual al que yo tenía; era su letra y su firma, y hasta aquellas frases tuyas que me sabía yo de memoria. . . . "Si no me amas, dímelo; moriré soñando que me quieres; mi alma es tuya hasta la muerte." ¿Cómo pude pronunciar aquel "te felicito. . . ." ? ¿De dónde saqué aquella máscara risueña para oír los detalles de sus amores, el relato que me hizo con voz tranquila, mientras en mi interior se agitaba algo malo, algo criminal, algo trágico en oleadas de pensamientos envenenados por la ira? ¿De dónde aquella calma de domador de fieras, para dominarme, y para decirle sereno. . . . que yo ya no la amaba?

Le dije con dulzura al despedirme:

—Vuelve mañana. . . .

Me arrojé al lecho sin desvestirme, hundí mi frente bajo las almohadas; quería obscuridad, silencio; evoqué recuerdos. . . . todos desfilaron tristes, sombríos, como aquellas nubes. . . . Eran un cortejo fúnebre. . . . habían muerto una creencia de amistad en mi espíritu, y un amor irreparable en mi alma. . . .

Por eso me entristece, querida Victoria, en la alta noche, el silbato de los trenes que llegan ó se van. . . . No te enceles, ya todo pasó. . . . Ave

errante, como todas, encontré un nido, amé en él, fui en busca de grano, de porvenir; me alejé, me olvidaron. . . .

Te amo, pero sé que tú no tienes primos ni yo amigos. Es dulce la amistad para algunos; pero funesta para otros. ¡Después del abrazo, la traición! ¡Después del beso, la mordida!



---

## DOÑA CHOLE.

---

A J. M. BUSTILLOS.

---



UES ya le digo á usted, la niña está ocupada; me dijo que le dijera á usted que viniera mañana.

—Dígale usted que soy Doña Chole, ya me conoce. . . . Doña Chole la de la Candelaria, le señora que le trae los dulces de las monjitas. . . .

—Voy á avisar; pero ya le digo á usted lo que me dijo la niña. . . . Y la criada desapareció dejando á Doña Chole la de la Candelaria plantada en el dintel de la puerta; sacó nuestra vieja, porque vieja era, un pañuelo y se secó el sudor; lanzó un boste-

zo, se persignó la boca, y después tres estornudos acompañados de las imprecaciones ¡Jesús, María José! . . .

—Que pase usted.

Al oír la voz de la criada pasó á una pieza, sentóse en una silla, compúsose el tápalo verdoso, colocó á un lado la *maravilla* verdosa también, y cruzó las manos sobre el "Lavalle" de grasosa pasta.

Doña Chole la de la Candelaria era una vieja bien fea, semicalva; peinaba las pocas greñas pegándolas á la frente sucia; ojos vivos, boca des poblada de dientes y los que le quedaban de un color indefinible: se acercaban más al maíz negro que á las perlas; un lunar adornado de un gracioso rictivo daba un aire peculiar á su barba temblorosa. . . .

El saquillo de merino lustroso por el uso, dejando ver pedazos de forro por las desgarraduras, poblado de alfileres y agujas en el pecho, donde caía una medalla de cobre atada á una cinta de color; las enagüillas parduscas, las babuchas de paño, de la calle de Jesús. Era un tipo de esos que á menudo se encuentran: esas viejas que usan el tápalo á manera de capucha, andan de prisa sonando sus abultadas bolsas llenas de medallas y rosarios, hablan entre dientes, pasan con los ojos bajos, y compran con misterio cigarros "*Arrobadores de los Aztecas*" en un estanquillo; prosiguen su marcha, platican

dos horas con una compañera que pasa; tienen miedo á los coches al atravesar las esquinas, y se pierden en la multitud ó se introducen á una iglesia.

Doña Chole era de esta familia. Sonaban las doce en aquel momento, golpeóse el pecho, y poniendo los ojos en blanco, murmuró un rezo. . . . Paróse y besó un cromó, que puesto en una consola, representaba una Santísima Trinidad.

Apoyada la quijada en una mano, la otra empuñando el grasiento mango de la sombrilla, esperó en silencio. Sacó un "*Arrobador*," lo deshizo, puso el tabaco en su falda, recortó la canal, lo torció encorvándolo, lo encendió discretamente; lo colocó en sucias tenacillas de cobre, sacudió el tabaco de la falda, escupió un pedazo de papel adherido á sus labios, y cigarro en ristre y codo en pierna, dejó vagar sus ojillos azules por las figuras de un gran cuadro: "*La huida á Egipto*". . . .

¡Ay, *mialma!*—dijo cuando la señora hubo aparecido—tal vez le haga á usted *malaobra*; pero ya me daba remordimiento no verla á usted. ¿Está usted bien? ¡Vaya, me alegro! ¿El señor? ¡Vaya! ¿Los niños, todos buenos? Aquí me tiene usted sufriendo de este *catarro*, la *andancia*, señorita. Un acceso de tos interrumpió su charla precipitada de dulzón sonsonete, escupió en el *pañito* hecho bola y prosiguió, guardándolo en la bolsa: ¿Qué calor, no, *mial-*

ma? No hay gota de sombra. . . . Dónde que vengo desde lejísimos: fuí al Carmen á ver á la madre Teresita que está en cama. ¡Pobre! es una mártir. . . . Está, pero si hecha una espina; está *lisis*, la desahuciaron y se sacramentó. . . . Dónde que después tuve que ir al Sagrario á arreglar las misas de Don Pancho Montes (Q. E. P. D.) ese señor español que murió repentinamente; y ya que el padre Moralitos no podía, porque tenía que ir á Tacubaya á ver al señor Arzobispo, y el padre Figueroa que tenía sermón! Hasta que el señor cura Andrade por fin. . . . Así es que se me hizo tarde, y ya ni pude ir á ver á las muchachas Gómez, tuvieron un cuidado de familia; ¿no ha sabido usted?

—No, no he sabido nada.

—¿Cómo, no supo usted lo de Panchito?

—No, hace tiempo que no me ven á mí ni yo á ellas.

—¡Huy! si todo México lo ha sabido. Pues figúrese usted que Don Joaquín, el tío—Dios lo haya perdonado—dejó una huérfana que *dizque* había recogido, pero dicen malas lenguas que no era tal recogida, sino hija de Doña María. . . . ¿Se acuerda usted? la que se echó á la calle de en medio. Bueno. Conque se muere el señor, y Panchito, ya sabe usted que es tremendo, la piel de Judas, empuñadela con la muchacha; enredóse y sale un tercero. . . .

Conque se hacen de razones, y en la Cantina del Coliseo agárranse á los golpes; hubo tiros y Panchito salió herido. ¡Qué escándalo! A mí la que me da lástima es Gualupita, tan buena que es; tanto sacrificio para educar á sus hijos, y ahí tiene usted á la pobre de aquí para allá, declarando en Belén, en la Comisaría y seca de penas; del derrame de bilis cayó en cama y quién sabe si se muera. . . .

—Pues no sabía ni una palabra.

—Pues ya le digo á usted, yo lo supe por D. Márcos que, como usted sabe, es muy de allá. . . . ¿y á Tonchita no la ha visto usted?

—Tampoco, si no he salido; he tenido enfermos á los chicos y no le doy á usted razón de nada. . . . A misa, y se acabó; pero no sé, hace un mes, lo que es la calle. . . .

—Dichosa usted que puede vivir tranquila. Es lo que yo le pido á Dios Nuestro Señor: que me dé con qué vivir sin tener que ver con nadie. . . . ¿chupa usted?

—No, no fumo.

—Son suavечitos.

—Sí, pero. . . .

—¿Nunca ha chupado usted?

—Sí, á veces, después de comer; pero á Cárlos no le gusta el olor del tabaco. . . . y me emborracho, me ataranto.

—Sí, hay señores que no les gusta, aunque no tiene nada de particular: el cigarro distrae mucho, eso va en gustos, ¿verdad? hay señores muy raros. Mi marido, que en paz descansa, no crea usted, trabajo me costó acostumbrarlo; pero era muy bueno, entre los maridos buenos, Pérez, eso sí; se los digo á mis hijos, lo que es como su papá, pocos se encuentran. Tan bonito que es un señor así, no? hay otros que no. ¡Jesús! por ejemplo. . . . D. Pedro. ¡Qué lástima me dá Clotildita, la hermana de usted! Supe lo de. . . Mixcoac. . .

—¿Qué? (*asombrada*).

—Pues tenía curiosidad, y dije, le he de preguntar á Chonita. . . . Pues me contaron que era muy celoso, que le daba muy mala vida, y que solo por verla platicar con su primo la puso del asco delante de las visitas. Que iban á separarse.

—¿Quién dice? ¡Mentira! (*indignada*).

—Pues me lo contó Doña María, su comadre de usted. Nada ménos hace un rato que me lo dijo, tanto que decía: ¡quién le había de decir á Clotilde, que vivía tan bien en casa de Chona!

—Pues no es verdad. ¡Ah qué María tan ligera; si por tal de hablar!

—¡Ah, sí, eso tiene, no respeta á nadie; no es por criticar, pero menea la sin hueso que es un gusto. . . . Conque chula, se me olvidaba; tengo un encar-

guito para usted: aquí traigo (sacando un bulto de la bolsa) estas *boquillas* de encaje, y mostró el tejido, que se destacaba en un fondo de papel de China color de rosa. Las rifa la madre Teresita para hacerle con lo que se junte, un novenario al *Santo Niño*, el de D. Pepe, ese que curó del croup á Miguelito. Mire usted la lista, casi está llena, vale dos reales acción, y las que quedan están pedidas; pero ya sabe usted que tratándose de *mi Niño* (¡que al cielo me lleve!) usted es la primera, y dije: le salvó á Miguelito, y si no le llevo la lista es capaz de sentirse. Nada más justo.

La señora se apuntó el núm. 89 de la lista.

—¡Ah! prosiguió, y no se le olvide el real para *mi pobre* (nuevo pago de la señora). Y no diga usted que abuso; pero Dios dará ciento por uno. Siempre le pido, al *alzar*, por usted. . . . Es usted muy buena, y por eso la molesto; si tuviera usted unos zapatitos, un vestidito; esos deshechitos; los trapitos que no le sirvan, para mis muchachos; están con los pies desnudos y saliéndoseles las faldetas por los pantalones; ni á la escuela he podido mandarlos. . . . Sí, sí, si no precisa ahora, volveré, volveré; conque ahora sí (poniéndose en pie) me voy, porque me han de estar esperando. Desde las seis de la mañana ando en la calle y no sé lo que es de mis criaturas. Conque adios, ¿eh? (Besos, abrazos, raptos de

gratitud). Mil gracias por todo, memorias. Rece usted á Dios por mí. No, no me voy sin darle un beso á mi Santísima Trinidad. Y besó, en efecto, la imagen, y aquella tarabilla se aleja de prisa, sonando sus chanclos, sus medallas y su rosario.

Y esta vieja que hemos oído murmurar del prójimo y tiene valor de robar la honra ajena, acude á otra casa y cuenta la vida y milagros de Chonita; pero pasa un Viático, se deja caer de rodillas y besa el suelo.

Esta Chole de la Candelaria es muchas veces esa mujer encorvada que veis á la entrada de una iglesia, con el platillo de cobre, diciendo en alta voz:

—¡Para la cera del Santísimo Sacramento, por el amor de Dios!

Esta vieja es la que se golpea el pecho, la que se confiesa á menudo, la que solloza en cruz los días de sermón y ante una imagen pide desde la gloria eterna hasta la salud de su gato; pero es también la que arma bola á la entrada de la misa, la que riñe en voz alta, la que platica dentro del templo con todas sus conocidas y dormita en las bancas toda una mañana.

Y tiene hijos, y tiene casa, y vive de rifas, limosnas, encargos, y pasa el día en las iglesias por costumbre, sin fervor ó con cómico celo religioso. Cree que con pasarse esa vida ociosa todo marchará bien:

los hijos se educarán solos, los muchachos aprenderán por ciencia infusa y el puchero se cocerá milagrosamente.

Temo á esas viejas. Pasan entre los ignorantes por virtuosas, y son las hembras de los fariseos. Creen que la corte celestial es ciega y sorda á sus errores. No comprenden su religión. Sollozan, sí, los días de fiesta, pero murmurán del prójimo toda la semana.

Acuden al lecho de los moribundos para sembrar en las familias la falsa alarma y tomar chocolate á costa ajena, fumar el cigarrillo y espiar chismes en esos supremos instantes: son las mariposas negras, las mariposas humanas atraídas por los cirios.

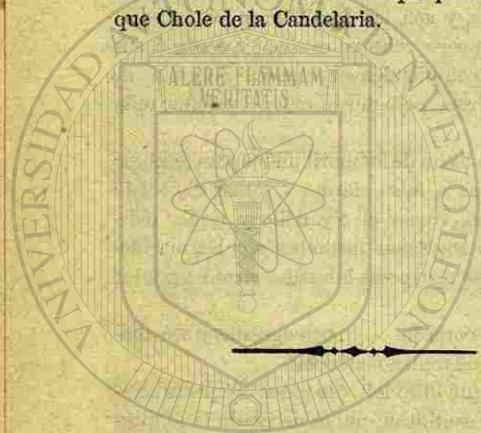
No tienen corazón. . . . son egoístas y son tontas, y más que tontas malévolas.

En no sé qué libro leí: “no todos los que se acercan al ara se santifican, no; es necesaria la fe, porque no son santas las polillas que roen un altar; no son más que polillas. . . .”

Esas viejas, esas Choles de la Candelaria, son la polilla social. En cada honra que tocan, dejan una llaga; matan, desesperan, y sin embargo, miradla, allá va, parece un murciélago; anda de prisa, habla entre dientes; pasa un *padre*, se abalanza á su mano, la besa, y dice á una colega, que encuentra:

—¿Sabe usted lo que pasó? Doña Juana (su protectora) se la pegó á su marido. Dios la perdone. . .

No es santa la polilla porque vive en el cuerpo de un santo. . . no es más que polilla, no es más que Chole de la Candelaria.



---

---

## LAS VIOLETAS.

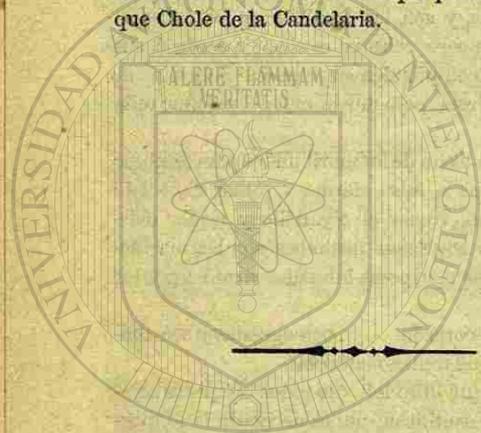
A LUPE.



ERA un día de fiesta. El salón estaba preparado para el baile; cepillada la alfombra de rojos florones; lavados los cristales; bruido el cobre de los candelabros, y el ajuar sin fundas, lucía los cambiantes de su seda oscura. Abierto el piano, reclinado en las teclas el plumero azul y las velas enteramente nuevas en los candelabros. ¡Cómo olía! Eran las flores de los jarrones, los *bouquets*, ramilletes de obsequio de todas clases; desde la sencilla gardenia rodeada de musgo, hasta el canastillo constelado de camelias. Unos con *porta-bouquets* de seda, otros de papel fingiendo encaje; casi todos atados con listones. El

—¿Sabe usted lo que pasó? Doña Juana (su protectora) se la pegó á su marido. Dios la perdone. . .

No es santa la polilla porque vive en el cuerpo de un santo. . . no es más que polilla, no es más que Chole de la Candelaria.



---

---

## LAS VIOLETAS.

A LUPE.



ERA un día de fiesta. El salón estaba preparado para el baile; cepillada la alfombra de rojos florones; lavados los cristales; bruido el cobre de los candelabros, y el ajuar sin fundas, lucía los cambiantes de su seda oscura. Abierto el piano, reclinado en las teclas el plumero azul y las velas enteramente nuevas en los candelabros. ¡Cómo olía! Eran las flores de los jarrones, los *bouquets*, ramilletes de obsequio de todas clases; desde la sencilla gardenia rodeada de musgo, hasta el canastillo constelado de camelias. Unos con *porta-bouquets* de seda, otros de papel fingiendo encaje; casi todos atados con listones. El

más humilde era un haz de capullos de rosa, myosotis y violetas; estaba en una ánfora de cristal púrpura; las flores parecían asomarse por su cuello, brotar de aquella otra flor más grande, aquel cáliz de cristal, frescas, perladas de gotitas de agua, que resbalaban por un pétalo, temblaban silenciosamente y caían al mármol. ¿Qué dirán las flores cuando así lloran sobre una mesa? Los capullos húmedos, parecían jóvenes náyades desnudas que salían del baño. La sala estaba sola.

Entró un joven frotándose las manos, se vió en el espejo, se compuso el traje, y dirigiéndose al ramo de la mesa, tomó de él un capullo que colocó en el ojal de su levita.

—¡Nos abandonan!— suspiraron melancólicamente las violetas.

Pocos momentos después, una mosca sofocándose al vuelo, con frases entrecortadas, les dijo:

—¡No os dejéis cortar! Acabo de ver una cosa horrorosa, ¡qué escena! Vuestro compañero el capullo murió ahorcado de un ojal; una joven lo ha arrojado con ira por la ventana, ¿sabéis por qué? El novio se lo regaló como un recuerdo de hoy, después han reñido, y la víctima ha sido el pobre botón de rosa té! ¡No os dejéis cortar!

Las violetas se quedaron pensando en cosas melancólicas, dejando perder la mirada de sus ojos

azules por el horizonte que dejaba ver la ventana abierta. La señora de la casa entró también, hundió su rostro marchito en las flores frescas, se sació de húmedos aromas, diciendo: ¡qué bien huelen! y al ver las rosas blancas exclamó: ¡así eran las que le pusieron á mi hijita en los pies; me parece que la veo, pálida, aérea, débil, púdica y muerta! Y la señora salió para evitar memorias tristes, sin llevar una flor. Las violetas languidecían, casi moribundas colgaban en el borde del vaso como desmayadas, cuando á su vez entró la niña de la casa, alegrándolo todo con el rumor de su falda, su pisada rápida y el dulce acento de su voz que tarareaba la canción de Siebel y . . . . ¡Ay! gritaron las violetas al sentirse arrebatadas. Se desmayaron para despertar en un nido de blondas y seda mecidas por el vaivén de un seno . . . . pero era tarde; estaban ya muy enfermas y los padecimientos del corazón son incurables, y murieron. La joven las desprendió del ojal de seda, las arrancó del nido de encajes y las arrojó á la alfombra, sustituyéndolas por las estrellas azules del myosotis . . . . Un desconocido, con la cobardía del que va á cometer un crimen, cauteloso, temblando, recogió las flores y las guardó precipitadamente en su cartera.

—¡Son suyas, son flores suyas!— decía ebrio de emoción.

Aquellas flores tímidas, aquellas violetas arrojadas á la alfombra, recogidas por un enamorado, encerradas en una cartera, somos las viejas de hoy; las de harapiénto traje, que fué lila, sumidas en un cajón de escritorio. . . . Así es la vida, Sr. Anillo; nadie sabe cuál será su suerte. ¿Quién al vernos supondrá lo que valemos? Somos felices, preferimos vivir aquí retraídas, pero contentas, á correr la suerte de capullo. ¡Nada importa que la cuerda sea de seda ó de hilo negro; la muerte de ahorcado es la misma!

Cálices marchitos, momias de flor, cuando él nos ve, para su espíritu tenemos nueva vida, un resto de perfume, una sombra de color, un último remedo de forma, hacen nacer una pasada primavera; aspira aquel aroma; los recuerdos y los perfumes son gemelos siempre; traen algo de la mujer á la memoria, él ve las líneas púdicas de un perfil inolvidable, oye el acento de una voz que es una verdadera caricia, y la reminiscencia de una mirada que tiene para él todas las indefinibles tristezas de un crepúsculo. ¡Oh Anillo! es muy bello en el fondo obscuro de la pobreza, poder dibujar los ardientes mirajes de la ilusión, muy bello en el cáliz envejecido desparramar aromas de juventud, resucitar el color muerto y hacer del contorno extraño de la momia, el perfil desnudo de un ideal que nace.

¡Oh Anillo! no te quejes porque estás abandonado aquí; pronto, tal vez mañana, brillarás en la mano pura y diáfana de una novia, serás símbolo de unas nupcias felices; llevarás escrita una fecha y verás cuando mano entre mano se paseen en la sombra de los altos árboles, cómo la claridad de las pupilas se funde una sola claridad; sabrás lo que es la embriaguez de una caricia y oírás qué palabras son las que murmuran en voz baja unos labios que tiemblan cerca, muy cerca de unas mejillas que palidecen de placer. Ya verás, Anillo; así nos pasa. . . . Creemos no servir para nada, y somos nada menos que la página más bella de un poema, la historia de un amor irrealizable, que era feliz recogiendo una flor marchita: el amor que con tan poco se conforma es inmenso. . . . Sabemos sus secretos, conocemos sus esperanzas. . . . y nos conservan como si en nuestras hojas empolvadas guardáramos el perfume de sus sonrisas. . . . Sí, todo es flor en la vida. . . . Todo encierra una memoria ¡parece mentira! El capullo de rosa blanca que ciñe las sienas de una niña muerta, las lágrimas de una madre, el botón de una rosa té, las tonterías de un novio sin ideas y los pétalos mustios de una violeta, todas las memorias, todos los anhelos, todas las tristezas de un amor callado. . . . son urnas cinerarias, y las cenizas que guardan esas flores, son

las cenizas de la ilusión.....

Ya sé lo que dicen las flores cuando lloran sobre el mármol de una mesa; cuando se balancean en la espuma del encaje, sobre un seno de reina; cuando cuelgan ahorcadas de un ojal ó parecen cadáveres pisoteados; tristes, mustias, abandonadas en una alfombra; sé lo que valen las corolas secas encerradas en una cartera ó en el cajón de un escritorio. Las frases que escuché serán inolvidables.

—Yo te amo; cuando quieras oírme, cuando estemos juntos y solos te diré, eso será muy elocuente, te diré al oído y en voz baja, suplicante: —Vida mía, ¿me das unas violetas?

---

---

## EL CIUDADANO GESTAS.

---

A ANTONIO DE LA PEÑA.

---

### I



El despacho del Ciudadano Gestas parecía una mancha en el hermoso edificio, admiración de la calle. Á las ocho abrían la angosta puertecilla, en cuyos vidrios apagados estaba dibujado el anuncio: *Horas de pago: nueve á una A. M.: tres á cinco P. M.* El portero corría los cerrojos de la ventana polvorienta dejando penetrar una luz alegre que resplandecía, mostrando la miseria del mueblaje. Sofá y sillas austriacas, cuyo bejuco colgaba roto en los asientos; un tapete roído, las escupideras de cobre abolladas y sin agua, colmadas de viejas

de cigarros deshechos, puros mascados y cerillos sin cabezas; un toscó bufete barnizado de negro y rayado aquí y allá; la caja fuerte casi enmohecida; la prensa de copiar con sus enormes bolas abrillantadas por el uso, y un estante con viejos libros.

Contrastaban las molduras de yeso de la entrada, el papel tapiz de florones grises en fondo azul tierno, con los ladrillos desnudos del piso, flojos aquí, ausentes en los hoyancos, partidos y gastados en la entrada. Los muebles viejos eran una ironía bajo el cielo raso, donde fingían las pinturas una guirnalda de extravagantes hiedras de bulto.

¡Y cuántos esperaban con ansiedad que la puercecilla se abriera! El portero arrojaba groseramente verdaderos chorros de agua con la cubeta, y barría, formando en el suelo un lodo rojizo que salpicaba las patas del bufete y la caja fuerte; quedaban pegados los papelillos dispersos y flotaban en la alegre banda de sol, como la cauda de chispas de un cohete, los átomos dorados por la luz. . . .

Los clientes, siempre de caras tristes, esperaban en la banquilla verde del patio. Eran viejos que hablaban solos, encendiendo cigarro tras cigarro; señoras envueltas en sucios tapalillos que con la mano en la mejilla contaban las baldosas ó perdían su mirada en el suavísimo verde de los estucos. Jóvenes y viejos, todos esperaban. Á veces alguna

mamá llevaba á su hijo, muchacho sucio, de vestido corto y manchado, largos calzones, arrugadas medias y sombrero de paja deshecho; con el dedo en la boca ó las manos atrás, se extasiaba contemplando el coche que lavaban arrojándole cubetazos de agua; los caballos atados á las paredes que se rascaban, frotándose contra las jónicas columnas del patio. Lo que más llamaba la atención de los mozalvetes, era un estúpido pavo real desplumado, que hacía la rueda. Su cola incompleta no podía fingir más que un abanico deteriorado, y, sin embargo, los niños llegaban al lado de la madre y le decían en voz baja, con ese respeto que inspira un lugar suntuoso:

—Mira, mamá, ¡cómo se esponja ese guajolote verde!

—¡Estate quietecito!

El Ciudadano Gestas bajaba por fin con imperial lentitud la escalera alfombrada; alto, gordo, colorado; ladeada la gorrilla de terciopelo y oro, mascando un puro, las manos en las bolsas del pantalón. Llamaba al caballerango, visitaba las cuadras, palmoteaba en las ancas de sus yeguas, y siempre sonriente y tranquilo, sin saludar á nadie, penetraba á su despacho.

El dependiente, con cara de seminarista indígena, rapado á peine, le mostraba, plumo en mano,

una cuartilla doblada de apuntes, y sacaba recibos y billetes de Banco de la gran cartera de cobranzas. . . . Discutían largo rato y sin prisa, en tanto que afuera todos los solicitantes dirigían miradas impacientes. El portero sacudía los papeles, ordenándolos, y llenaba el botellón de Guadalajara con agua, sin limpiar el vaso opacado, que servía lo mismo para beber el sucio líquido, que para mojar la brocha del libro de copiar.

El Ciudadano Gestas hacía sus confidencias al dependiente cuando estaba de buen humor.

—Se sentía medio malo, había comido la víspera con unos americanos; quizá el pescado le había hecho daño; lo repitió toda la noche; tuvo que tomar carbonato, casi no se había desayunado. . . . El pescado era muy indigesto. . . .

—Sí señor; es muy indigesto.

—¿Cobró usted? . . .

—No encontré á Don Pedro; está fuera de México.

—¿Qué tall! ¿Ya usted lo ve? Es imposible contar con esa gente. Prometen para el 27, y ya usted lo está viendo, estamos á 28. . . .

—Pase usted, señora. . . .

Una de las señoras que se había colocado tímidamente junto á la puerta, entraba, saludaba con mucha política, se arreglaba el tápalo, y descan-

sando sobre las piernas la sombrilla desteñida, hablaba en voz baja. El Ciudadano la oía con los ojos bajos, dando vueltas entre sus dedos al portaplumas. La señora se acaloraba, su voz subía de tono; accionaba, contaba quizá largas historias de miseria, porque lloraba en algunos pasajes, hacía tímidamente su petición. El Ciudadano objetaba, preguntaba, respondía, mientras el dependiente, hundidos los pies en una zalca, inclinado, escribía lentamente, descansando su cigarro en el borde de la mesa.

La señora firmaba un papelito que alargaba al seminarista; la entregaban cierta cantidad, y salía con el mismo aire triste con que había entrado. . . . ¿No le daban dinero? Debía estar alegre; pero tal parecía que aquellas monedas eran el precio de alguna nueva desgracia.

Desfilaba toda la turba frente al Ciudadano, y á toda la turba oía con el mismo aire indiferente, piqueteando siempre con el mango de pluma. . . .

Gestas era obeso y calvo; un collar erizo de barba canosa mezclada de cerdas rojizas, encuadraba su rostro apoplético. Pequeños los ojos, grande la nariz, bestial la boca. Su cuello desbordaba la finísima batista de su camisa; costosos paños envolvían su cuerpo contrahecho, y sus manos de antiguo vaquero, por lo vellosas, parecían de un simio, y por lo alhajadas, de un jugador.

Era una especie de Molok adorado por la turba de mendigos que se le acercaban devotamente. Era inmensamente rico.

Aquel palacio de valiosas canteras, de arquitectura monumental, extensos patios, altas columnatas, labradas arquerías, mármoles corredores, y surtidas cuadras, era de Gestas. El mueblaje parisiense, las alfombras de moqueta, las lunas encuadradas en felpa y ébano, eran de Gestas. Aquellos coches nuevos de discreto rodar, movimiento de barca apenas balanceada, eran de Gestas. Las vajillas japonesas, de Sevres, los jarrones de Sajonia, los floreros de Bohemia, de Christoffle; bronce de arte, pianos de Stenway y perros de Terranova, del Ciudadano Gestas. Aquella señora, enferma de obesidad, rana mostruosa vestida con *crêpe* de la China, *pearl de soie* y sedas costosas, cargada de alhajas, era la esposa del Ciudadano Gestas. La niña anémica, flaquísima, moribunda, fea, que ni modistas, ni peinadoras, ni médicos, habían podido embellecer y engordar, era la hija de Gestas.

En torno del ex-vaguero flotaba una atmósfera de riquezas. Frente al zaguán monumental se detenían trenes y más trenes: la carretela del hombre de negocios, el *simón* y un cobrador, el *coupé* de una visita. Oíanse en el patio ruidos agradables para los que saben cuánto significan: el acento del

pavo real, el estornudo de las yeguas, su piafar sacudiendo las cadenas; arriba el vocerío de los pájaros y las notas cristalinas del piano.

El frutero y el mozo de dulcería, cargaban para el almuerzo la venta más delicada y rebosaban los canastos de la galopina, de toda clase de verduras y especies, guajolotes y pollos desplumados junto al dorso lustroso de los pescados. Todo era abundancia. El timbre eléctrico que anunciaba visitas tenía un alegre repiqueteo, mientras abajo, en el despacho, repiqueteaban también los pesos.

Se vaciaba la caja, quedaban exhaustas las carteras, los *tenates* llenos de menudo; las ollitas de piel endurecida con ribetes rojos, y hasta la caja de puros donde guardaban los centavos; pero el cofre, como un monstruo insaciable después de vaciar sus entrañas, volvía á llenarlas; llegaba la procesión de los que pagaban vaciando sus bolsas en la mesilla lustrosa ya, con un brillo metálico, rastro del río de plata que había corrido en su madera.

El Ciudadano, indiferente, no turbado por el sonar de las monedas, oía á un nuevo solicitante, siempre con los ojos bajos y jugueteando con el porta-plumas.

Todo el mundo confesaba que era un estúpido, que su fortuna tenía un origen vergonzoso, que oía á establo; pero él aplastaba al mundo entero

en todas partes: en los paseos, con sus trenes de embajador ruso; en el teatro, con los brillantes de su familia; en su casa, con la suntuosidad de regios salones, y en las casas de comercio con la influencia decisiva de sus arcas inagotables; y el mundo olvidaba los antecedentes del hombre soez en su cuna, para tenderle la mano, presentarlo en sus recepciones y admitir un lugar en aquellos banquetes donde las bodegas de todos los países estaban representadas por vinos de alto precio, y las cocinas de los mejores hoteles, por los platillos mejor confeccionados.

Era un *nabab*, pero no el que enriquecía á sus amigos, sino el *nabab* avaro que tiraba el dinero calculando de antemano cuánto había de producirle el aparentar una espléndida al 89 por ciento de interés.

Sí, él era complaciente con aquella procesión de hambrientos que lloraban en su despacho, porque unos daban cinco pesos, otros diez, éste un mueble, aquél una alhaja, pero todos dejaban un trozo de su vellón dorado en las zarzas de aquel despacho de agiotista.

Con la sonrisa en los labios proponía intereses crecidos, verdaderas estafas, y esperaba en silencio, sin cejar, sin disminuir un centavo, y la necesidad parecía estrangular á aquellos mendigos para

que lanzaran el *sí* de aprobación, sentencia de inopia para el resto de su vida.

Hubo viuda que vencido el plazo de un préstamo, acudiera llevando *bonos de la deuda* que en plata representaban ciento cincuenta pesos en tiempo de baja.

— Señor, no tengo los veinticinco pesos que le quedo á deber; ¿quiere usted que se prolongue el plazo quince días? En prendas dejo estos papeles. . . .

— No es posible, señora (sonriendo dulcemente); si usted quiere, le compro los bonos en veinticinco pesos, y ¡cuidado que no me gusta comprar bonos que. . . ya usted ve, no se venden!

— No, señor; en cien pesos sí, pero en veinticinco! . . .

— Pues usted sabe. . . . procederemos judicialmente. . . .

Y la viuda dejó sus bonos en poder de Gestas.

Da reuniones y todo el mundo acude á ellas; los honrados no tienen escrúpulos en penetrar á la cueva de un bandido, cuando esa cueva arde bajo el brillo del gas, los espejos, los mármoles, y se baila al són de una música á cinco pesos hora. . . .

Si cada mueble, si cada candelabro, si cada alfombra, en medio del bullicio contaran su historia! La viuda con tres hijos, el padre evitando la pros-

titución de una hija, el deudor arruinado, el comprador en víspera de quiebra... serían los títulos de esos relatos conmovedores. Pero nadie protesta. Todo parece enmudecer estupefacto de tanta bajeza.

## II

El dependiente cerraba la puerta del despacho, y Gestas subía en compañía de su familia al coche para dirigirse al teatro... Los frisones sacudían las enormes cabezas; el cochero, enguantado y de librea, en académica postura, esperaba la señal de la partida, mientras las puertas del zaguán abiertas quedaban iluminadas por el reflejo de las linternas.

—Oiga, Carrasquilla, tome un coche y se va. Ya sabe: le dice usted que hoy terminantemente, ni un día más. Me va usted á buscar al teatro... no se dilate... Buenas noches. Y el rodar del coche resonó en las bóvedas mientras los transeuntes espantados se detenían á los lados del zaguán para dejarle paso.

En el teatro Gestas estaba impaciente y veía el

reloj. ¿Qué le pasaría á Carrasquilla? Llegó por fin, sudoroso, fatigado.

—¿Qué hubo?

—Nada, señor; se murió el esposo de la señora; está tendido, me enseñó el ropero ¡vacío! los cajones ¡vacíos! Todo lo han gastado en medicinas y en los preparativos del entierro, y me ha confesado que no tiene para amanecer más que veinte reales.

—¡Qué tal! (en el colmo de la ira). Es insufrible esto, no tienen piedad de uno, no hay compasión, me acaban la vida. ¡Con ésas salimos!

El público volteaba hacia el palco, en tanto que la señora al oído le decía:

—Cálmate, Gestitas, eso te hace mal. Van á levantar el telón.

—Pues vaya usted (en voz baja) y que me mande aunque sea esos veinte reales. Pague usted el coche y no se tarde.

Y ya tranquilo se sentó; parecía reventar bajo el frac y la corbata blanca...

El dependiente se paseaba agitado en el pasillo.

Qué cruel era su patrón; ir y pedir á una familia con un muerto tendido ¡veinte reales! eso era indigno, eso era inquisitorial, eso era horrible; él pagaría los veinte reales, pero nunca, jamás, profanaría un cadáver con cobranzas de ese jaez.

Pagó el coche y penetró de nuevo al palco.

—Aquí tiene usted, señor.

—Vaya, hombre, siquiera podrá uno pagar el coche....

—Ya no se ofrece nada?

—No, Carrasquilla. Váyase.

Habría andado algunos pasos cuando Gestas lo detuvo de nuevo.

—Oiga, ¿qué tiempo hizo de aquí allá?...

—Diez minutos.

—De modo que en media hora se va y se viene?

—Sí, señor.

—Pues hombre, vaya y que le cambien esta pseta. Creo que es falsa. ¡Qué gente tan ladrona!

—(Pálido de ira). La equivoqué.... aquí traigo otra....

—Vaya, creí que se la habían encajado á Vd. ....!

En el escenario se representaba la escena final....

El marido había dado una puñalada al amante; ella se había desmayado, mientras él, dominando el estruendo de la orquesta, lanzaba una nota alta gritando: *¡maldicta!* Un golpe seco de timbales, y aplausos. El telón se alzó de nuevo y los tres actores, dándose la mano, saludaban al público.

*Gestas.*—Tengo sueño.

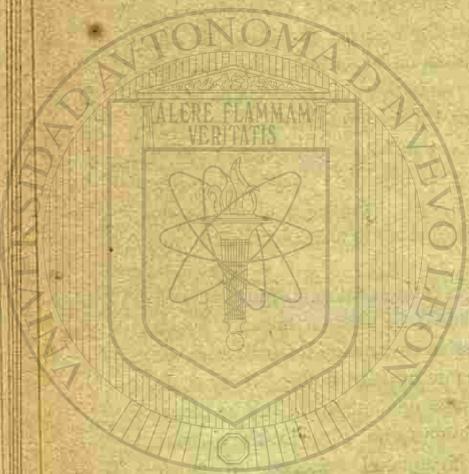
*La señora.*—Qué dices.... qué calor!

*La niña.*—La Ramici lo ha hecho bien....

*El dependiente* (desde el patio y hablando consigo mismo).—Qué alhajas tiene mi patrón. .... y pensar que todo viene del agio!

Veía en su interior aquella procesión de hambrientos que dejaban en su bufete hasta el último centavo. Pensaba en la familia abandonada, con un muerto en su casa, atormentado su dolor por un recibo miserable; comparaba á aquellas niñas enlutadas y llorosas con la hija de su patrón, que era cruel y decía á su papá: "Papacito chulo, sácales alhajas, brillantes, que así te salen á mitad de precio."

¡Qué cruel era la familia toda; sí, muy cruel; tenían corazones malos! La niña en su palco se abanicaba; resplandecían en su seno los brillantes fingiendo el cabrilleo de un mar de luz. .... y el dependiente aventuraba una metáfora. Cada piedra representaba un dolor ajeno. ¡Qué ironía: cubrían con una coraza de lágrimas el pecho, con un peto de diamantes, para ocultar lo asqueroso de un corazón donde todo era cruel, abyecto, miserable, negro!



---

## "GLADIATOR."

---

A E. SANTIBAÑEZ.

---



LADIATOR iba y venía de la pared á las trancas y de las trancas á la pared. Muchas caballerizas conocía, pero ninguna como aquella, y paseaba sus grandes, dulces ojos, en torno, reconociendo el sitio. En frente se extendía una gran construcción de madera despintada, una especie de corredor de hotel. Llegaban muchos señores con papeles de colores chillantes en la mano, y grandes gemelos de teatro; empujaban las puertas y al abrirse se oía más claro un murmullo de colmena embravecida que no dejaba de preocupar al animal. Muy cerca de él, abajo de la gradería, llegaban las personas y se per-

dían tras el tosco biombo de un mingitorio. ¿Qué sería aquello? ¡Misterio.

El sol doraba la pared de adobes y hacía humear el piso cubierto por una capa de estiércol, y arriba, en el cielo limpio, erraba con blando movimiento una gran nube con orlas grises. Atado por un tosco cabestro, "*Gladiator*" olía el suelo. ¡Ni una hierba! ¡ni una cáscara! Hería sus narices el hálito tibio y picante del estiércol. Paciente, manso, paso á paso, avanzaba resoplando siempre en busca de una brizna y alzaba de repente la cabeza.

El murmullo crecía, diríase el rodar del trueno: gritos, aplausos, silbidos, bastonazos; el edificio aquel que se desplomaba; los retardados corrían por el corredor y empujaban las puertas. . . .

Oíase junto, el mugido quejumbroso de los bueyes. . . . y claro, distinto, un toque de corneta. . . . Algo terrible iba á pasarle; hay no sé qué aviso interior que denuncia un peligro cercano, y "*Gladiator*," sin saber por qué, temblaba. Confusas sospechas, extravagantes conjeturas ocupaban su pensamiento de rocinante tísico, sin que se diera cuenta exacta de la verdad.

Y repasaba su vida toda. Aquel ruido no le era desconocido. . . .

Recordaba que una tarde, así tranquila, lo habían ensillado con un ligero albardón, lo habían sacado

al campo. . . . En frente ardían las lumbreras del hipódromo, una confusión de trajes, sombrillas, sombreros, pañuelos que se agitaban, anteojos que relampagueaban heridos por el sol, mientras los gallardetes del techo, con movimientos de látigo, impulsados por el viento aleteaban en el fondo dorado de la tarde.

Al frente la llanura verde, y como una serpiente, la pista desarrollaba su inmenso círculo rodeado de coches nuevos, brillantes; ginetes que se paraban sobre los estribos, *breacks* en cuyo techo brindaban con champagne. Á su lado, rigurosamente alineados, como nunca, limpios, lustrosos, impacientes, varios compañeros suyos montados por jockeys de abigarrados trajes, esperaban la señal.

Cuando él salió, como por encanto se hizo el silencio; su jinete, muy conmovido, le murmuró no sé qué palabras inglesas al oído, y después. . . . no supo más. Sintió los acicates horadar sus ijares y se lanzó como una flecha, ciego, palpitante; dilatados los ojos y las narices; tendidas las crines; arrancando al piso nubes de polvo, y ensordecido por los gritos de su jockey desesperado, cuya blusa de seda inflaba el aire. . . . Cuando lo detuvieron, estallaron los aplausos; corría su nombre de boca en boca, perlaban la seda de sus *encuentros* un tibio sudor. Todo el mundo le acariciaba el anca,

y hubo un señor miope, que con aire paternal le alzó el labio para mirarle los dientes, y tomó sus crines entre los dedos como si fueran una madeja de seda.

¿Lo irían á correr? No, estaba muy viejo, y ya no había niños como aquella vez, que se le acercaran, le cosquillearan las anchas narices y le pusieran en el hocico terrones de azúcar. Ya no había caballerangos que vigilaran su pesebre cada cinco minutos, pasaran el *ayate* por su cuerpo y empuñaran filosóficamente el *almartigón*.

Aquella vez lo mimaban como á un niño, y ahora estaba abandonado. Entonces lo llamaban "*Gladiator*," y ahora le decían con rabia: *jarre, zopenco!* La suerte se había cebado en él; era una víctima de la desdicha. . . .

Cuatro años vivió uncido á la lanza de un coche de alquiler. . . . Á las cuatro de la mañana lo despertaban á puntapiés, y á la escasa luz del alba y de un farol, le colocaban los *añadidos* y grasosos arneses, el freno que le quedaba grande y lo engancharon al *coupe* aquel, su pesadilla. La caja gris, los faroles sin azogue, los vidrios castañeando, flojos los muelles, próximos á romperse los ejes y atada con correas embadurnadas de untura para carros la lanza. . . . ¡y vámonos! ¡á la estación! . . . En ella esperaba, cabizbajo, friolento, desvelado,

á un pasajero; mientras el amo, envuelto en un viejo capote militar, ó fumaba ó apuraba sorbos de té de hojas con *resfno*. . . .

Recorría todo México: quemado por un sol de fragua, cegado por un polvo ardiente, acribillado por los goterones de lluvia ó hundiéndose hasta el pecho en los lodazales del suburbio; azuzado por el castañeteo de la lengua de su amo, ó por soeces chicotazos. . . . y arrastrando el desvencijado carruaje, que caía y levantaba; gemían las ruedas, chocaban los vidrios y apenas podían cerrarse las duras portezuelas. ¡Pobre "*Penco ex-Gladiator!*" Muchas noches de lluvia lo ví en la solitaria plazuela, al lado de otra víctima. Llovía á mares, y él, cabizbajo, somnoliento, caídas las orejas, escurriendo las crines, inmóvil, medio doblada una pata trasera, resistía el temporal sin protestar: el reflector rojo del coche arrojaba á sus ancas empapadas un reflejo sangriento y se destacaba como un animal hecho de harapos, un mendigo, una silueta macabra en la desierta plazuela; en tanto que el cochero, resguardado en el "quicio de una puerta envuelto hasta las narices en una manga de hule, agujereaba la sombra con el clavo de su cigarro. ®

Quiso el cielo que lo creyeran emballestado y lo comprara un tal Aburto que comerciaba en *tepetales* y alfalfa. Aquella fué su mejor época, el perío-

do bucólico de su vida. Vagaba en el yermo potrero cuando no lo amarraban á un poste telegráfico; se codeaba con las vacas, que echadas, medio cerrados los ojos, rumiaban ladeando la cabeza, matizando el zacate á lo lejos con la mancha clara de sus siluetas; chivos retozones con cara de ingleses de larga piocha; borregos flacos de sucia lana y burros pensativos de sangrientas mataduras, rabo y orejas mochas, eran sus amigos. Se pasaba la *vita buona*, espantado solo por el tren que á las dos de la tarde pasaba como flecha, silbando agudamente y arrojando largos penachos de humo. Los pájaros no le tenían miedo: volaban á su lado rozando el suelo con las alas y vocalizando alegremente. . . .

¡Qué calma la del paisaje!

Nada agitaba al viento dormido, más que su cola al sacudirse las ancas para espantar las moscas zumbadoras y venenosas.

Al frente, la llanura gris parecía un mar de plomo opaco donde blanqueaban una que otra calavera de asno, y levantaban sus grandes hojas espinosas, polvorientos nopales.

El trabajo era poco: llevar todas las mañanas grandes haces de alfalfa, que habían teñido de verde sus ancas huesosas, en las que casi horadaba la piel su pelvis descarnada; le ponían un tosco bozal

y levantando y abatiendo la cabeza, tomaba la vereda al trote, sin que el cuidador tuviera que lanzarle ni un silbido, ni una pedrada. Era tan juicioso, que horas enteras permanecía sin moverse entre los asnos que frente al mercado buscaban en el suelo hojas de col ó cáscaras de naranja. . . .

¿Por qué sí era bueno lo desecharon? ¿Qué iba á ser de él? ¿Adónde estaba? ¿En qué tenían que emplearlo?

Sonó en la plaza un aplauso atronador, la música ensordecía con piezas alegres el silencio sereno de la tarde.

Llegaban hasta el corral de *Zepeneo*, ex-*Gladiator*, los bufidos del pistón y el trueno de la tambora marcando el compás de una polka, y de vez en cuando gritos salvajes que pedían ¡*lazoooo!* ¡*lazoooo!* ¡*Otro toroooo!* ¡*trompas de hute!* ¡*Cállate, monó ignorante!* Era un clamoreo atronador, aplausos, gritos, silbidos, una erupción de bárbaro entusiasmo que ensordecía, y al cual dominaba un toque de trompeta. ¡*Tararis!* ¡Bravo! ¡bravo! respondía la multitud.

Y aquellos gritos, y aquel estruendo hacían estremecer á *Gladiator*, que relinchó por fin. A un lado respondióle el mugido de los bueyes, un mugido lastimero y largo que contrastaba con la alegría de la música, que tocaba una *diana*.

Lo ensillaron á toda prisa, pero con una silla que no conocía. Aquella crinolina de cuero, con enmohecidos colgajos de fierro, pesaban mucho sobre sus ancas; ¿para qué le ponían un mandil de cuero? ¡Qué extraño traje el de su gineté! Un picador que no podía montarse solo por llevar una pierna de fierro. ¡Qué bárbaros acicates! ¡Para qué era aquella pica?

Dócil al freno salió del corral y, ¡horrorosa escena! un compañero, otro caballo, pataleaba en el fango enrojecido por la sangre, agitado por los últimos estremecimientos de la agonía. . . . Temblando quiso preguntarle. . . . ¡*Turarii!* el toque de corneta rasgó el aire. Un *mono sabio* le pegó un chicotazo en la cara é impulsándolo con un puntapié, lo hizo salir al trote al redondel.

¡Qué deslumbramiento!

El sol ardiente, flameante, vivo como nunca, arancaba chispas á la arena en el inmenso círculo; la sombra caía en su mitad en forma de media luna; una mole de pueblo se agitaba como enjambre sin límites en los tablados; vociferaba, palmoteaba, se desgañitaba; mientras allá, junto á la valla, platicaban los toreros.

Se abrió una puertecita y se disparó por ella un toro, que se detuvo como petrificado, asombrado, desconcertado, deslumbrado por la luz, oliendo á

grandes narices, erguidas las orejas, trémulas las astas, nerviosa la cola; un hombre mariposeó frente á él la capa ¡lo mata! No pudo ver más, cubrieron sus ojos con una venda y le hundieron en los ijares las espuelas, mientras azotaban su cuello con latigazos repetidos.

La noche, la sombra, lo desconocido. ¿Qué iba á ser de *Gladiator*? ¿Por qué no lo dejaban ver? ¿Por qué lo cegaban y lo azotaban? El pueblo había enmudecido; algo supremo iba á tener lugar. Se oían los trapazos de la capa en el suelo, interjecciones andaluzas, y un resoplido de rabia ¿Qué era eso?

¿Qué era? . . . . No lo supo *Gladiator*. Lo espolearon de nuevo, lo chicotearon y sintió un golpe brusco, horroroso en el vientre, la bestia que resoplaba y se encarnizaba, lo levantaba en el aire, todo en medio de un silencio imponente, al que respondía pujando el picador, sin que *Gladiator* pudiera huir de aquellas bruscas cornadas que lo traspasaban de parte á parte.

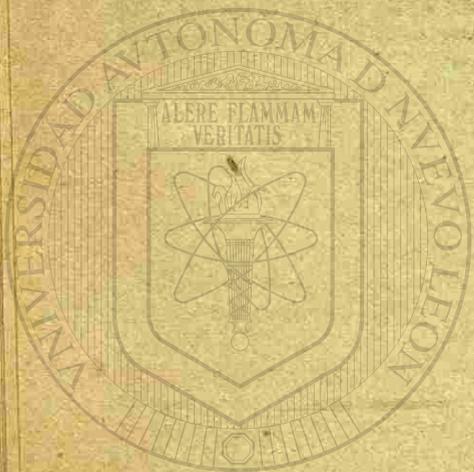
Estalló la música en una *diana*, el pueblo en un aplauso. Lo desensillaron; vagó al trote por la ancha plaza. Una nube roja pasó por sus pupilas, con inmenso frío tiritaron sus carnes, se debilitaron sus miembros, y rodó al suelo convulso y vomitando sangre, boca arriba, viendo al cielo, por donde dul-

ce, lenta, vagaba una nube ennegrecida, pensó en el potrero anchuroso de su época bucólica, tuvo una última convulsión y espiró.....

La plaza quedó sola; las sillas en desorden; revoloteaban en el aire los programas de chillantes colores; yacían en el suelo pisoteados puros, cáscaras de frutas y corchos de botellas de cerveza. El crepúsculo resplandecía ardiente y rojo, fingiendo en la sombra de la plaza un incendio en cada rendija; llamaradas intensas parecían lanzar grandes lenguas de fuego por cada puerta....

En medio de la arena, desnudo, flaco como nunca, boquiabierto; abatida la cabeza, en desorden las crines como la cabellera de una mujer bañada; apagadas las pupilas, que parecían ver algo fijamente todavía; esparcida la cola; empapado en sangre el huesudo flanco, así yacía *Gladiator*, ¡sólo, abandonado!... Las tinieblas parecían bajar del redondel y cubrirlo con un sudario que el mundo le negaba. El ocaso fulgurante prendía un reflejo en el charco de sangre, y la silueta macabra del caballo parecía flotar en un lago de oro encandecido; el sol le enviaba una caricia en un lampo de púrpura.... ¡Pero se apagó el sol! Las nubes negras se extendieron lentamente; se oyó el discreto rumor de la

noche cercana; chasquearon en el zinc de los techos algunas gotas de agua, y una bandada de pájaros juguetones, sin dedicar un trino al cadáver, tendida el ala, pasaron cantando y diciendo ¡corran, porque va á llover!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

---

---

## LAS MOSCAS.

---

¡ADIÓS paisana!

—Adiós; ¿qué te haces?

—Ya lo ves, pasando; ¿y tío?

—Buscando miel en estos platos; tengo el estómago vacío; ¿gustas?

—Ni sabes de la que me acabo de escapar! Revoloteaba en la calva blanquísima del señor de la casa, que está escribiendo sobre química; dice que en la naturaleza nada se cría, nada se pierde, todo se transforma; se le había ocurrido una buena idea, mordía el mango de la pluma, me paré en la blanca y venerable desnudez de su cabeza, y lo distraje. ¡Pobre animal humano! se encolerizó, volé y conmigo volaron sus ideas, se quedó hecho un topo; me dió risa y comencé á darle broma; ya le picaba en una oreja, ya en la nariz, de nuevo en la calva, y está hecho un loco, golpeándose. ¡Por nada me

aplasta! ¡Pobre! Se quema el cerebro para alimentar á su prole.

La señora en la otra pieza también se devana los sesos queriendo resolver este problema: cómo hará para sacarle al calvo cónyuge algo de dinero: necesita comprar á toda costa un *gros* que la seduce. Á un paso, el mayorcito cavila, inventa un libro de escuela que comprar; pero en el fondo lo que necesita es una camelia para su futura, y los menores lloriquean pensando en caramelos.

El digno de lástima es el pobre químico: cada preocupación es un día menos de vida. Ahí lo tienes resolviendo ecuaciones, pero no ha despejado esta incógnita doméstica: se mata para realizar los caprichos de una mujer coqueta, y los antojos de media docena de angelitos.

—Mira, hazme un ladito, comeremos juntas. ¡Malol! ya sacuden la mesa ¡Jesús! ¡te matan! ¡vuela! ¡Ay!

Un trapazo del criado las aplastó á las dos.

¡Si los murmuradores fueran moscas!

## MARIPOSA.

A OFELIA.

ESTABA hundida en la sombra y acababa de despertar. Ya no era la larva tímida que se acordaba vagamente de una existencia pasada, y pugnaba inútilmente por salir de aquel encierro sombrío; estaba atada por las mayas de seda de una red gris; sentía balanceos de rama inquieta en su prisión; tenía miedo. . . . Iba á desmayarse y repentinamente se rasgó el velo que la cubría. Cayó deslumbrada; un rayo de luz la había herido, y huyó, huyó sin saber cómo, impelida por una fuerza ignorada, hasta que lejos, se detuvo en una rama escueta.

¡Qué embriaguez! embriaguez de sol. . . . La luz que fulguraba en la fronda húmeda, prendía ascuas en cada pétalo, y tendía un tapiz de chispas en el lecho de arenas de aquel parque.

—¡Hola! ¡qué bella! exclamó una lagartija.

—Adiós, le dijo con acento italiano un pájaro de vuelo parabólico.

—¡Cuidate, hermosa! murmuró un moscardón zumbando.

Ella estaba confusa; no despertaba todavía y la

atraía algo: un reflejo de oro incendiado, un charco que relampagueaba herido por el sol. Se detuvo al borde y la ahogó la emoción. Aquello era un espejo donde se reflejaba deslumbrante, viva, con colores de flor.

Era una ninfa de ébano, con alas pálidas manchadas con siluetas fantásticas de colores vivos. Tenía un collar de seda de oro, y sus mosaicos fingían en la luz un cuello de pedrería.... Era verdad lo que le habían contado. Una rosa pálida había muerto presa de un amor callado, virgen, puro, ardiente, y su espíritu era ella, la mariposa. Por un último mal pensamiento estaba condenada á buscar en todos los cálices de flor un néctar que la embriagaría, caería aletargada por el perfume y despertaría en un cielo luminoso donde las rosas blancas se casan con las aves amadas.

Y emprendió en rápido giro su carrera. ¿En qué flor estaría el néctar? ¿Sería en aquel broche de oro y perlas que fingía estrellas de nieve? Nó. ¿En aquella urna purpurada? Nó. En aquella flor pequeña que asomaba entre hojas perdidas como una pupila azul? Tampoco.... Se colgó á las fuschias, se hundió en el nácar de las azucenas, se mecía en la guirnalda sombría de las hiedras, en la carne femenina de las rosas, en el pétalo lúbrico de las amapolas....

Una niña, blanca como las rosas, y alegre como el día, correteaba: la vió, se detuvo, creyó que era flor y voló á la madeja rubia de sus bucles. No, no era flor, porque retrocedía espantada sacudiendo sus cabellos.... La vió partir. ¿Estaba condenada á no ir al cielo? Plegó las alas tristemente, y presa de amarga melancolía, se hundió en el venenoso cáliz de una flor monstruosa. A un lado había una corola lánguida, blanca, que parecía una virgen pálida de amores. ¡Ella es, sí, es! y bebió el néctar. Comenzó á dormirse: veía en un infinito de claridad el perfil de una ave de alas abiertas.... No supo más. La arrebataron medio ebria, y cuando despertó, no en el cielo, sino en una caja de cristal, estaba crucificada en una tarjeta, y abajo, con tinta azul, escrito su nombre, ¡su epitafio! Un señor serio, viejo y feo, decía en voz baja una palabra latina, y ella pensó: estoy en el infierno! Y el infierno de las mariposas es una caja de cartón junto á la cual un viejo habla de zoología.....

Ha dicho muy bien un poeta: los ensueños son mariposas, y casi todos los viejos son filósofos y naturalistas; los crucifican por amor al matiz de las alas? No, ven ellas un gusano vestido con los pétalos de una flor, ¡y eso es curioso!

¿Sabéis por qué muchos hombres revolotean así

de flor en flor como las mariposas? Porque buscan una rosa blanca que los duerma con ese dulce sueño de la embriaguez de los anhelos; vuelan sobre todas y ¡cuántas veces la de junto es la urna de ese néctar que cuesta la muerte, y creen haberlo encontrado en un cáliz espléndido de color y de veneno.



HIEDRAS.

A. L. GODARD.

ERA un árbol viejo, abatido por los dolores. Se dice que había amado con locura á no sé qué flor que murió á sus plantas. ¡Pobre, y qué feo era! Grueso y carecomido el tronco, lleno de profundas grietas y cicatrices; herido por el cuchillo de los ociosos que habían ahondado en él cruces, letras enlazadas y corazones traspasados por una flecha; lagartijas y espinas eran los únicos huéspedes de aquel árbol enfermo. Se retorcián sus brazos como si hiciera un esfuerzo desesperado y negro: solo, desnudo en la llanura, caídas sus hojas últimas, servía no más para hacer más grande la soledad de

aquel potrero amarillento, lleno de charcos; parecía un retoño de aquel terreno estéril para las flores y fecundo para las serpientes. En la tarde se destacaba en el oro pálido del crepúsculo, como un crucificado de cabeza. ¡Pobre árbol! Volaban los pájaros para saludarlo, pero los asustaba el gesto adusto del monstruo: jamás tuvo una sonrisa para las mariposas, y se aislaba de todo el mundo. Quería morir solo, desamparado; arrancando al cierzo notas elegíacas; quería morir así con su dolor, minado por el recuerdo de aquel ideal imposible, de aquella flor ¡oh tristeza! que murió tan joven, sin que él pudiera tenderle por última vez los brazos, porque el viento, gruñón aterrador, la arrebató para sepultarla en la fosa común de las flores muertas: el surco.

Un día de lluvia se dibujaba en el cielo gris con perfiles más extraños, más sombrío... hablaba con la lluvia de sus dolores y... ¡cosa inesperada! oyó una voz femenil y dulce que le dijo:

—No se queje usted de su soledad, señor; como buena vecina quiero consolarle á usted.

El árbol se enfureció, llegó á dirigir terribles amenazas á la joven hiedra, que era quien le hablaba, y se había reclinado en una de sus raíces, y la despidió duramente con un gesto de profundo desdén.

Pasaron días... y meses, y la vecina no se iba; al contrario, preguntaba al viejo inconsolable cómo se sentía de males, cómo había pasado la noche... y él llegó á enternecerse. ¡Todos, decía, me han olvidado; todos huyen de mí; las aves, porque el cierzo me azota y derriba sus nidos; las coquetas mariposas, porque no encuentran en mis ramas urnas de seda rebotando néctar; las flores, porque me creen una momia! . . . . Era cierto; solo la tarde al morir le enviaba un beso en una ráfaga de púrpura y la noche una sonrisa en un lampo de nácar.

¡Qué buena era aquella virgen verde, tan dulce, tan risueña! ¡Cómo había crecido! ¡Era ya toda una mujer! ¡Y le hablaba de un porvenir primaveral! Desde que ella vivía á su lado, los pájaros le decían que se había rejuvenecido, fuerte y hermoso.

—Sí, hiedra, decía él con inmensa ternura: sé mi amiga, abrázame, y ella al abrazarlo cubría con sus hojas aquella desnudez llena de arrugas que le daba un aspecto repugnante: al colgarse de la rama escueta fingía en ella un retoño; nacieron en las raíces algunas flores, y las mariposas coquetearon con él: hasta dulcificó el aire su acento para arrullarlo! Se apoderaba de él una tierna melancolía, y se preguntaba:

—¿Por qué amaré tanto á esta vecina á quien antes odiaba?

Y la vecina lo abrazaba, y crecía, crecía, fuerte, hermosa, lozana, mientras él se agotaba viejo y débil.

—¡Oh! le dijo una vez, yo te amo, pero me matas, desenlaza tus brazos de mi cuerpo, ¡vete! ¡me sofocas! . . . . ¡Aire!

Ya no era tiempo: ni el huracán, ni el torrente, ni el otoño, nada pudo arrancar aquella hiedra, sudario del árbol que desapareció bajo la esmeralda de la trepadora, fresca y alegre como nunca. . . . Sus caricias habían matado al viejo tronco. ¡Pobres corazones troncos, pobres aislados, si llega á daros sus abrazos la trepadora invencible, tendréis aves, flores, retoños, caricias; así son las ilusiones y las esperanzas, pero tendréis la muerte, porque siempre matan las hiedras de una pasión ó una costumbre!

## BRISAS Y ONDAS.

A LUIS LAGARDE.

EL crepúsculo tornaba al campo en un incendio de colores.

—Yo, decía confidencialmente una onda al viento, ¿has visto cosa más bella que yo? En el perfil obscuro de la montaña finjo la diadema de ópalos de un coloso, la luz juega en mis facetas de nieve y parece que me incendia: en la cascada soy torrente de perlas y penacho de espumas donde el iris tiende su tul de ardientes tintas; en el río, me convierto en copo de cristal que orna linfas de esmeralda, tengo la tersura del raso en el lago tranquilo y deslumbran mis cambiantes; dormida, soy un espejo donde las náyades se miran; sí me encrespo, finjo una melena erizada por la ira; en el Océano negro, callado, inmenso, soy el misterio que atrae y que espanta.

Yo paso, y en las soledades del volcán parece que sollozo, canto en el tular, río en las quijas, y bramo inquieta, rebelde, azotada por las alas negras

de la tormenta; descendiendo de la nube tempestuosa, rayo con redes de diamante al cielo obscurecido; la tierra abrasada y sedienta me absorbe con ansias de mujer enloquecida; baño á la flor que revienta pura y bella, espléndida en colores, rica en aromas; inundo el campo, pero el pantano se convierte en un cráter de vida!

En el picacho, me cuajo en perlas, soy lágrima en las hojas que tiemblan; yo retrato cuanto vaga por el azul: las aves que pasan, la nube errante que flota, las tintas de oro de la tarde espirante, la corola que se inclina para oír mis cantos de amores, la noche, la estrella de flecos de oro, ¡¡todo!! hasta el abismo sombrío cuyo fondo nadie conoce. . . . Tú pasas, me rizas y ¡oye! y el agua fingió entonces el eco de un suspiro blando y melancólico, diciendo: Cuando soy llanto, se condensan en mí las tristezas de la vida.

—Yo, dijo el aire, subo á las alturas, mezcó á la nube, juego con la bruma, impulso á las tormentas, estalla en mi seno el rayo, repercutó sus ecos, y no me hiere; doblegó á la encina; mi hálito abrasado funde las nieves; flota en mí el ave errante y la abeja de oro; si me indigno, la tierra se estremece; tengo en el huracán roncadas amenazas; en las horas de calma, finjo dulces palabras de mujer querida; me deslizo en la fronda del sauce, y parece

que una voz extraña murmura una elegía; espanto en las soledades de la ruina y en el vacío del templo; gimo en las altas horas en las junturas de las puertas y hago que despierten los espantos, los duendes, los vestiglos; río en el ramaje; obedezco al artista y me transformo en música; las espigas me saludan doblegándose cuando paso, y hago del trigal un mar de ondas rubias. Yo traduzco las penas en suspiros, en sollozos, y los amores en besos; soy la palabra, soy la idea, soy la ilusión.

—¡Bestias! mugió un buey manso, volteando lentamente la cabeza, rumiando sin prisa, viendo con sus grandes ojos negros y dulces á la onda, en la que se hundió pausadamente transformándola en lodo.

El cuidador, un patán, lanzó un grosero silbido que estremeció el aire para espantar al animal.

—¿No lo decía yo? clamó con voz enronquecida por la petulancia un sapo. ¡Ay, ideales, sois perlas por la petulancia un sapo. ¡Ay, ideales, sois perlas en la altura, y lodo bajo la pezuña de una bestia! ¡Ay, ideales, sois música en manos del artista, y silbido en los labios de un patán! ¡Cua, cua! y soltó una estúpida carcajada. . . . Aire transformado en insulto!

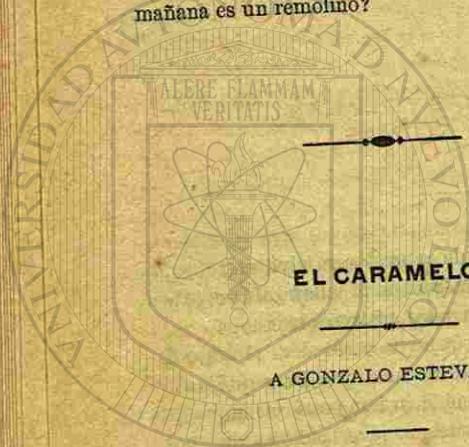
## HOJAS Y PLUMAS.

¿Mi suerte (habla una hoja seca) será vivir eternamente aquí, tirada en medio de la calle? ¿Me recogerá alguno como recuerdo? ¿Barrerá la escoba conmigo, ó lloverá y me rejuveneceré?

¡Vamos á ver! ¿Qué puede suceder? ¡Pues qué ha de suceder! Que esa niña que me está viendo desde un balcón, me guardará entre las hojas de ese libro que está leyendo. ¡Si supiera que soy hoja de camelia!

—Yo creo (dice una pluma) que, ó adorno un sombrero ó algo por el estilo; mi color no es feo. ¡Blanco! ¡Blancura de pecho de paloma! Parezco un copo de espuma. . . . Hagamos proyectos: tú, pétalo, vivirás en un libro, y yo ¿por qué no? Pero, ¡pero! . . . (asustadísima). ¡Escondámonos! Ya no era tiempo; el remolino, en sus ondas de polvo gris, las arrastró á las dos. . . . La pluma voló muy le-

jos, ¡quién sabe dónde! La hoja de camelia quedó sepultada en el lodazal. ¿Para qué esperanzas si el mañana es un remolino?



### EL CARAMELO.

A GONZALO ESTEVA (jr).



EN un cornete azul de cristal de Bohemia, un dulce de fino y perfumado caramelo, soñaba opíparos festines y se lamentaba.

La mesa del comedor estaba en desorden: dispersas sobre el arrugado mantel las migajas de pan, volcadas las copas con heces de vino, las cáscaras de las frutas enroscándose, las moscas revolando sobre los platos untados de salsa, inspeccionando

las hojas de los cuchillos oxidadas por el jugo de las naranjas ó libando gotas de miel en las cucharas. . . .

Todo indicaba un festín concluido, y aquel caramelo, que parecía un rubí, estaba triste. ¡Lo habían olvidado en un juguete de tocador!

Yo, decía, estaba predestinado para ser feliz, unos labios rojos como yo, al besarme sentirían toda la dulzura que encierro, y mi mayor placer sería que me astillaran unos perlados dientes! Esa es mi suerte de caramelo aristocrático. . . . ¿Conque después de salir del molde de la dulcería francesa; después de haber sido expuesto en un aparador de grandes cristales, de ser descado por tantos ricos (porque ningún pobre se acerca á un luciente escaparate temiendo que lo declaren ladrón); después de haber visto tantos coches, tantas sedas, ¡estar sepultado en una cajita de raso, ser regalado en año nuevo por un novio! Voy á envejecer aquí, á blanquearme como una cabeza canosa. . . . eso es horrible! Yo tengo títulos, y si no soy feliz ¿por qué será? Pero (olfateando) ¿qué huele tan mal?

—Yo, dijo asomándose debajo de la mesa y con voz tímida, una charamusca; yo, que he sido arrojada por el hijo del portero en esta alfombra; yo, que soy feliz.

—¿Tú? (admiradísimo) explícame eso, ¿tú feliz?

(con voz burlona) ¿tú, miserable indio de la raza de los dulces; tú, hijo del plebeyo pilloncillo?

—Yo, yo soy feliz, mira. . . .

—Hazme favor de no tutaerme, que no somos iguales.

—Yo, mire usted (humillada), soy feliz; no por que se me exponga en luciente escaparate como usted dice; mi hogar es una mesilla grasienta donde me codeo con las pepitas tostadas, las habas, garbanzos y arvejones, las alegrías y pepitorias; jamás atraigo las miradas de los poderosos; ¿quién se va á fijar en la mujer harapienta que me vende? pero el niño, el pobre niño del pueblo me encuentra al alcance de un centavo; al ir al colegio me compra, me acaricia, me encierra en su bolsa desheñida junto á la rota pizarra y el silabario deshojado; y si usted viera con qué placer endulzo sus pesares infantiles cuando burlando la vigilancia del bilioso y flaco dómíne, me muerde y son disputados mis pedazos por los que no me poseen, y ¡cómo me cambian por pizarrines y canicas! Después disuelta muero, sí, pero bajo á la tumba sin causar mal y arrojada por la naturalísima ley de la digestión; pero usted, dulce de rico, ¡cuesta tan caro! Jamás sabrá lo que es ser comido por hambrientos labios ¡eso es indescriptible! Cuando sea usted engullido y apenas saboreado por cansados palada-

res, causará dolores, lo detestarán y un médico ordenará que una purga barra con su personalidad dañosa. . . .

Un poeta democrático, el grillo, que opina que los versos son algo como caramelos para el espíritu, exclamó:

“ ¡Claro! por eso yo no le canto sino al pueblo. . . .”

---

## DESDE LEJOS.

---

¡H! decía una lagartija miope, asomando entre las ruinas musgosas su cabeza triangular; ¡oh, qué feliz soy! he encontrado la realización de mis sueños, —y veía extasiada á lo lejos.— ¡Cómo brilla ese diamante, perdido en la arena! parece una ascua. Yo amaba al sol por esplendente; pero ¡está tan lejos! y ahora me encuentro con algo que brilla más; esa piedra preciosa que chispea ardentemente. Voy á acercarme. . . . —Y todos los días la tímida enamorada no se atrevía á emprender el

camino de veinte varas, para estar junto á aquello que brillaba tanto y la tenía loca de pasión.— ¡Me ve! decía casi llorando de placer, ¡y relampaguea! —Y el sol arrancaba dardos de luz á aquel diamante; dardos de luz que para la soñadora eran miradas. . . . ¡Qué de sueños le inspiró á la pobre apasionada! ¡qué de proyectos!— Valor, se dijo un día; —y se acercó tanto, que llegó junto. . . . Era un vidrio de botella que al ser movido gruñó con voz aguardentosa. . . . La lagartija apenas pudo huir al hueco de la ruina, junto al viejo varejón carcomido por los gusanos; y les dijo antes de espirar presa de la tisis, esa consecuencia de los amores imposibles.— ¡Ay, vecinos! si amáis alguna vez, amad de lejos; porque así parecen diamantes los vidrios de botella!

---

---

## CAIFÁS Y CARREÑO.

---

### I



las primeras horas de la mañana se anuncia en ciertas calles concurridas el despertar del trabajo. En las más céntricas ruedan los carruajes de los paseantes matinales del *Bosque*; frescas ó marchitas, tronando sus faldas de percal, las modistas, apretando contra el pecho un bulto de telas, se pierden tras el mostrador de la *Casa de Modas* que, á la sazón saeuden, ordenando los maniqués. En los escaparates, á gatas, colocan los dependientes sus mercancías flamantes, ó con los brazos cruzados ven pasar á esa multitud que anda de prisa y apenas de soslayo echa un vistazo á la seda artísticamente amon-

tonada ó á los objetos de fantasía que ostentan sus precios en caprichosos rótulos.

Los niños que van á la escuela, seguidos de un mozo que de todo se ataranta, muerden un men-drugo del desayuno ó entablan ruidosos diálogos frente á un muñeco de cuerda ó algún juguete que los absorbe. Algunas anémicas bien vestidas, pero con esa negligencia de las que saltan del lecho á la calle, con ojos débiles, regresan del ejercicio, en tanto que algunos desocupados ó pasan revista á todos los retratos de una fotografia, ó admiran en silencio los cromos de una doraduría. Entre esa multitud hay tipos alegres, caras risueñas, dependientes bien vestidos que dejan tras sí la nubecilla de humo de sus cigarros habanos, y con lentitud penetran á un escritorio de casa grande: hay jefes de oficina que con las manos á la espalda y en ellas un bastón y un periódico, responden con benevolencia los *buenos días* de algunos subalternos que temen llegar retardados á sus bufetes. Algo sano, fresco, alegre, flota con el suave sol que sonrosa apenas el empedrado, regado y barrido; las caras lavadas animan el cuadro, y una ciudad en esos instantes, adquiere el aspecto de laboriosa colmena, de enorme fábrica, que con mil ruidos, indescriptibles agitaciones, elabora la felicidad de esos mil operarios que acometen el trabajo fuertes y

animosos. Perdidas en la interminable proceción, se deslizan también fisonomías que preocupan y publican la desgracia ó la pobreza: son los inválidos de ese ejército, los empleados á la cuarta pregunta, los pobres de las grandes oficinas.

Ellos son los que en verano vienen desde un suburbio al centro, calcinados por un sol que produce hidrofobia en los perros; ellos, los que de prisa, arrojando resoplidos, enjugándose el sudor, se repegan á las aceras reverberantes sin una línea de sombra, atraviesan la inmensa plazuela que arde, y, sofocados, llegan á la gran puerta, trepan las altas escaleras y se desploman frente á un escritorio, agobiados por las palpitations de la fatiga, el enervamiento candente de la siesta y el fuego inextinguible de la sed: esos mismos, en invierno, emprenden sus caminatas sin paletó ni guantes, roja la nariz que les gotea, tiritando, frotándose las manos entumecidas, arrojando vaho á cada espiración; no tienen más abrigo que un sucio *cachenez*, la solapa del saquillo abrochada, y cuando hay sol, su caricia apenas tibia, se les conoce á una legua por el sombrero abollado y echado atrás, el andar penoso de los que para colmo de desdicha tienen callos, y el aspecto sórdido de sus cabelleras más que largas y su patilla hirsuta y descuidada. Muchos de éstos no mueren de hambre, porque la Patria,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

esa inmensa nodriza de amplio manto, como una Isis inagotable, los acoge en su fecundo seno con maternal filantropía.

La mayor parte se dispersa en los mil corredores de las oficinas del Gobierno. Apenas puede haber ese pueblo en los amplios salones, refugio de los que ejercen la penosa burocracia, que es la carrera popular en México. Estudiantes que destripan, comerciantes que no pueden adquirir en otra parte sino exiguo salario, honrados padres de familia que no están duchos para otras profesiones, gérmenes de industriales que no poseen fondos para poner en práctica sus grandes proyectos, personajes que concurren allí por ocuparse en algo, son los miembros de ese heterogéneo conjunto, microscópicas ruedas de la enorme máquina oficial, del complicadísimo movimiento de la cosa pública. Ni la industria, ni la ciencia, ni el comercio, ninguna institución mantiene tantos hogares como ese *Palacio*, última etapa de tantas existencias. Volúmenes *in folio* inspiran los mil tipos, dramas y sainetes de ese vi-vero ruidoso. Deténgase alguno á contemplar ese desfile gigantesco de subalternos, investigue sus costumbres, revuelva los problemas trascendentales que surgen de ese *maremagnum*, mientras yo me apodero del Sr. Carreño, que entra á la sazón.

## II

Su entrada á la Sección tercera (supongamos) produce en la doble hilera de bufetes cierto rumor; saluda humildemente el jefe que coloca en boquilla de ámbar un retorcido cigarro; admite la lumbré que le ofrece un *Ordenanza*, y abre sus cajones sacando de ellos grandes expedientes en cuyo forro amarillo y sobre los rótulos, se extienden las armas nacionales.

Carreño llega á su mesa y saluda á dos ó tres que con gran ruido de llaves y cajones se preparan á las diarias faenas; él sacude su mesa, presta una pluma nueva á un sujeto que vuelve de echar tinta á su tintero. . . . ordena carpeta y papeles seriamente, arréglase los faldones de la levita, abre un inmenso libro salpicado de simétricos guarismos, empuña la regla, y con la pluma entre los labios, calcula la posición de aquélla para trazar una horizontal perfecta.

Flota sordo rumor en la sala extensa: papeles agitados, hojas de libros en blanco que sueñan, llaves, pisadas de los que entran y salen, golpes de puertas, correr de plumas, pañuelos que sacuden,

y levantándose del murmullo alguna risa franca, alguna frase suelta ó el frotamiento enérgico de un cerillo. Todo es orden, sin embargo; aun no se borran del piso de madera los rastros del riego, ni se pegostean al polvo mojado los cigarros tirados; aun no llegan los clientes preguntando nombres, ni dormita el jefe, que acuerda con dos ó tres individuos que, pluma tras la oreja y mostrando comunicaciones, han trepado á la monumental plataforma. Allá en el rincón se ve la pieza, amueblada lujosamente, del superior; las pisadas, duras en el entarimado, son suaves y discretas en las alfombras; los escritorios no están manchados de polvo, ni hay en la elegante pieza la acumulación de personal que en el salón.

Pero volvamos á Carreño, que como una máquina escribe, ennegreciendo el papel con letras inglesas de elegantes curvas, gruesos bien trazados y rasgos litográficos. Descansa un momento, enciende su cigarro, y fuma. ¡Cuántas cosas piensa cuando fuma! ¡Tristes, seguramente, porque de las fisonomías desconsoladoras de esa sección, la suya es de las más notables!

Un día, hace tiempo, á la misma hora, frente al mismo bufete, y como ahora, fumando un cigarro, echaba esos planes quiméricos del que espera mucho de un empleo que se empieza á desempeñar.

Aquellas vastas oficinas, donde solo en la mañana se trabajaba, habían sido su anhelo constante. Á la sombra de aquellos altos techos pensaba realizar la tranquilidad doméstica, que no encontraba en su vida de solicitante perpetuo de empleos. Nadie más juicioso que aquel pálido señor de saquito café, codos raídos y rodilleras prominentes; nadie tan cumplido como él, *Santo Job* (su mote), que inspiraba respeto con sus largas barbas de personaje arrancado á un Martirologio, y nadie tan triste como él, después de vivir la vida cierta de oficina, que tan poco deja al que poseé dos hermanas, una cuñada, mujer enferma y un par de hijos.

Los sesenta pesillos apenas bastaban para cubrir el gasto doméstico: una caja de cigarros, una vuelta en tren cuando llovía, un real al portero por abrir á deshoras, provocaban una tempestad de protestas en contra de Carreño, que no apaciguada á la prole ni con sus mismas lágrimas. Retardóse cierta vez, y costóle aquello una multa. Indecible es la que se armó á fin de mes, cuando pálido y compungido, hubo de confesar la amarga verdad.

Ocurríanse gastos extraordinarios. Sucedió que al salir de la oficina tomábalo Labastida del brazo y lo invitaba á tomar una copa en "El Nivel;" otras veces Lizana lo trepaba á un tren y cosquilleábale la dignidad aquello de no corresponder á los fre-

cuentes obsequios. Suscribiéronlo á viva fuerza á no sé qué periódico, á no sé qué Sociedad, y esto, añadido á la deuda de su sastre, hubo de dejarlo sin un céntimo. Quedóse frío al hacer su cálculo; tambaleó junto al bufete al pensar los conflictos caseros, creyeron que tenía un vahído, y soltó la verdad á su vecino, que simpatizó con su dolor por ser el propio muy semejante al suyo. Y le sopló al oído una frase milagrosa:—¡Vea usted á Caifás!

Caifás era un empleadillo de saco desteñido, melosas maneras y generalmente conocido. Acercábase á su mesa, guiñábanle el ojo: él les alargaba un papelillo, y afuera, en el mingitorio, entregábales una cantidad. Era el prestamista de las oficinas.

Es este un tipo por desgracia en vigor, que explota á los cándidos que caen en sus garras, y nuestro hombre acercóse á su vez, guiñóle el ojo, presentó sus fiadores y recibió la cantidad prestada con un interés que ruborizaría á un empeñero de los más empedernidos. Pasáronse los meses con rapidez inapreciable, y apeló á Tarquino, un personaje discreto que entre diez y once de la mañana hacía su aparición por aquellos barrios y ejercía la misma profesión que Caifás. Cumplióse el plazo de Tarquino, y el buen Carreño, flaco, agobiado, seco por las preocupaciones, llamó á todas las puertas

sin lograr más respuesta que una política negativa. Entonces comenzó la época más amarga: el objeto sacado clandestinamente del hogar y transportado al empeño, la petición de plazos y el crecimiento colosal de réditos y más réditos.

Entraba á su oficina y andaba como un ebrio cuando su mirada tropezaba con la del implacable Caifás, que le decía en voz muy baja: “¿Cuándo?”

Veía en perspectiva las diligencias judiciales que acabarían de arruinarlo. No había remedio, el prestamista poseía su firma, una carta en blanco y era. . . . El pobre Carreño fumaba pensando en el hogar, el sueldo exiguo, la prole hambrienta, y sentía á su alrededor ese inmenso desamparo, esa abrumadora indiferencia, ese enorme vacío que circunda á los desheredados, en tanto que Caifás sonreía chaceándose con el cajero.

Llegaba la tarde. Festivos grupos se desparaban por escaleras y corredores; sacudíanse los zapatos con los pañuelos, soplaban el polvo de la ropa, cepillaban con la manga el sombrero y satisfechos se lanzaban á la puerta. Unos pensaban en la novia, otros en la calma del hogar; aquél compraba dulces para el bebé; Caifás hacía chispear su anillo, en tanto que otros se iban al cercano café; y Carreño, preocupado, sin esperanza, salía también sórdido, miserable, triste, sin pensar en el des-

canso é invocando la muerte como único remedio; monomaniaco cuyo tema era el acreedor brutal ayudado de tinterillos y gendarmes....

La ciudad volvía á animarse; las figuras de la mañana entraban de nuevo en la procesión del público; perfilaba la púrpura del ocaso el inmenso gentío; las caras marchitas, los trajes ajados, el andar cansado, desfilaban por segunda vez, y el murmullo creciente volvía á evocar la memoria de inmensa colmena que va á despoblarse.

Que el observador se detenga á contemplar ese desfile gigantesco de subalternos; investigue sus costumbres, resuelva los problemas trascendentales que surgen de ese *maremagnum*, mientras yo me apodero del Sr. Carreño. Ya no es tiempo, se ha fundido en el gentío, ese océano sin límites ni buzos, en el que se mezclan los pícaros y los honrados, y se codean un bandido burócrata como Caifás y una víctima como Carreño.

---

---

## NOTAS DE CARTERA.

---

A EZEQUIEL A. CHAVEZ.

---



CON Lucas ejerce la honesta profesión de *Ecangelista*.

Es un viejo mal vestido, á veces envuelto en una capa gris llena de manchas; larga y canosa melena, venerables, pero incultas barbas; ojos semicubiertos por caídos párpados; grandes narices soportando anteojos que cabalgan en su mitad y no descienden hasta la punta, gracias al cordoncillo, que anudado en el *occiput*, los sostiene. Es el tipo del enfisematoso: siempre está fumando y tosiendo, se coloca en las mañanas cerca del sol para calentarse, y apoyada la cabeza en una mano, sigue los giros de una espiral de humo.

Á veces escucha atentamente el relato de alguna

canso é invocando la muerte como único remedio; monomaniaco cuyo tema era el acreedor brutal ayudado de tinterillos y gendarmes....

La ciudad volvía á animarse; las figuras de la mañana entraban de nuevo en la procesión del público; perfilaba la púrpura del ocaso el inmenso gentío; las caras marchitas, los trajes ajados, el andar cansado, desfilaban por segunda vez, y el murmullo creciente volvía á evocar la memoria de inmensa colmena que va á despoblarse.

Que el observador se detenga á contemplar ese desfile gigantesco de subalternos; investigue sus costumbres, resuelva los problemas trascendentales que surgen de ese *maremagnum*, mientras yo me apodero del Sr. Carreño. Ya no es tiempo, se ha fundido en el gentío, ese océano sin límites ni buzos, en el que se mezclan los pícaros y los honrados, y se codean un bandido burócrata como Caifás y una víctima como Carreño.

---

---

## NOTAS DE CARTERA.

---

A EZEQUIEL A. CHAVEZ.

---



CON Lucas ejerce la honesta profesión de *Ecangelista*.

Es un viejo mal vestido, á veces envuelto en una capa gris llena de manchas; larga y canosa melena, venerables, pero incultas barbas; ojos semicubiertos por caídos párpados; grandes narices soportando anteojos que cabalgan en su mitad y no descienden hasta la punta, gracias al cordoncillo, que anudado en el *occiput*, los sostiene. Es el tipo del enfisematoso: siempre está fumando y tosiendo, se coloca en las mañanas cerca del sol para calentarse, y apoyada la cabeza en una mano, sigue los giros de una espiral de humo.

Á veces escucha atentamente el relato de alguna

vendedora de legumbres, las explicaciones de un payo grave; se encorva sobre el papel, levanta las cejas como un ademán del esmero y la atención, prueba la pluma, sacúdela si está muy cargada de tinta, y escribe lentamente. Á cada párrafo, pluma en ristre, lee lo escrito, en tanto que su cliente aprueba con el silencio más profundo.

Su bufete fué de escuela ó juzgado en sus buenos tiempos. Una desteñida cortina, como sucia pantalla, lo protege del sol y del viento; sobre su tapa yacen la *carpeta* de charol descascarado ó blando cuero, el tintero tosco y manchado frente á la hoja de papel rayado, tersa y limpia, en cuyo fondo blanco se destaca la mano sucia, velluda y huesosa del amanuense.

¿Qué cartas escribirá? me he preguntado al ver desfilar frente á su mesilla tantos tipos, llorosos unos, tranquilos otros, estúpidos los más. Si tuviera algo de literato podría escribir un volumen sobre los secretos que ha sorprendido. ¡Cuántas veces una carta no es sino el extracto de grandes dolores, desconocidas tragedias, irremediables esperanzas y crímenes ignorados! El *Evangelista* es el secretario de los léperos, el confidente de la chusma que no sabe leer ni escribir; es uno de tantos tipos que desaparecerán con el progreso, pues denuncia la existencia de los analfabéticos.

Vive de escribir; serio, reservado, permitiéndose dar consejos una que otra vez, y llevando sus habilidades hasta resolver cuestiones aritméticas.

Su domicilio es el portal de Santo Domingo, ese museo al aire libre.

Muchas mañanas me he extasiado frente á los *puestos*, viendo exhumar los objetos para la venta. El dueño de ese comercio es un hombre que á la vez que funge de vendedor de antiguallas, se dedica á la mala relojería, compone paraguas ó remienda zapatos.

Abre desde temprano gravemente sus cajones; ordena primeramente y en el lugar más visible, lo menos usado, como herramientas de oficios diversos; alinea las *límás* y *formones*, amarra grandes colgajos de llaves, ordena tirabuzones y tijeras; en cajas de betún vacías guarda las ruedas de reloj y hacina en tosco cajón números de cargador, pedazos de candelero, tapones y prismas de cristal, *al-mendras* de candelabro, frascos vacíos, tuercas y tornillos; protege como bajo un capelo las máquinas de reloj, cubriéndolas con una copa sin pie. No es raro encontrarse en esa *Morgue* de lo inservible algún libro apolillado y manchado de amarillo, un retrato sin marco ó uno de esos cuadros bordados de relieve representando rosas y que en el fondo azul del vidrio y con letras de oro, dicen:

“*Á mi adorado papasito en el día de su santo.*” Pocas veces hay algo bueno: un pedazo de santo, medio muñeco de porcelana, un plato con paisajes violetas, cabezas, piernas y troncos de Cristos de marfil, puños de bastón ó mazos de fotografías que ponen en evidencia la fealdad y la ternura de los que han escrito al dorso una dedicatoria.

El vendedor pasa la vida ayudado por sus vejeterios. Á un paso remienda un zapato que hace gestos, endereza un tacón en plano inclinado, echa medias sueltas á una bota de niña pobre, y corrige las seniles curvaturas de un paraguas. Se pone en pic y se dirige á una vendedora de tunas que surge de un montón de cáscaras, engulle la jugosa fruta después de meter los dedos en el salero, abrir la boca y dejar caer desde lo alto el polvillo; en seguida echa un párrafo con la que expende botines (de charol, con hebilla de estaño y lacito morado), con gran vergüenza de una criada que pujando, roja, cubierta de sudor, pugna por sacarse un botín que le *aprieta*, lanzando largos bufidos de fatiga, mientras la madre contempla las *chancas* de paño y los monstruosos zapatos de cuero de becerro. De ahí, nuestro hombre pasa á fiorear á la que hace quesadillas, roja de calor, lustrosa de grasa y apestando al vecindario con el humo irritante de sus cebollas fritas.

Buscaba un vidrio de aumento, si no me engaño, una mañana que cierto amigo mío se despedía acaloradamente de Don Lucas: hizo que le acompañara yo hasta la esquina, y me contó que el tal Don Lucas había sido de muy buena familia, pero había quedado en la miseria; fué maestro de escuela hacía poco tiempo, pero enamoróse de la hija del alcalde, y estuvo á punto de morir en manos de cierto bandidote de aquellos rumbos, y nuestro hombre, con todo y sus cuarenta y pico, se había enflaquecido por su *ella*.

Desde entonces, cada vez que pasaba frente al *Evangelista* lo veía con atención, inclinado sobre el papel, colocando la *falsa* llena de borrones ó dirigiendo miradas tristes al espacio como si soñara con la hija del alcalde; sufría, no cabe duda, porque era muy callado y no entablaba relaciones con sus vecinos y tenía siempre un aire pensativo.

Más de una ocasión sentí una punzante curiosidad por saber qué cartas dictaban los que iban á demandar sus servicios; pero cuando me detuve cerca de la mesilla, con el pretexto de buscar chapas y perillas, nó sorprendí más que trozos de epístola sin interés.

Un día ví acercarse al bufete una gruesa matrona de enaguas almidonadas y rebozo nuevo; sentóse en la silla de tule, cubrióse la boca con el *co-*

*yote de bolita*, y teniendo en la mano un pañito de dibujos amarillos, saludó:

—Buenos días, señor.

—Buenos días, señorita: ¿en qué puedo servir á usted?

—Pues señor: mi compadre de Ixtlahuaca, ha de saber usted, está encargado de *mija* (mi hija), porque aunque tiene su padre, que es mi marido legítimo, con perdón de usted, estamos enojados, y no ve por la muchacha. Aunque pobre, señor, tengo dignidad y me contaron que Petra, que es la gracia de mi hija, andaba en malos pasos con un tal Cayetano, que con perdón de usted es mala gente, señor; y yo no quiero que mi hija se pierda, señor; porque le juro á usted por Dios que yo no la *iduqué* mal; eso sí, señor, yo pobre pero no mala madre (pucheros). Conque ha de saber usted que me lo dijeron, señor, una persona que lo *vido*, y me dijo también la tal persona que á quien la muchacha quería era á un señor maestro de la escuela que dizque iban á matar por causa suya, y yo quiero, señor, que usted me lea un recado que me han escrito de mi tierra para saber, señor, lo que les ha acontecido; y diciendo esto desenvolvió de un periódico la carta que el amanuense leyó, y decía:

“Mi compadre D. Jocé te entregará la presente que me has e favor de escribirme Dn Regino y en

la que te digo lo que há acontecido por acá. Tu hija Petra está mala y creo que le han hecho mal de ojo porque desde que se fué Dn Lúcas está pero si hecha una hebra la pobre no quiere comer y su padre le pega porque la susodicha no quiere casarse con Calletano.

“El señor cura lo sacó el diablo el otro dia porque dice que por eso le daban los asidentes susodichos. y se le ensendió una vela al Sr. San Pedro para que sanara pero á seguido mal. Tus milpas ván bien y la *Prieta* tuvo su burrito. la *Pinta* no ha puesto porque tiene gorgojo y tu recibe un abrazo de tu compadre

*Salomé Antonio.*”

Púsose muy descolorido Don Lucas al leer esto, en tanto que la mujer lloraba y decía:

—Ya me lo *afiguraba*, sí, señor; ya me lo decía el corazón que mejor no estaba bien. A ver, señor, lea esto otra. Si como hay tanto trabajo donde sirvo, no tengo campo de venir; ya hacía dias que quería ver á su mercé para que me leyera; luego hay ocasiones en que se me juntan hasta cinco cartas y me da mortificacion decirle á la niña que me las lea, porque ya sabe usted, señor, lo que es eso de que le digan á uno sus gentes, cosas, señor que. . . (sollozos).

Compúsose el amanuense los anteojos, y seca la boca, ansiosa la mirada y temblorosa la voz, leyó:

“No te había escrito porque como estoy trabajando en la troje de D. Sabino, no tengo campo de ir á ver al señor de la tienda que es el que me da noticias tocante á tu hija, pero el día Jueves me trujo un recado uno de allá diciéndome que fuera violentito y fuí. Tu hija Petra sigue mala de los asidentes, echa espuma por la boca y el señor cura ha ido dos veces á conjurarla pero con todo no se alibia, así es que debes venir.

“Disen que está así por mi compadre que le pega mucho pero como es aquí de los de arriba ni modo de echarle un pial para que no se buiga tan fuerte. No se bé ni la sombra de D. Lucas y eso es lo que tiene así á la muchacha, si biniera tal vez al mirarlo se compondría. Tus milpas se tostaron con la granizada, la *Prieta* está con muermo y el cacomixcle anda por aquí y nos ha comido algunas gallinas solo se ha salvado la blanca que ora sí está muy ponedora y tu compadre que te desea felicidades.

*Salomé Antonio.*”

—Ay, señor, si eso de tener uno sus gentes lejos es malo, porque, ya usted lo ve, señor, suceden unas cosas que solo Dios. . . ! Yo, señor, pues que

casara con el maestro de escuela si esa es su voluntad, pero que no sufriera; dígame su merced.

El *Evangelista* estaba lívido; leía y releía las cartas, evocaba la memoria de Petra, su amor último, porque era ella la hija de aquella. Á punto estaba de decirle:

—Señora, yo soy el maestro de escuela, vamos á Ixtlahuaca y me caso, pero conocía al alcalde y al feroz Cayetano, dominaba su emoción y encendiendo un cigarro, pasaba á la tercera carta.

“Ay, comadrita, Dios te dé resignación, pero puedes rogar por Petrita que Dios haiga perdonado porque se murió el día Martes y yo no te lo quisiera desir pero más vale que lo sepas, á la pobrecita la mató á muinas mi compadre que Dios se lo perdone pero es muy malo, si comadrita, las milpas ban cada día pior, nos ha caído el chagüixcle, la *Prieta* está coja y se ha perdido la *Pinta*.

*Salomé Antonio.*”

La señora del rebozo sollozaba.

—¡Ay, hija de mi corazón, de mi alma; Virgen Santísima de los Remedios. . . hija. . . hija. . . !

Abundante lloro hinchaba sus ojos y narices; empapado estaba el pañito, y sacudían su seno y collar de falsos corales, convulsivos y entrecortados sollozos.

—¡Ay, ay, ay, hija de mi corazón! Quién me lo había de decir! ¡ay!

El *Evangelista* había cruzado los brazos sobre la carpeta y escondido entre ellos el rostro, y sollozaba también gimiendo con desesperación: ¡Petra! ¡Petrita!.....

Momentos después era aquél un desorden atroz é imposible de describir. El de los fierros viejos, que componía un reloj, saltó del mostrador sin quitarse el lente del ojo; la de las tunas llevaba un vaso de agua y la de los zapatos tenía en sus brazos á la pobre señora del rebozo *coyote*, que desabrochado el saco, en desórden las enaguas, tenía un acceso de risa nerviosa, que no obstante la gravedad del caso, parecía cosquillear al del puesto.

—Madre, échele agua fría.

Y la madre de la que vendía botines, hacía un buche y regaba el rostro de la gorda enferma.

—Tápela, Chonita, porque el aire le puede dejar así, torcida; dicen que es malo.

—Métanla al zaguán del ocho. Pobrecita, suda á chorros y está fría como un granizo. . . .

Y mientras el gendarme llegaba y la señora reía, el pobre Don Lucas lloraba á mares, sin oír al de los relojes que le decía moviéndolo y con las pinzas en la mano:

—¿Pero qué es eso, Don Lucas? Los hombres no lloran. . . .

No decía yo bien? ¡Cuántas cartas encierran grandes dolores, tragedias desconocidas, irrealizables esperanzas é impunes crímenes!



---

---

## LA PANTOMIMA.

---

A L. GARCIA Y M. BELTRAN.

---

**E**RA noche de beneficio. Una música militar ensordecía ejecutando un paso doble obligado á pistón; estallaban los cohetes, giraban con vertiginosa rapidez los castillos y se aglomeraban los paseantes en torno de las vendimias.

Grande debía ser la concurrencia del Circo, porque los retardados que llegaban al ventanillo del vendedor de boletos, recibían una negativa.

—No quedan ya.

—¿Ni de tercera fila?

—Ni de éstos.

Los revendedores los ofrecían á precio doble y

algunos se resignaban á hacer un gasto extraordinario para ver la aplaudida pantomima que se representaba: "La Cenicienta."

Se aglomeraban los carruajes frente á la entrada, desde el coche particular que *rayaba* sus caballos, hasta el humilde simón, cuya portezuela solo se abría á puntapiés. Niños alegres, señores de paletós claros, damas envueltas en salidas de baile y empuñando costosos abanicos, penetraban lentamente á la tienda alumbrados con profusión por la enorme llama de un rojo fanal, custodiados por los gendarmes y entregando uno por uno los boletos al recogedor que les alargaba un bien impreso programa, en tanto que los acomodadores, atarantados ya, indicaban los asientos.

La festiva multitud se perdía tras una gran cortina. Al levantarla oíanse los ecos de una monótona obertura, se entreveía el incendio del interior y los millares de cabezas que se agitaban.

Tenía que transponerse el pasillo haciendo esfuerzos con los codos, rozar las piernas con mil rodillas, atravesar un oleaje humano para llegar al asiento.

Las gradas estaban henchidas, brillaban aquí y allá los galones de los sombreros anchos, azuleaban los rebozos y clareaban de trecho en trecho las frazadas rojas, las camisas ó la nota azul cobalto de

un traje cursi. Aplaudían, pateaban, silbaban pidiendo el comienzo de la fiesta y se levantaba del sordo murmullo del pópulo una voz airada, la de alguno á quien apretaban demasiado ó habían pisado. Era tal el gentío, que las mujeres llegaban á su asiento despeinadas, con el rebozo caído y las enaguas ajadas.

Abajo, era un tumulto semejante, pero menos soez. Los palcos estaban llenos, blanqueaban las tiras de los programas, brillaban los redondos vidrios de los gemelos, se extendían como alas desplegadas los abanicos, fingiendo aves que van á emprender un lento vuelo. Los colores de los trajes, el suave reflejo de las sedas, el chispazo de los brillantes, los sorbetes nuevos y planchados, todo resplandecía bajo el inmenso aro de picos de gas, fingiendo un vaivén de océano que arrastrara todos los tesoros de una reina.

Sonaban las rojas sillas, sin cesar se oía el suplicante: *con permiso*, de alguna familia retardada que á grandes penas alcanzaba su asiento y llegaba á él con los vestidos arrugados y el rostro amoratado de vergüenza.

Leves nubecillas de humo flotaban en el aire, y como carbunclos ardían los cigarros á lo lejos.

En el redondel un mozo de librea barría una alfombra, otro, á *pulso*, trepaba por un poste en

medio de la furiosa alharaca del público de las gradas.

El *clown* asomaba su cara pintarrajeada tras el telón, y el director de la música levantaba lánguidamente su batuta. Iba á comenzar la función; algunos señores se descubrían al oír el golpe de la campanilla y otros recorrían sus programas.

Poco se fijó el público en la flaquéisima señora que hizo los ejercicios en el alambre. Levantaba un pie, enviaba un beso al público, sin separar la vista de un punto del espacio; sacudía su pañuelo, alzaba el otro pie: se hincaba, temblando é impulsada por el vaivén del alambre, y se recostaba como en una hamaca, tomando académica postura, que aplaudía el público de las gradas.

Las señoras, con pequeños gemelos, pasaban revista al público deteniendo su observación en algún palco ocupado por gentes de gran tono; otras lánguidamente inclinada la cabeza, con los ojos dormidos y entreabiertos los sonrientes labios, se abanicaban, y solo los niños, apoyadas las mandíbulas en las manos y los codos en las rodillas, con grandes ojos admirados, seguían los movimientos de la artista, que se había hincado, y juntaba las manos en ademán de oración; la música tocaba *sotto voce* un aire que iba acorde con la postura, un compás de elegía americana.

Oíanse risas en un palco de señoritas muy pintadas, recién venidas de no sé qué Estado, y charlaban con un obeso personaje con fieltro color de canela.

La señora del alambre se había parado con un solo pie; alzaba en ángulo recto la pierna, y con los brazos extendidos y móviles como los de una balanza para guardar el equilibrio, volvía á recibir los aplausos del *pópulo* y los niños. Saltó al piso, y tocándose el corazón, envió mil besos y se retiró dando saltitos, muy conmovida.

Casi nadie se ocupaba del espectáculo, pasando revista á los mil concurrentes. Pasaron inadvertidos los ejercicios acrobáticos, las dislocaciones de un hombre serpiente, y saludó con ¡bravos! la salida del *clown* en el *Acto principal* por una *miss* muy delgada que vestía vaporosas enagüillas de crespón, hacía ridículos gestos de amabilidad al público y ponía en evidencia la flacura de sus piernas. El caballo, con aire de fatalidad, daba vueltas á pasos largos, sacudiendo al estornudar, la cabeza, y arrojando la arena del redondel á los concurrentes más cercanos. ¡Cómo rió el público con los visajes del *clown*! Los niños se desternillaban cuando se daba un golpazo, abofeteaba ruidosamente á un señor de casaca muy larga, y agujereaba los grandes discos de papel, sacando la lengua y aventando por el aire su gorrillo cónico.

El calor era sofocante, los rostros se enrojecían; el brillo de los ojos era intenso y flotaban en el aire perfumes de pañuelo.

El *clown* estaba serio y la del caballo saltaba sobre cintas de trapo y atravesaba por grandes discos; en tanto que los músicos, medio dormidos, seguían tocando un paso doble hipnótico al compás de los chasquidos del látigo. La dama, sentada negligentemente en las ancas del caballo, veía con aire dulce al público, sonriendo á algunos conocidos al pasar.

Iba á comenzar "La Cenicienta," y los niños se paraban en sus asientos palmeando. Algunos se fiore se iban al pasillo, aprovechando el *intermedio de 10 minutos*, para respirar un poco ó apagar la sed con un *bock* de cerveza ó una grosella.

En el interior, en las cuadras, en el foro del circo, tenían lugar otras escenas: los niños pobres que iban á representar en la pantomima. Pálidos, desvelados, se vestían, oyendo las recomendaciones del director de escena, que les encargaba hicieran elegantes caravanas.

Reían los mozalvetes divertidos porque les iban á dar pasteles y quizá dinero, y todo por salir un momento escoltando al príncipe en el gran baile.

El soñado muñeco, la estampa codiciada, el dulce querido iban á salir de aquella representación.

Los papás, artesanos ó gente pobre, solo por verlos habían tomado un asiento de gradas. Había pilluelos á quienes era necesario vestir, otros no podían sufrir los zapatos, que se ponían por la primera vez, y más de cuatro, acostumbrados á la blusa, se sentían incómodos con el traje de público palaciego.

Las niñas se ponían el polizón por delante, y se peinaban al tacto, porque no había espejo, y enredaban la gran cola de sus trajes en todos los obstáculos.

Una de ellas, Remedios, precoz, soñadora, que si hubiera sido ilustrada parecería una gran mujer, era la más animada de todas. Creía que aquello era no una farsa sino una verdad, iba á visitar un palacio de *de veras*, á asistir á un baile real, y en su cerebro de niña pobre hervían no sé qué confusas ideas de grandeza.

Cuando salieron al redondel pareja por pareja, eran saludados con grandes risotadas. Las señoras se torcían en sus asientos, los hombres se oprimían el estómago fatigados de reír y con los ojos llorosos. ¡Qué desfiguros, Dios mío!

Los muchachos de la pantomima llevaban puestas las pelucas al revés, las rubias dejando á descubierto el cabello natural, descuidado y negro; aquel de allá tenía los calzones muy largos; otro

llevaba las medias caídas; dos muchachas eran soberbias, ¡qué colores! morado, anaranjado, crema; ¡qué colas de media vara! Asomaban los zapatos sin betún, andaban tropezando, se resbalaban en la restirada alfombra y no sabían dar la mano á los galanes, que con la boca abierta llevaban paso de marcha, las sentaban, se ponían el sombrero de tres picos en el estómago y hacían una caravana, ¡y qué caravana!

Lo que más preocupaba al público era el color moreno de aquellos infelices.

— ¡Qué prietitos! decían.

Los padres no sabían lo que aquella algazara significaba, y sonreían satisfechos desde las gradas, diciendo los nombres de muchos que salían, porque eran del mismo barrio.

¡Jamás se habían vestido sus hijos con trajes más elegantes!

Remedios estaba alucinada, deslumbrada por la luz, confusa en aquel bullicio, veía con aire estúpido al público, á la abigarrada multitud, y se sentía rica, feliz, hollando aquella alfombra, adormecida por la música. Era verdad, lo juraría, hay una hada que protege á los niños pobres, y con un golpecito de su vara mágica se convierten los jarros en carruajes, los harapos en seda y las galopinas en "Cenicientas." ¡Cuándo le llegaría su turno?

Cada limosnera que llegaba á su casa se le figuraba la hada que con harapiento disfraz iba á convertirla como á la hermana humillada del cuento.

Aquel era su momento feliz. Olvidaba su pobreza, su Escuela Municipal; las borracheras de su padre, los azotes de su mamá, la dureza del mendrugo empapado en caldo frío, que era su alimento; el cuarto nauseabundo del arrabal, toda su existencia de niña pordiosera: en aquel instante era una dama y estaba en el cielo. ¡Qué luminoso el gas! ¡Qué música tan suave era la murga del circo! ¡Qué tela tan fina la de su traje ridículo! ¡Qué suavidad de césped la de la roja alfombra! Eran un manjar de reina los pasteles y un verdadero príncipe aquel niño rubio, vestido de seda, que la saludaba desde su trono de cartón.

Y lo que solo era un sueño de oro, la hacía estremecer con un placer inmenso! .....

Concluyó la función; vacióse el circo; los concurrentes fueron saliendo; los señores levantaban el cuello de sus paletós y se cubrían las narices con pañuelos y mascadas; las señoras se envolvían en claros abrigos tomando el brazo de sus compañeros; montaban en los coches, se despedían de sus conocidos que turbaban el silencio con sus pláticas, sus risas y el ruido de sus pasos.

Las calles estaban solas, los gendarmes pitaban, y grupos de perros en medio de la calle se espantaban al verlos pasar.

Remedios tuvo que desvestirse; tenía el rostro ardiendo. Al entrar á la caballeriza sintió el sople helado del húmedo viento que olía á estiércol. ¿Cómo? ¿Qué sucedía? ¿Dónde estaba?

¡Qué lástima, no era cierto!

Caía de lo alto de las ilusiones; sentía un amargo desconsuelo y recordaba las desazones de la realidad abrumadora.

Pensó en el suburbio oscuro, en la borrachera del padre, en los azotes de la madre; en el hambre, el frío, la escuela, esa serie de dolores de su vida miserable. Se vistió las rotas enaguillas, el saco desteñido, el manto desgarrado, y ya cubierta por los harapos lloró sobre su disfraz de princesa. . . . . Algo que no comprendía bien, algo confuso, una amarga verdad que palpitaba sordamente en su interior la entristecía; pensaba que solo en "Cenicienta" hay hadas que transformen en princesas á las niñas pobres, y es muy duro pasar de la pantomima á la verdad.

---

---

## EL IDEAL.

A J. MUIRON.

PÁGINAS DE UN DIARIO.

I



TODO el mundo duerme en casa, y aprovecho esta oportunidad para apuntar mis últimas impresiones. ¡Qué poderoso es el recuerdo! Jamás creí que este cuarto desmantelado fuera escenario de los más bellos cuadros. Todo se transforma: la mesa manchada de tinta, los volúmenes dispersos, sucios y encuadernados; el bote de pomada que me sirve de

Las calles estaban solas, los gendarmes pitaban, y grupos de perros en medio de la calle se espantaban al verlos pasar.

Remedios tuvo que desvestirse; tenía el rostro ardiendo. Al entrar á la caballeriza sintió el sople helado del húmedo viento que olía á estiércol. ¿Cómo? ¿Qué sucedía? ¿Dónde estaba?

¡Qué lástima, no era cierto!

Caía de lo alto de las ilusiones; sentía un amargo desconsuelo y recordaba las desazones de la realidad abrumadora.

Pensó en el suburbio oscuro, en la borrachera del padre, en los azotes de la madre; en el hambre, el frío, la escuela, esa serie de dolores de su vida miserable. Se vistió las rotas enaguillas, el saco desteñido, el manto desgarrado, y ya cubierta por los harapos lloró sobre su disfraz de princesa. . . . . Algo que no comprendía bien, algo confuso, una amarga verdad que palpitaba sordamente en su interior la entristecía; pensaba que solo en "Cenicienta" hay hadas que transformen en princesas á las niñas pobres, y es muy duro pasar de la pantomima á la verdad.

---

---

## EL IDEAL.

A J. MUIRON.

PÁGINAS DE UN DIARIO.

I



TODO el mundo duerme en casa, y aprovecho esta oportunidad para apuntar mis últimas impresiones. ¡Qué poderoso es el recuerdo! Jamás creí que este cuarto desmantelado fuera escenario de los más bellos cuadros. Todo se transforma: la mesa manchada de tinta, los volúmenes dispersos, sucios y encuadernados; el bote de pomada que me sirve de

tintero; el baúl de cuero que hace veces de aguamanil, diván y guarda-ropa; la cama hecha pedazos, y hasta las litografías que cuelgan de la pared húmeda y descascarada. . . . El aspecto sombrío ha desaparecido, dejando en su lugar la imagen del salón de tapices rojos: todo tiene una aristocrática corrección; la hilera de sillones blandos, el diván, las colgaduras de elegantes pliegues, la alfombra sin una arruga, los inmensos espejos donde se retratan las plantas exóticas surgiendo del jarrón de Sajonia, ó los extravagantes dibujos azules de los tibores. . . . Ahí, detrás del biombo negro bordado de oro, oigo una voz dulce, la de Olimpia. . . . Todo es tranquilo bienestar; la atmósfera apenas caliente, los aromas de flores que languidecen en grandes ánforas de porcelana, la luz discreta de un pico de gas apenas entreabierto, el rumor que acaricia como una música de esas frases dichas en voz baja por la que amamos. . . . Los profanos no saben qué inmenso placer se disfruta en esos instantes. Ella estaba en un extremo del sofá y yo en otro. Ella jugueteaba con las borlas púrpuras del mueble, y yo la veía como la figura más bella de un cuadro. . . . Ese era su fondo, ese fondo de sedas ricas, esa sala suntuosa, esa luz de *budoir*. . . . Es un personaje que no puede pisar más escenarios que los escenarios del gran mundo. . . . Dando un

sorbo de té me hablaba del odio inmenso que le tiene al bullicio. . . . Sus gustos son extraños: ama el crepúsculo por sus languideces de moribundo, le gustan las flores pálidas, los aromas suaves, las alfombras espesas, los tapices oscuros, los versos tristes, las frentes soñadoras y la música de Schubert, Mendhelson y Chopin. . . . Todo lo que produce la sensación de un baño tibio; ese abandono moral, ese vuelo lento de nubes, lo exquisito, lo delicado. . . . Si ella pintara, sólo podría pintar escenas polares y vírgenes pálidas, blondas y de ojos azules. . . . Y ella era así: tenía la palidez de una flor de invierno que vive en la sombra, los cabellos parecían un reflejo de oro del Otoño en el cráter de un volcán, y sus ojos azules no sé qué fondo glacial. . . . En su palabra lenta, suave, dulce, había notas que acariciaban, y en sus ideas una vaga melancolía de poeta. . . .

Se sentó al piano y se puso á tocar una música extraña. . . . Esa música que hace enmudecer, recogerse y pensar algo que se levanta sobre las ideas vulgares. . . . Era un sollozo enerrado en unos cuantos compases. . . . Una de esas melodías que no se aprenden de memoria. . . . y suenan al oído como un poema, cuentan la historia de dolores desconocidos, luchas inmensas, sueños irrealizables, ansias de algo que nunca ha de llegar. . . .

Aquella música me hizo sumergir en una *rêverie*. . . . evocando esos fantasmas fugaces de la ilusión, esos perfiles esculpidos por el deseo, y esas memorias que acuden, no como personajes ausentes que vuelven del mundo, sino como almas que salen del paraíso con la túnica immaculada de Beatriz.

Cuando ella concluyó, le pregunté: ¿qué pieza es esa?

Chopin, me respondió.

¡Pobre Chopin. . . . Con razón era tan triste su música; esos acentos de tísico, esos gritos de soñador impotente arrancados por la nostalgia del ideal!

He realizado mi sueño: tendría un momento en mis brazos, ver en sus ojos esa aurora flameante de pasión, sentir escapadas de su labio la despedida como una queja y la caricia como una consolación.

¡Eres para mí, Olimpia, una creencia abrazada con ardiente fanatismo; encierras para mí cuanto puede encerrar un sueño dibujado con esas líneas que sólo inspira un cerebro joven! Si en mis cartas encuentras un vago perfume de poesía, no es sino el rastro de tu memoria el que hace estremecer mi pluma. ¿Por qué, dirás, el escepticismo cuando asoma el alba en mi espíritu? ¿Por qué las flores secas en el cerebro donde apenas se anuncia un Abril rico en colores? Porque tú eres mi musa y estás muy lejos.

Me atan como á una roca las privaciones, el trabajo, el desaliento, la pobreza. . . .

En mis largos insomnios flotan ardientes, vivos, como evocados por un conjuro, los recuerdos. . . . Sueño y despierto, veo que mi vida es poca para alcanzarte, y la distancia que nos separa me hace pensar en la elocuencia de aquella frase griega: *nostalgia*. ¿Sabes tú qué es eso? La enfermedad de la ausencia; mi dolor, tu ausencia, la ausencia de un ideal. . . . . !!!

## II

### COMENTARIOS DEL DIARIO.

Con rostro serio y adusto, pálido con esa palidez de la gente agobiada por el peso de las contrariedades y el aguijón de un carácter agriado por las mismas, aparece en el dintel de la puerta la madre de nuestro joven que recorre las líneas de su *diario* y parece satisfecho de aquel producto patológico engendrado por el cognac y el café.

Con voz breve, pero seca, le dirige estas palabras:

—¿Ya escribiste éso?

—Mamá, responde Camilo importunado por la pregunta: es inútil, no han de dar ni un solo centavo y se expone uno á que le hagan groserías y desaires que, francamente, no puedo sufrir.

—No te enojés. . . . ha sido solo una pregunta. Cuando hay necesidad, hijito, pasa uno por todo; y por no molestarte, ¿qué comemos? ¿con qué se cura á tu hermana? . . . . Nada castiga Dios como el orgullo. . . .

Camilo traga saliva agitando el pie con impaciencia. Empezaba una de aquellas largas disputas sobre la inopia casera. ¡Cuántas veces después de lanzarse á regiones etéreas venía una persona á contrariarlo como si se encarnara en ella la realidad, como si fuera la personificación de la prosa que lo hería en lo más íntimo!

Se forjaba un paisaje risueño, una escena de idilio fijos los ojos en las fórmulas del Álgebra, volvía la vista y. . . . la pieza oscura, la vela de sebo humeante, el mobiliario roto, la prole colérica, el hambre no saciada le hacían exclamar con declamación de drama: ¡Qué infeliz soy!

Pensaba en la riqueza, ese síntoma de locura de los arrancados. Tristezas, disputas, hambre. . . . el demonio!

Siento, decía con el mismo acento dramático, las ansias de una ave de alto vuelo ansiosa de luz y espacio, y á quien cortan las alas. . . . Se paseaba en el cuarto entablando largos monólogos, representaba escenas de las que siempre era el héroe y las escribía en su famoso diario, inventario de todos sus fantaseos. (Caravantes) ¡Dinero! Esa era la llave milagrosa que abriría las puertas de su porvenir, dibujado con las tintas de oro de los sueños. Fiaba en algo sobrenatural: en una lotería, en una herencia; pero debía, tenía que ser rico. ¡Qué tristes son los mirajes del alma desierta cuando una voz familiar brotada de los labios de un acreedor, un amigo, un hermano, un patán si se quiere, desvanece los contornos, disipa el celaje, y en el cuadro radiante dibujado por ilusiones imposibles queda solo una mancha, la caricatura, la prosa! (Frases de Camilo). La señora quizás no adivina que esos pensamientos son los que ponen adusta la cara de su hijo, porque agrega:

—Con enojos no se allana el camino. ¿Te disgusta pedir favores? ¿Te desagrada escribir recados pidiendo dinero? Pues trabaja, mantén á tu familia. ¿Qué somos aquí? (exaltándose) ¡tus criados! Para que el gran señor coma, guisamos; para que su excelencia se mude de limpio, lavamos; para que el niño viva. . . . nos desvelamos; ¡y el niño

se enoja! Si quieres hacer el papel de amo, te equivocas. ¿Quieres criados? págalos, y luego ¡malos modos!

La señora está fuera de sí; las privaciones, la inopia, forman en el corazón, más bien en el hígado, esa llaga que agría el carácter.

La desgracia invencible nos envuelve; cuando se la quiere herir no se puede, y la cólera estalla contra el primero que la provoca.

La señora se apodera del famoso manuscrito, recorre sus líneas, y dice con un tono poco tranquilizador y arrojándolo á la mesa y sin contenerse:

—¡Eso es, no tienes voluntad para escribir un récado y sí para estas barbaridades! Mientras una se mata en la costura (voz sorda) tú. . . . sueñas. ¡Bonita Álgebra, estudias! . . . ¡el ideal! ¡la nostalgia! ¡Olimpia! Ese es el pretexto de que se valen los holgazanes sin vergüenza para pasarse la vida con las manos una sobre la otra y los ojos cerrados: ¡el ideal! Yo (amargamente) esperaba algo de tí, pero. . . no me interrumpas, cállate, la verdad eso es criminal. . . ¡el ideal! en vez de trabajar para comer; ya, ya sé cuáles son nuestras esperanzas, ¡puro ideal!

La señora, muy conmovida, encorvada por la edad, enflaquecida por la dieta forzosa, enlutada imagen de la inopia, se eclipsa y deja á nuestro

Lamartine de vivienda interior, sumido en ese silencio feroz del que lucha á solas con no sé qué ocultos enemigos; inmóvil, contemplando el piso, cruzan por su cabeza ideas negras, piensa en el suicidio y se dirige á su cama, llora de rabia, y mordiéndose las sábanas, exclama: ¡Maldita suerte!

La ola de pensamientos sombríos va alejándose, los perfiles repugnantes de la prosa, como los últimos nubarrones de una tormenta, se disipan, y después en las alas del ensueño se pierde Camilo en el ideal, en brazos de aquel anhelo, Olimpia, que, entre paréntesis, no existe más que en su imaginación: ¡sueña!

Mientras á un paso, alguien llora pensando en un porvenir desventurado. ¡Ah! . . . esos son los que sufren, los que sufren en prosa, las víctimas de la vida práctica, los que lloran de veras, no los que gimen en las líneas de un soneto elegíaco. ¡Esos son los infelices! No los que se pintan como blancos para los golpes de la desgracia; esos Jeremías que lloran lágrimas de miel, que venden el *potpourri* de sus ansias, duelos y suspiros, y con el producto de las ediciones con prólogo de sus dolores hechos populares, ya lo veis, agonizan con el suplicio de Tántalo. . . . ¡Mentira! progresan y engordan. . . .

Un antilliterato me ha dicho estas frases:

—Amigo mío: teniendo dinero, la poesía es una bella ociosidad. Desdeñar por ella cuando no tiene uno tras qué caer, la prosa del trabajo, de lo real, eso es un crimen. Diga usted si no. Los soñadores (alguien lo ha dicho?) me hacen el efecto de un soldado que en el campo de batalla, contemplando el horror de una derrota, en vez de empuñar una arma, fuera á la sombra de un sauce y gimiera: ¡oh patria mía desventurada! Eso es ser cobarde. Si la poesía es como dice la ciencia moderna, una neurosis, un desarreglo cerebral, curarse. El famoso ideal embriaga, y esa borrachera la bautizan con el nombre de poesía, pero no es más que un vicio aplaudido. ¿Sabe usted cuál es la cárcel para esos consuetudinarios? ¡El taller!

IPOBRE JACINTAI

A EDUARDO F. DEL CASTILLO.



DESDE la víspera en la noche comenzaron los preparativos, y la pobre cocinera con el alba levantóse á encender la calentadera para el baño; puso la sábana á manera de tapiz, en una silla de tule, el jabón de la Puebla en la jicarita consabida, y como anidando en intrincado estropajo. . . . ordenó el alumbre, polvo de arroz, comoto y cepillos en el aparador, y no se hizo esperar Jacinta, que medio dormida se hundió en las ondas acariciadoras del agua tibia. . . . oíanse fuertes jicarazos y el crujir de la abollada tina alternando con el canto alegre de la muchacha, La verdad, para los preparativos que habían te-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LARDO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1025 MONTERREY, MEX.

nido lugar para ese día, era de esperarse un entusiasmo mayor. El 16 de Septiembre, como toda fiesta ruidosa, venía á ser en aquella vivienda (de á quince pesos, renta adelantada y fiador del comercio) un suceso que trastornaba la monótona existencia de los que viven á la cuarta pregunta.

En aquella casa se comía poco y se salía menos, y eso por turnos. Cuando la señora iba al *comercio* ó á misa, se ponía el tápalo de Eduwigis, y cuando Eduwigis paseaba, despojaba de sus zapatos á Jacinta y viceversa. Las grandes festividades se celebraban con el estreno de un vestido á pagar en abonos y servía en lo restante del año, previas las transformaciones que exigía la moda y eran posibles. Las niñas Abeto no tenían rival en esa materia, poseían una serie de secretos útiles para desmanchar y teñir telas, enderezar y transformar la copa de un sombrero y colocar plumas que habían prestado sus servicios de ornato por más de un lustro.

El señor, un personaje tolerante y de humor inalterable, no se preocupaba por nada de esto, como tendríamos oportunidad de verlo. Cumplía con entregar su sueldo, bien exiguo por cierto, y dejaba á los magistrales conocimientos de la economía doméstica, que conocían sus hijas al dedillo, la cuestión de ahorros. Al aproximarse los grandes días,

con dos meses de anticipación veíase en la mesa el caldo (plato diario) más descolorido que de costumbre, los garbanzos casi perdidos y servíanse papas invariablemente y en todas sus formas. Lunes, Miércoles y Viernes, en molito colorado; Martes, Jueves y Sábados, fritas.

Un tío, antiguo vendedor de cajetas, obsequiaba un billetito de á 5 pesos los días de santo, y un cuñado solía también dejar en aras de aquella pobreza, el *aguinaldo*, *matraca*, *judas*, *tarasca*, *Corpus*, que no le perdonaban y se perdía en el estómago de un *cochinito* de barro que servía de alcanfía. Jamás se decía la *caja fuerte*, siempre se murmuraba con respeto: ya pesa el *cochinito*.

Jacinta aquel año fué feliz. Sacóse en la Zoológica y nada menos con la mariposa, unos cinco pesos que vinieron á reforzar los ahorros de costumbre.

Vivían un año moderadamente, pero todo lo sufrían pacientemente con la esperanza de pasear bien todo un día. Por eso aquella mañana la casa toda estaba en movimiento: planchaba la señora un pañuelo, en tanto que Eduwigis zurcía una media, y el señor, haciendo la media naranja con la lengua y en calzoncillos, se rasuraba filosóficamente.

Se cruzaban los gritos:

—¿Mamá?

—¿Qué quieres, chula?

—¿Me traes las horquillas que están en el mueco del tocador?

—Eduwigis! . . . Mándame el *cold-cream*.

—Mamá, las tijeritas que están en el buró. . . .

—Hija? . . . ¿se puede?

—No, papá, no se puede entrar; estoy bañándome. ¿Qué quieres? . . .

—Dame el aceite del convoy para ver si afilo esta maldita navaja, aunque sea en las losas.

—Ya va!

Todo era carreras: el señor estaba rasurado, puestos los pantalones (obsequio del tío) que achicó inteligentemente un *maestro* de la vecindad; lustró los zapatos de trompa, albeando la camisa, coqueta la corbata de plastrón (hecha á domicilio) y pasablemente entallada la levitilla de satiné del país. . . .

Y salió Jacinta inconocible, oliendo á mujer húmeda, tronando las almidonadas enaguas como papel de envoltura, y dejando tras sí un olor á ropa nueva de lo más elocuente: peinóla la mamá, le quitó el polvo Eduwigis, la voltearon á la derecha, á la izquierda; la hicieron andar de prisa y espacio para ver si el vestido quedaba *zancón*; diéronle un abrazo de rodillas, para hacer menos *amponas* las enaguas; los alfileres y los respuntes aquí y allí,

corrigieron algunos defectillos de la modista; y calándose el sombrero monumental, puso un guante, llevando el otro en una mano, no sólo porque eso era (para ella) de buen tono, sino por cierta *descosida* que amenazaba dejar á un dedo desnudo.

Jacinta era un contraste, un insulto, una nota discordante. Ella fresca, sonriente, flameando la lanilla color de fresa machucada del traje, flotando como un penacho la pluma amarilla del sombrero, reluciendo las joyas de doublé junto á la mesa de torcidas patas; el piso sin ladrillos, la toalla húmeda acurrucada en una silla de mojado asiento; aplastado el jabón, enmarañado el zacate y opalina el agua, aún caliente y tersa, surcada por leves espumas blancas; los botes destapados, los cepillos al acaso y revolviéndose en un rincón junto á las enaguas sin almidón, las medias grises, el *caracol* ajado y el saquillo de lana con los codos rotos; no, no era, no podía ser hermana de aquella otra muchacha descolorida que con la aguja en los labios y los ojos entrecerrados, de rodillas, cosía los pantalones del papá, ni hija de aquella monumental señora de poblado bozo, desbordante cuello y brazos poderosos, que con las manos negras y los ojos somnolientos, la contemplaba extasiada, blandiendo el *aventador* y las *tenazas*, armas de sus oficios culinarios.

El señor *chiflaba* á un gorrión sordo-mudo y paseaba de la jaula al reloj de nickel, y de éste al balcón: tieso, incómodo, la ropa nueva lo descomponía, y ya sacaba un puño delicadamente, ya lo volvía á meter; sacudía en su levita una mota de hilo ó limpiaba con un trapillo embebido en aguardiente las manchas rebeldes de un chaleco que amenazaba calvicie.

Con la agitacion no se habían acordado de un detalle. ¿Y los zapatos? El *maestro* había prometido traerlos á las ocho; eran tres cuartos todavía. Había tiempo. Era muy formal el *maestro*.

—Conque hija, siéntate, y vamos á trazar nuestro plan. . . . nuestro programa. Conque de aquí nos vamos á la calle de Plateros y llegamos. . . .

—Hasta el Caballito.

—¿Con este *solazo*?

—Sí, porque las Pérez me dijeron que su balcón estaba á nuestras órdenes. ¿No te acuerdas? Y á ver si nos hablan.

—Bueno. De ahí nos dirigimos. . . .

—Á la Alameda.

—Sí, señor; á la Alameda. . . . á dar vueltas. . . .

—No, á sentarnos.

—Pues echa tus dos *realillos*, porque ya sabes que cuesta sentarse.

—De ahí al *agua fresca*. Toma estos cuatro rea-

les para las dos cosas, y si Pepe nos encuentra, porque ha de andar por ahí, no creas que te deje pagar.

—Cierto; pero siempre dame.

—Bueno. Este real es de Eduwigis que quiere que le compremos caramelos de menta, y este medio de mamá para alfajores del *Portal*.

—Chula, si las Pérez, interrumpió la señora, si las Pérez les dan copitas, guárdate un pastelito. . . ¿eh? No se te olvide.

—Bueno. ¿Y si nos detienen á comer como el año pasado?

—Pues quédense. Yo los espero hasta las dos, y si no llegan á las dos, comemos. Y vengan temprano porque la muchacha me pidió permiso para salir esta tarde.

—Las ocho y media, dijo el señor, y no han traído los zapatos.

—¡Ah, qué *maestro*!

—Donde haga una de las tuyas, dijo la hermana, te quedas como el violón de tío Roque, templado y en un rincón.

Jacinta vió instintivamente sus zapatos, hechos una lástima, roído el raso turco de las puntas, blanqueando las medias y desprendidos los tacones, y comenzó á impacientarse; se asomó al balcón, vió al Norte, al Sur, y en su calle, siempre desier-

ta, no había bicho viviente. Flotaban en la esquina las guirnaldas de tulle, papel y flores de la pulquería, en el estanquillo colocaban en una cortina adornada con cintas tricolores, á los lados de una *Purísima*, dos retratos de héroes. Y el gendarme, con traje de gala, ofrecía su *lumbre* al del empeño.

—¡Ah qué *maestro!* No, si es imposible tratar con esta gente. Ya ves, papá; la lavandera por nada no trae las camisas. Así son, informales. Con razón los extranjeros ganan tanto, porque dicen: mañana, y á otro día cumplen. Y se lo dije: *maestro*, el 15; sí, niña, no tenga usted cuidado. Ayer, que hoy á las ocho; y ya lo ves. . . .

—Las nueve, chula. . . .

Jacinta volvió á salir al balcón más impaciente todavía, queriendo reconocer en cada desharrapado de fieltro color de almendra á su hombre; pero ¡nada! Cruzaban la boca-calle niñas *cursis* y vendedoras del mercado cercano, con las enaguas nuevas muy infladas y los rebozos flamantes, acompañadas por *charros* con traje estrenado, que llevaban impropriamente un paraguas color de ala de mosca á manera de bastón. Las Camacho, de azul; las tres dibujaban sus grandes siluetas á lo lejos, y el del estanquillo, en pechos de camisa, juzgaba desde el medio de la calle, el golpe de vista de un escaparate adornado: el cura Hidalgo, un busto de

yeso, surgiendo de papel tricolor; confites y dulces curiosos; en una tira de raso blanco el letrero: "Viva la Independencia!"

—Las nueve y media, hija.

—¡Ay, mamá! (haciendo pucheros) ¿Ya ves? Te lo dije. . . .

—Hija, yo no tengo la culpa. . . .

—Á que te quedas encerrada! . . . .

—¡Qué mala eres, Eduwigis! . . . . todo porque tú no sales.

—Por cierto las ganas que tengo!

—Ahí está! . . . y pegó la estampida Jacinta.

Era el carbonero. Esto aumentó su mal humor, y salió de nuevo al balcón. Las Pedraza, de crema y lila en compañía de las Otero, de luto, salían del 4. Toda la calle se ponía en marcha: los hijos del notario prendían *chinampines* y cohetes *busca-pies* en medio de la calle; y la mamá, detrás de una cortina, los amenazaba.

—Las diez. . . .

Jacinta estaba roja, impaciente; se mordía los labios, se ajaba el traje, atenta al menor ruido. La familia de la otra vivienda, armando una alharaca atroz, salió también.

¿Se iría á quedar encerrada? ¿Y las Camacho iban á salir? No, era imposible.

—¿Quién es? ¿El maestro?

—No, es el panadero.

—Oye, mamá, le mandaremos un recado. . . .

Me quedaré sin horchata por tal que se vaya en el tren la criada.

Así se hizo. . . .

—Pero les juro, eso sí, que si me deja plantada no le recibo las botas. ¡Qué gente! Ahí creo que está. Vaya. ¿Quién es?

—La criada de aquí junto que venía á ver si le regalaban una ramita de culantro.

Y no hubo remedio: estalló la cólera de Jacinta en las palabras más sonoras.

¡Esta gente ordinaria sin formalidad!

Á lo lejos se oían repiques, toques de trompeta, músicas. Aquellos acentos alegres desesperaban á la pobre muchacha, presentando á su imaginación el aspecto de las calles concurridas, erizadas de banderas, cruzadas por tropas y gentes endominadas y el sol incendiando aquel océano de colores vivos, chispeando en las bayonetas y arrancando relámpagos á los trombones, pistones y demás *latones* de la música. . . .

¡Y la criada no volvía!

—No te apures, chula, no es para tanto!

—No me provoques, Eduwigis. Eso lo haces por pura envidia. . . .

—Envidia! no sé de qué. . . .

—De que tú no sales. . . .

—Mira, resignate, dijo el papá; hacemos aquí nuestra fiesta, les guiso unos frijolillos de chuparse los dedos, y. . . . ¡qué tortilla de huevos con sardinas!

—¡Qué tortillas ni qué nada!

Jacinta salió al balcón y eran las 10½; los paseantes seguían transitando con chillantes trajes; los niños Urrutia de blanco con bandas púrpura, y sus tres cuidadoras, montaban en un coche. La mamá les hacía advertencias desde el balcón: “¡No se asoleen, y vengan temprano! ¡No te empines y te vayas á caer, Romualdita! ¡Chucha, coja á ese niño! ¡Cuidado y no van quietos!”

Á las 11 volvió la criada diciendo que la zapatería estaba cerrada.

Jacinta se desvistió rompiendo los broches; la hermana, entre alegre y triste, sacudió la sala, y el señor, doblando tranquilamente su levita, dijo:

—Hay saldremos al pardear la tarde. . . . .

Volvió la familia de la otra vivienda empolvada, asoleada, sudorosa.

Era un *bolón* atroz; les habían robado la bolsa con seis reales: no se podía andar. . . . ! y ¿Jacinita? ¿Jacinita?

Encerrada en una pieza oscura oía el dialogo, sollozando de rabia y diciendo que no vale la pena sacrificarse un año, para salir. . . . primero con la informalidad de un zapatero, y después con una jaqueca!



---

---

## EL DOMINGO.

—  
A ROSARIO.

—  
APUNTES ROMÁNTICOS.



—  
E despertaba la luz. Una ráfaga de sol que entraba francamente por la ventana abierta, incendiaba los flotantes átomos y se estrellaba en los ladrillos rojos sin alfombra; era un sol alegre, un sol que reía como diciendo "buenos días." La limpidez del cielo, la frescura de un penacho de hojas de árbol que verdeaba vivamente á lo lejos, la algarabía de los pájaros que se fastidiaban de estar encerrados en la obscuridad del cuarto de baño, todo hacia

Encerrada en una pieza oscura oía el dialogo, sollozando de rabia y diciendo que no vale la pena sacrificarse un año, para salir. . . . primero con la informalidad de un zapatero, y después con una jaqueca!



---

---

## EL DOMINGO.

—  
A ROSARIO.

—  
APUNTES ROMÁNTICOS.



—  
E despertaba la luz. Una ráfaga de sol que entraba francamente por la ventana abierta, incendiaba los flotantes átomos y se estrellaba en los ladrillos rojos sin alfombra; era un sol alegre, un sol que reía como diciendo "buenos días." La limpidez del cielo, la frescura de un penacho de hojas de árbol que verdeaba vivamente á lo lejos, la algarabía de los pájaros que se fastidiaban de estar encerrados en la obscuridad del cuarto de baño, todo hacia

aquellas mañanas de los domingos muy distintas á la de los otros días.

Las campanas de las iglesias, el ir y venir de coches y trenes, el chirriar de los carretones, subía de la calle como un rumor de vida; y medio despierto pensaba ¡cuántas cosas! arrullado por la voz de mi vecina que cantaba al lavarse; la música lejana de una "Bizcochería" que se estrenaba y los cascabeles de un carro de *pulquería* nueva.

La ropa limpia en el respaldo de la silla, convidaba al aseo, y con la boca y ojos llenos de espuma de jabón, tarareaba un trozo de *letanía* muy elocuente para mí; y pensando en el colegio de las monjas, donde la había oído, al no encontrar la toalla, me secaba con las sábanas del lecho revuelto. Sí, mucho la quería, y pronunciaba su nombre echando vaho á un zapato. "Poco basta para ser feliz: tener diez y ocho años y un amor" (cepillaba fuertemente). No faltan contrariedades, es verdad, por ejemplo pellizcarse con el botón del cuello, ver demasiado desteñida la corbata y no ser correspondido, pero. . . en fin, no todo es vida y dulzura.

Como en los días de fiesta los muchachos no van á la escuela, en el patio retozaba un enjambre de pilluelos; reían, lloraban, corrían, y hasta los perros, alborotados, ladraban escandalosamente. Se oían los pasos de una familia que venía de la iglesia y

platicaba con los inquilinos de la otra vivienda. Al compás de una máquina de coser, acompañada de los trinos bulliciosos de un canario, seguía cantando mi vecina: se llamaba como ella, sí; ella, ¡cómo la quería! Me sentía poeta al pensar en el aire soñador de sus ojos negros que tenían la melancolía del ensueño y las ardientes languideces de la pasión.

Ni yo mismo recuerdo qué más decía encendiendo un cigarro y atravesando el corredor.

—Buenos días. Pobres vecinas; son feas, y acabadas de levantar tienen un aire enfermizo; quizás sean virtuosas.

Los domingos era yo benévolo, tolerante, y gozaba con todo, estaba alegre y veía á través de mí alegría á las personas y á las cosas.

Algunos repartidores, de prisa, arrojaban al suelo grandes tiras: *Teatro Nacional. Los Hugonotes*; las esquinas estaban tapizadas por anuncios de colores chillantes, aún humedecidos por el engrudo; los trenes del *Circuito de Baños* venían henchidos, blanqueaban las toallas donde se escurrían las cabelleras húmedas de las bañadoras; los varones llevaban al hombro sus calzones de baño, se colgaban á las plataformas azuzando á las mulas pacienzudas. Volvían de la *Reforma* madrugadoras cabalgatas; las niñeras, de blanco delantal, compraban

globos de hule á los niños. Todo el mundo se pone en esos días lo mejor que tiene, y las personas graves, andando lentamente, desdoblán su periódico acabado de imprimir: se adivina que es un número dominguero en los malos grabados, los renglones cortos de los versos y el papel menos ordinario.

¡Cómo vienen á mí esos recuerdos inolvidables de otro tiempo! Ese tiempo en que aun no se es completamente libre y la reclusión en el colegio y el hogar, hacen contar con ansia cada día de trabajo que pasa acercando esa mañana llena de promesas. Los libros se miran con horror, el saquillo del diario es un harapo, toda calle un paseo y todo sujeto un elegante. Sentía amargas envidias cuando miraba grupos felices, desde el charro que llevaba la sombrilla de su ella y le acariciaba la mano, hasta el que en una esquina compraba una gardenia, símbolo de sus afectos.

Y yo no tenía á quien darle gardenias!

La amaba de lejos, sin que una palabra ó una carta le hubiera descubierto mis anhelos de estudiante pobre que se conformaba con verla en misa de ocho sin parpadear.

La ruinoso iglesia era muy triste, pero el sol acariciaba sus churriguerescos adornos, encandecía su cruz, y parecía incendiar la cortina de terciopelo con galones blancos de la entrada; cada fiel, al pe-

netrar la alzada: se veía en la sombra la pléyade de los cirios, venía una oleada de graves notas de órgano y el canto místico de no sé qué plegarias. El señor enfermo de la espina, la beata de vestido morado, la señora de mantilla y saya de seda con guantes grises embebida de *Agua de Juvenio*, las anémicas que vivían en *Nuevo México*, el coronel Delgadillo, robusto y risueño, todos penetraban á la segunda llamada, aquel repique vivaz, alegre, cantante de la campana. Atisbaba á la esquina, y ellas daban vuelta. Quería refugiarme tras de un árbol, y venciendo un miedo cerval no sé de qué, penetraba al templo y me petrificaba en el rincón más obscuro: triste si no me veía, con ímpetus de esconderme si casualmente volteaba.

Mucho tiempo ha pasado y no olvido aquellas variaciones sobre temas de "Lucía" que ejecutaba en el piano un profesor de lentes, que acentuaba los *fortes* hasta ensordecer y los *piannissimos* hasta dormir; tampoco aquellos dos que se amaban: tosió ella y él estornudaba, se persignaba ella y él hacía lo mismo, arrodillábanse los dos á un tiempo, él se escondía de la madre y ella la engañaba fingiendo componerse el polizón ó el peinado para voltear. Yo tosió y me respondía un coro de viejos aetarrados, pero nunca ella, y concluía la misa: veíala partir, siempre desde lejos, y con dolor

pensaba en la ausencia, la enorme ausencia de toda una semana.

La música de la Alameda tocaba un paso doble, el organillo del *volantín* atraía niños, las nodrizas ostentaban sus enaguas nuevas, ordenaban las sillas de alquiler, se repartían programas de toros; los hombres leían periódicos, las señoras se extasiaban ante los juegos de agua de las fuentes, ó regañaban á sus hijos que frente á un *puesto* de juguetes querían comprarlo todo.

— La espada, mamásita.

— No señor, porque te cortas.

— Yo quiero la espada, ándale.

— Que nó, mira el caballo.

— No, mejor esa botellita.

— Se te rompe. . . .

— Pues la espadita. . . . sí, mamá, no me corto. . . .

— No señor.

— Pues pasteles.

— Se te quita la gana de comer.

Aquél corría tras un aro, otro se volcaba con todo y velocípedo, y las niñas, con aire maternal, arrullaban sus muñecas de grandes ojos azules. Todos reían. Entre los festivos grupos se deslizaba una pareja triste, un ciego de vacilante paso que sombrero en mano se apoyaba en el hombro de una muchachilla pelona, harapienta y descalza, que me-

tiéndose los dedos á las narices, veía con aire atento á los niños vestidos de seda ó al flotante racimo de los globos de hule rojos y azules que paseaba un vendedor y no se cuidaba ni del gembundo *perdone por Dios* ni del seco *nó*.

Agrupábase el pueblo alrededor del *kiosco* de la música, mientras en las calzadas, tomadas del brazo cinco ó seis muchachas, dialogaban sobre asuntos risueños, dejando tras sí una ola de perfumes de pañuelo. Las miraba ya bellas, ya feas, siempre envidioso de aquellas miradas cariñosas, al soslayo, de aquellos saludos al pasar cuando se cruzaban con alguien que les decía con la mirada: “yo te amo.”

Las calles seguían animándose: una procesión elegante desbordaba las aceras, los floreros ofrecían sus ramilletes, el sol caldeaba aquel cordón de ricos trajes, los coches rodaban rápidamente, lavados, con los caballos con arneses nuevos y los cocheros de librea. La multitud se destacaba mejor en el fondo de los escaparates cerrados; las cantinas estaban llenas, y los papás complacientes salían de las dulcerías con un bulto de pasteles y un ramito de violetas colgando de un dedo.

Ella no paseaba los domingos, y tenía que buscarla en el teatro en la tarde. Nada me preocupaba: que se representara una zarzuela ó una ópera,

me era indiferente. Saludaba á los grupos del pórtico, rehusaba los boletos y libretos de los revendedores, y solo me conmovía verla en su palco.

¡Cuántas veces la música fué cómplice de aquellos platónicos amores! ¡Cuántas en el foro se decían palabras ardientes, que hubieran murmurado en su oído, volteaba, buscaba su mirada como diciéndole: "oye, eso quisiera yo decirte," y la veía abanicarse lentamente, seria, ó empuñar los gemelos para recorrer los palcos con indiferencia!

Eran visiones rápidas que me ponían nervioso. La luz, brotando de mil lámparas, la atmósfera cargada de olor de esencias y de gas, las notas claras de los trajes de mujer en el sucio fondo de los palcos, el centelleo de los brillantes, el lánguido alejarse de los abanicos, y la orquesta, me sumían en profundas abstracciones. No salía en los entreactos á fumar un cigarro ó á comprar un cartucho de almendras, por verla. No me pertenecía, no tenía conciencia del lugar en que estaba, y solo el frío de la calle, el ir y venir de los coches, el bullicio del público al desbordarse del pórtico, me hacían volver á la realidad, y con amarga tristeza veíala subir á un coche de sitio y alejarse.

Venía la noche: acudían como parvadas de pájaros las memorias, unas á veces alegres, otras tristes, y pensaba en el mañana, ese mañana de prosa,

el viejo libro y la ruinosa escuela, y me dormía pronunciando su nombre.

Pasa el tiempo, y lo pasado nos hace reír; esos cuadros sencillos del ayer, se cuentan con rubor, riendo, como si fueran una tontería; pero en el fondo son los más halagadores.

Muchas mujeres he visto; como todo el mundo, he sido héroe de muchas escenas, cómicas las unas, trágicas las otras, y ninguna me interesa como aquella novela juvenil sin desenlace; ningún perfil de mujer me hace soñar como el de aquella á quien solo le hablé con la mirada; fué la primera estrofa de un idilio que no ha concluido y por eso me entusiasma.

Hoy, mis domingos son distintos; pero hay veces que el eco de aquella campana, el bullicio de aquella música, la misa de aquella iglesia, los mil cuadros festivos de ese día, me hacen volver al pasado; me detengo, pienso en las mañanas de alegre sol, me parece que vuelvo á leer una historia conocida hace tiempo. La busco como otras veces, no la encuentro, y si se me presenta alguno de mis viejos amigos, lo tomo del brazo, le pregunto si se acuerda, y no me avergüenzo de contarle mis platonismos de estudiante.

No hay hombre que no tenga en la memoria el recuerdo de mil mujeres. Ha amado mucho á las

unas, pero han dejado en él una memoria amarga; ha querido á las otras, pero no fueron como él las había soñado. De esa multitud hay una de la cual apenas conoce la voz; hay una que ni mató sus esperanzas, ni dió alas á sus anhelos; una que en horas de tristeza flota en sus ideas: es el ángel blanco, es la profundamente amada porque la conoció en los años más bellos de su juventud, fecundo en poesía; esa edad que es el domingo de los recuerdos, ese domingo que se llora cuando llegan el Lunes, Martes, Miércoles, etc., toda la semana de la existencia real, prosaica, interminable, que se llama la vida.

---

---

EL NIÑO

DE LOS ANTEOJOS AZULES.

---

A MARIA.

---



ana, pero si yo no quiero ya este muñeco que está aserrando. Ya me fastidió. Lo que quiero es un santito.

—Pues no hay santito. Mira este caballito. ¿Ves qué chulo? Apretándolo chilla.

—No me gusta el caballo de hule.

—Pues mira la maquinita; ¡uh! ¡uh! ¿oyes? Es que íbamos á jugar á la máquina; la caja de las canicas es la estación, ¿eh? y la pelota es la otra es-

tación; ¡á ver! ¡uh! ¡uh! va á salir. Y la nana, en cuatro piés sobre la alfombra, daba cuerda á la máquina "Lyon," que zumbando recorría la alfombra.

El niño agregó:

—No quiero máquina.

—¿Pues qué quieres, vida mía? Los soldaditos, ¿ves qué chulos? Mira, yo los paro y tú les avientas con la pelota. ¿Quieres? Así. . . . esta es la caballería. . . .

—Ay, nana. . . . ¿y por qué no me sacan á la calle? . . .

—Porque estás malito y te hace daño el aire; pero verás mañana, si tomas tus medicinas nos vamos lejos, lejos. . . . hasta en casa de tía Pepita.

—Sí, muy lejos, y no volvemos hasta en la noche. . . .

—Sí, hasta en la noche.

—¿Y me llevas á comprar un títere? Yo quiero un títere.

—Sí, pero tomas tu alimento y tu medicina, si no, nó. . . .

—Sí, la tomo; pero ¿me llevas? Yo no quiero estarme encerrado. Ya ves, me acerco á la sala cuando hay visitas, y me echan; quiero ir con mamá, y me manda á jugar; vienen mis primos, y no los dejan entrar. ¿Pues qué, tengo tifo? Cuando mi tío estaba enfermo de tifo no dejaban entrar á nadie.

—¿Qué tifo! sino que como son muy traviesos y dijo el doctor que las travesuras te hacen daño. . . .

—Yo quiero al doctor porque me hace cariños.

¿Y tú me quieres, nana?

—Sí, si te quiero.

—¿Mucho? ¿mucho?

—Mucho, mucho. . . .

—¿De qué tamaño?

—¡Huy!. . . . del tamaño de esta casa.

—Dame la mano, nana, porque ya no veo nada. . . . nada con estos vidrios negros. . . . ¿Me llevas á mi cama? ¡Cárgame! nanita, ¡cárgame!

Su acento era desgarrador y se puso á sollozar. La nana, sin saber por qué, sollozó también.

—¿Por qué lloras?

—¿Yo? No, si me reía de que pesas mucho.

—¿Y mi mamá, nana?

—Está en la sala. ¿Quieres que le hable?

—No, no le hables. . . . á tí te quiero más que á mi papá y á mi mamá. Tápame los piés, nanita; no te vayas á ir. . . . dame la mano. . . .

Y el niño se quedó dormido, mientras la nana, en una silla baja al lado del lecho, veía con tristeza los dibujos de la alfombra.

¡Pobre escrofuloso! No era un niño, no; era un monstruo. Enorme la cabeza, pálido, enflaquecido; le ponían anteojos azules porque se había enferma-

do de la vista, y nada causaba una impresión tan intensa como aquella cara desencajada y aquellos grandes vidrios que parecían órbitas de calavera. Apénas se sostenía en pie con las delgadas piernas y el abultado vientre. Era un fenómeno que causaba asquerosa lástima. . . . Su enfermedad no tenía remedio: era heredada de su padre y hacía dos años, ¡dos largos años! que había pasado martirizado por píldoras y papeles, baños y unturas, cucharadas y friegas.

El aspecto de aquella criatura partía el alma; siempre callado, melancólico, perdido en un verdadero océano de juguetes; arrastrándose por las alfombras mientras la abnegada cuidadora cabeceaba en un rincón. Jugaba en silencio, y al minuto, fastidiado, arrojaba uno tras otro el caballo de hule, el borrego de palo y algodón, la pelota de colores chillantes y la caja de soldados. Cada capricho se le cumplía: un muñeco soñado, una caja de música, un reloj. . . . Todo se le compraba y todo le era indiferente, devorado por un fastidio, por una tristeza precoz.

No amaba á sus padres; lo horrorizaban haciéndolo llorar, enmudecía en su presencia y se refugiaba en las faldas de su nana, mientras ellos se retiraban pálidos y contrariados. Se veían, temblaban y no encontraban una frase para consolarse de aquel

mal, aquel mal que entristecía la casa y entristecía los corazones. . . .

Cuando el médico llegaba ¡qué escenas! La mamá, nerviosa, acercaba la vela; la nana tenía las vendas, el señor la untura y el doctor percutía aquí y allá; auscultaba contentiendo el resuello, y tomaba el pulso viendo un reloj de repetición y haciendo chispear el grueso diamante de un anillo.

Le mostraban las flemas y la orina que observaba ladeando el recipiente. Descubría el abdomen del chiquillo, y golpeaba en él siempre preocupado. . . . Las escrófulas del cuello iban mal, habían dejado grandes cicatrices que hacían llorar al enfermo cuando se las tocaba. . . . ¿Y los ojos? Nada de luz fuerte. . . . Sopita de ajo, los baños y las cucharaditas, cada dos horas. . . .

—No duerme, Sr. Castro; toda la noche se la pasa en vela; hay veces que *disvaria* . . . . .

—¡Hum! (preocupado siempre).

—Y no quiere tomar las medicinas. ¿Verdad que si no las toma le pone usted otro cáustico?

—¿Cómo? ¿No toma mi amigo las medicinas? . . . ¡Vaya, vaya! . . .

El señor, después de cada visita, se encerraba en su despacho, y con la cabeza entre las manos, se abstraía.

¡Pobre y desgraciado fruto de sus ardientes amores! . . .

—Yo, se decía, soy la causa de todo.

Era verdad. Su pasado tempestuoso, sus vicios de joven, lo repugnante de sus orgías, se habían encarnado en aquel hijo, el único. Aquel monstruo enclenque, con anteojos azules, lo perseguía en sus insomnios con sus lamentos, sus dolores, y lo atormentaba con un dolor mayor: el remordimiento.

La señora le tenía miedo. Dudaba que fuera su hijo. No sabía qué responder á sus amigas cuando le preguntaban: ¿Y el niño?

El niño jamás entraba á la sala, lo alejaban de las gentes porque sabían el horror profundo que causaba con su olor de medicinas.

Solamente la nana, abnegada y buena, le hacía compañía en aquellas largas horas de fastidio; entretenía sus veladas con incoherentes relatos, maravillosas narraciones que interrumpía vencida por el sueño. Más de una vez despertó con ganas de gritar: —¡tan pavoroso era el cuadro!— Silenciosa la pieza, sonando el tic-tac de un reloj de bolsa para ver la hora de las medicinas, languideciendo la veladora de porcelana, que dibujaba siluetas enormes que danzaban á cada parpadeo, y el niño, sentado en la cama, la miraba de hito en hito, medro-

so de la sombra, perseguido por las quimeras del insomnio. Heridos por la luz parecían llamear los vidrios de sus anteojos.

Le compraron el títere soñado. Era un extraño muñeco, tan mal fabricado, que hacía reír. ¡Qué grotesca fisonomía la de Don Folías! Tenía ojillos de chaquira escarlata; largas narices, boca de oreja á oreja, fingiendo una risa sarcástica que parecía más bien un gesto de dolor. Una cinta de percal muy larga, hacía las veces de pescuezo; su traje era de paño azul y papel dorado, y tenía los movimientos más extravagantes! Fué la única vez que se rió el niño: al ver á Don Folías. Los papás rieron también; iba de alivio seguramente, porque hacía dos años que solo lloraba.

—¡Qué cara tiene, nana! parece que se ríe y parece que está enojado, diciendo como decía aquel gigante del cuento. . . ¡te maldigo! ¡tú tienes la culpa de mi desgracia!

—¿Ya ve, Filomena, por qué no duerme? porque usted le cuenta cosas de gigantes que le dan pesadillas. . .

El niño, sin oír las palabras del papá, bailaba sobre las colchas al autómatas de las grandes narices y la enigmática fisonomía. . .

Cuando el niño murió, el títere estaba sobre su almohada, y ¡cosa rara! se parecía al enfermo sin

anteojos: ¡la misma cabeza deforme, las mismas narices, la misma mueca de dolor ó de risa! . . .

Pasó el tiempo y nadie llorába. Los padres allá en su interior sentían un alivio al recordar la partida del enfermo. ¡Sufría tanto viviendo, que era preferible perderlo!

Pero había noches en que el padre se desesperaba agujoneado por su recuerdo al atravesar la recámara convertida en *asistencia*. No había lecho, no había enfermo, no había veladora; pero el viento fingía lamentos, lo sombra fantasmas y los tapices despedían el olor de los desinfectantes. . . . Y el papá temblaba porque veía en su recuerdo no sólo al muerto, sino á un emblema de su suerte. Largo tiempo hacía que él y la esposa reñían agriando su matrimonio con ásperas disputas.

Aquel niño había sido un crimen. ¿Quién tenía la culpa? ¿Quién le había legado las manchas del vicio y las enfermedades? El remordimiento pesaba sobre el marido, poblando de vestiglos sus sueños y amargando sus ideas cualquier recuerdo que se ligaba con la infancia.

\* \* \*

La escena pasó en el cuarto del niño. Ella exhuma-  
baba cosas viejas de un cajón. La disputa había

sido terrible, iban á separarse. . . . ¡Imposible! Él resistía el dolor acompañado por su esposa; ¡pero sólo! ¿sólo, qué haría?

Sombrío y airado contemplaba los preparativos: cada juguete del hijo muerto, al ser sacado del cajón de un ropero evocaba una escena.

El títere salió á su vez empolvado, manchado por la humedad, oliendo á ropa sucia. Lo tomaron del alambre, lo suspendieron en el aire y sin que tocaran sus rotas pitas, tenía extraños movimientos, los de un ahorcado; sacudía las piernas golpeando la una contra la otra, la cabeza caía abandonada sobre el pecho como la de un muerto, y los brazos se balanceaban con vaivenes de péndulo.

Fué tal la emoción que les produjo ver su cara, que lo arrojaron al suelo pisoteándolo. El muñeco se rompió, y ellos se abrazaron sollozando.

—Parece que nos mira y nos maldice ¿Lo ves? Lo matamos, sí; nosotros somos culpables porque no lo amábamos. . . .

Hay amargos recuerdos que se parecen al fantoche. Se les arroja, se les pisotea, pero ¿de qué sirve? La cabeza queda haciendo el gesto extravagante que parece una risa sarcástica, manos invisibles dan

á sus miembros de barro movimientos que crisan,  
y en el muñeco parece encarnarse un enemigo. Tales recuerdos hacen sollozar, como sollozaban aquellos padres, perseguidos por la visión de un niño muerto con anteojos azules.

---

---

## LA RUMBA.\*

A MI QUERIDO MAESTRO

EL SR. LICENCIADO IGNACIO M. ALTAMIRANO.

(FRAGMENTOS)



A iglesia era una ruina; el terciopelo del musgo bordaba las cornisas, daba tintes negruscos á la cúpula y descendía en alargadas manchas hasta el piso como si fuera el rastro de seculares escurrimientos de

lluvia.

Se perfilaba tristemente su torre sin campanas en el incendio de la púrpura vespertina; recortábase

(\*) Con este título publicaré próximamente un Ensayo de Novela. N. del A.

á sus miembros de barro movimientos que crisan,  
y en el muñeco parece encarnarse un enemigo. Tales recuerdos hacen sollozar, como sollozaban aquellos padres, perseguidos por la visión de un niño muerto con anteojos azules.

---

---

## LA RUMBA.\*

A MI QUERIDO MAESTRO

EL SR. LICENCIADO IGNACIO M. ALTAMIRANO.

(FRAGMENTOS)



A iglesia era una ruina; el terciopelo del musgo bordaba las cornisas, daba tintes negruscos á la cúpula y descendía en alargadas manchas hasta el piso como si fuera el rastro de seculares escurrimientos de

lluvia.

Se perfilaba tristemente su torre sin campanas en el incendio de la púrpura vespertina; recortábase

(\*) Con este título publicaré próximamente un Ensayo de Novela. N. del A.

como una filigrana en el horizonte, bocas de fragua parecían sus ventanas ojivales y ligera red de alambres sus enmohecidas rejas. Diríase que era una momia, oscura, con huellas de lepra, respirando muerte si algunos pájaros en festivo grupo no alegraran el silencio del abandonado campanario. Abatíanse en los florones de la cúpula, aleteaban en la torcida cruz, picoteaban el libro abierto que tenía en la mano un santo de cantería, y atronaban entrando al coro por los vidrios rotos ó viajando de una enorme cuarteadura llena de nidos, al alambre del teléfono y de ahí á un árbol de *pirú* que lloraba sus frondas cargadas con racimos de coral sobre los arcos de la casa del cura.

Siempre estaba cerrada por falta de culto. Los domingos repicaba su campana rajada llamando á la única misa que se celebraba: la de doce.

Alzábase carcomida sobre el enjambre de casucos miserables del suburbio y haciendo más grande la soledad de la *Rumba*, inmensa plazuela que se extendía á su frente y en la cual desembocaba un dédalo de oscuras callejuelas.

*Rumba* tenía fama en los barrios lejanos; contábase que era el albergue de las gentes de mala alma; una temible guarida de asesinos y ladrones, y citaban el nombre de un Florencio Carvajal que debía *siete vidas*; Márcos Pezuela, zapatero, había enve-

jecido en Belén y después de extinguir su condena se había refugiado en aquel vivero de malhechores.

Y era triste aquel lugar enorme, desierto, una fuente seca que servía de muladar era el centro, los desechos de todo el vecindario: ollas rotas, zapatos inconocibles, inmundicia, hasta ramos de flores marchitas de la *Parroquia* se hacinaban en aquella fuente, de la que surgía una cruz de piedra, que conservaba pedazos de papel dorado, colgajos de papel de China y una podrida guirnalda de ciprés, restos quizá de alguna fiesta, destruidos por la lluvia, el viento y la intemperie.

Un *chopo* escueto se bamboleaba á su lado, tan falto de frondas y lleno de varejones, que parecía una escoba de ramas secas enterrada en el polvo.

En derredor corría un círculo de casas. Bajo un portal había un tenducho, “La Rumba;” en una esquina la pulquería “Los Ensueños de Armando;” en las enmohecidas rejas de la casa menos vieja y en el fondo de un pizarrón, el blanco letrero de “Amiga Municipal;” una “Maderería” elevaba hasta el cielo una pirámide de tablones que sobresalían de las tapias, y más allá arrojaba un penacho de humo la negra chimenea de no sé qué fábrica.

Reinaba un profundo silencio en aquel lugar; llegaban confusos los toques de corneta del cuartel cercano. De un lado á otro no podía distinguirse á

una persona, y aparecía como una mancha amarilla el *tranvía* que desembocaba del callejón del "Tecolote."

Sonaban lejanos, metálicos, los martillazos de una herrería: la de Cosme Vena, que se adivinaba en la acera contraria por el manchón rojizo de las ascuas en el fondo de una casuca.

Raros eran los transeuntes: el cura que atravesaba de la *Parroquia* á la tienda; á las once, los soldados que hacían la limpieza de los caballos en "La Rumba" y les daban agua en larga pileta pegada á la tapia de la iglesia; algunos arrieros que se apeaban en la pulquería y dejaban vagar sus recuas en el polvo, mientras el jefe desensillaba su rocinante y en un *ayate* le desparramaba un poco de trigo, y con un cabestro lo ataba al *chopo*. El animal comía á la delgada sombra del árbol, importunado por la negra nube de moscas que surgía de las basuras de la fuente y lo acosaban sin que cesara de sacudir su cola enlodada á diestra y siniestra.

Alguna mujer enmarañada, encorvada, sucia, sin rebozo, con la camisa grasienta, acarrea grandes cubos de agua para la *atolería*, en la que palmo-teaban, lanzando soeces carcajadas, las tortilleras.

Los hombres eran de rostros patibularios, amarillentos, de mirar siniestro, ensabanados, con cara

de convalecientes del hígado, silbando en la esquina, charlando todos con el gendarme, que empolvado y sudoroso, caldeado por un sol fundente, se refugiaba en la fresca pulquería, cuya húmeda atmósfera arrojaba á la acera encandecida un hálito refrigerante.

Los perros se encarnizaban en los montones de basura; uno que otro pordiosero los espantaba para buscar hilachos, removiendo los montones y haciendo relampaguear los fondos de botellas, é insensibles al olor de la inmundicia calcinada y de los gatos muertos, achicharrados por el sol.

Pero llegaba la tarde, calmábase el calor, volvían los artesanos del trabajo, sonaba allá melancólica el arpa de un aguador, y mas acá la vihuela del zapatero; cantaban sonos tristes y lánguidos, á los que hacía *segunda* el de la tienda, un bajo profundo.

Vomitaba la puertecita de la *Escuela* una turba de muchachos que correteaban dándose empellones, tirándose pedradas, gritándose *sobrenombres*, y lanzando estridentes silbidos. Unos lloriqueaban, golpeábanse otros y dejaban en sus casas pizarras, silabarios y sombreros para retozar en el polvo de la plazuela.

El sol bajaba proyectando en el suelo la sombra enorme de la iglesia.

En la rubia transparencia del ocaso, como negro

dibujo en fondo de oro, destacaba sus labrados el campanario, se erguía el palo del teléfono; fugaces siluetas de pájaros nadaban en el ardiente crepúsculo, y con finas y delicadas líneas se cincelaban las secas ramazones del escudo *chopo*.

Entonces los acentos languidecían, resonaban los toques del cuartel y respondía el eco á lo lejos; repiqueteaban los cascabeles del tranvía y se oían claros los acordes de la vihuela rasgueada con furor en casa del zapatero y acompañando á un coro de borrachos que cantaban gemebundas canciones de celos y profundo amor.

Parecía aquello un pueblo perdido en los arenales de no sé qué desierto, pero cruzaba los aires el *Angelus* tocado en Catedral; susurraba á lo lejos la gran ciudad; perdíanse en las sombras sus altas torres, sus elevados edificios y eso hacía más grande el contraste de aquel suburbio triste. Llegaba el sereno, trepaba la escalera de mano y prendía el farol que colgaba de un alambre y dos postes y la flama fuliginosa describía un círculo sangriento en el negror de tinta de aquella *Rumba* envuelta por la sombra.

Delgadas rayas de claridad se filtraban por las rendijas, hacían un lunar de luz en los respiraderos de las puertas ya cerradas, con excepción de la tienda, la *atolería*, cuyo brasero flameaba con llamas

azuladas, y la herrería de Cosme Vena, cuyo horno encandecido arrojaba llamaradas de infierno, su reflejo rojo y larguísimo como un cono de lumbre se proyectaba en las tinieblas de la plazuela, daba perfiles diabólicos á los transeuntes que pasaban por su puerta, y se oía en el silencio el fatigoso resoplar del fuelle y el metálico chocar del yunque y el martillo que arrancaba chispas á las barras de fierro hechas ascuas.

En las noches lóbregas nadie cruzaba la *Rumba*; el viento gemía medroso removiendo las basuras, levantando olas de polvo y silbando en las callejuelas, y se adivinaban cerca de las fuentes grupos vagamente destacados; eran parejas de amantes que ocultaban en la sombra sus relaciones.

Las noches de lluvia se hacía un lago de la inmensa *Rumba*, lago en que flotaban cadáveres de animales, pedazos de sombreros de palma, ollas despostilladas, petates deshechos, hojas de maíz, canastas desfundadas y zapatos boquiabiertos.

Danzaban en los sucios charcos el relámpago de la fragua y la moribunda luz de la tienda, en cuyo dintel una vendedora de *elotes* lanzaba su plañidero grito, que tenía todo el acento de un sollozo.

Cuando había luna, edificios y plazuela ofrecían el contraste de la luz y la sombra; el negro y el suave reflejo de vía láctea que el astro arrojaba á las

paredes blancas. Todos los muchachos salían de sus casas desharrapados, sin zapatos; niños de dos años de paso no firme, con ropón, sin calzones; los menores barrigones, de piernas flacas, hirsutas greñas y completamente desnudos. Las muchachas cargaban á los recién nacidos envolviéndolos en harapientos rebozos. El horizonte se agrandaba en el inmenso fondo de nubes cenicientas. En un lago de obscuro azul vogaba dulce, lenta, la luna. ¡Cómo ardían los azulejos del campanario! ¡Cómo parecían de plata las ramas del *chopo* y tenían brillazones fosforescentes los guijarros del muladar! Parecían placas de metal las vidrieras relampagueantes y espectros las mujeres vestidas con trajes claros. El zapatero sacaba á la acera su silla y en pechos de camisa rasgueaba la guitarra rodeado de los ebrios cantores, mientras los recién nacidos, boquiabiertos, mudos, babeantes, miraban la dulce marcha de la luna sin parpadear, la luna que prendía una chispa en sus ojos admirados.

Afuera retozaban los chicuelos. Allá encorvado *Chito* hacía de *burro* y se oían claros los palmotazos que daban en sus espaldas. Más acá, un grupo jugaba á los soldados, y la gritería que imitaba á las trompetas era atroz. Casi en la sombra se veía una vidriera abierta, una lámpara con globo opaco: era la pieza del cura, y bajo sus balcones juga-

ban al toro los hijos del tendero y la *atolera*, oíanse los toques de mando: ¡*tarararii!* los gritos ¡*torooo!* ¡*éntrale, toro pinto!* El que hacía de toro, abatida la cabeza, en ademán de embestir, correteaba á todos, lanzaba resoplidos de fiera, y rojo de fatiga, sudando sin tregua, perseguía á los que mariposeaban frente á él blusas y chaquetas. Tomaba á uno del brazo; ¡*no se vale!* ¡*estoy en caya!* gritaba el prisionero pugnando por desasirse, pero no había remedio, sufría una feroz embestida. Cabalgaban los picadores cargados de carrizos en los hombros de los más fuertes, y estallaban disputas á cada suerte.

Los perros, locos, alegres, correteaban también, ladraban, se metían entre las piernas y lanzaban mordiscos á los trapos ó á los fondillos de los pantalones.

Las niñas, más tranquilas que los varones, se refugiaban en las escalinatas del templo, hacían un muñeco de un envoltorio de trapos, y oprimiéndole contra el regazo, lo mecían como se duerme á un niño; recitaban larga charla maternal, monólogos tiernos, ó cantaban:

*Duérmete, niño,*  
*Y duérmete yá, etc.*

Y seguían su arrullo murmurando: *chó, chó, chó,*  
*hay viene el coco.*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN,  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REILLO"  
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Sus juegos eran más serios, hacían *comiditas* con pedazos de papel y pedrezuelas. Fingían visitas:

—Señorita, ¿está usted bien?

—Bien, ¿y usted? . . . .

—¿Y el señor?

—Se fué al trabajo

—¿Y el niño?

—Mírelo usted, está dormido.

Y destapaban el envoltorio de trapos, mostrándolo con maternal complacencia:

—¡Qué gordo! Pues ya vengo, señorita; memorias al señor.

Y lleno el cuerpo de *dulces meneos*, tapándose con el rebozo, paseaban al *nene*.

Los chiquillos querían tomar parte en el juego; pero les pegaban y poníanse á sollozar.

—Te voy á acusar con mi mamá.

—¡Vaya, soplón! . . . . vaya; al fin que no me hacen nada, y le sacaban la lengua.

—Ora verás —gritaba la madre desde la accesoria.— Ora verás, Justa; sigue y te pego.

Pero Justa lanzaba al chico frases insultantes.

—¿Cuánto te dieron por el chisme?

—¿Qué te importa?

—Come torta.

—En tu boca se conforta.

—¡Cállese, tarugo!

—Taruga serás tú, que el otro día. . . . Anda, me alegro.

Y como quien rasguea una guitarra, rascábase la barriga el desvergonzado monigote.

Tales disputas acababan por golpes, y tales golpes precedían á feroces *tundas* que les daba á los beligerantes la madre.

Había una muchacha seria entre aquellas, una rapazuela que no jugaba ni al *pan y queso*, ni al *San Miguelito*, ni á las *visitas*. Decíanle la “Tejona,” por su cara afilada y sus modales broncos; era la hija de Don Cosme Vena, era Remedios.

Prometía ser una mujer de aspecto varonil; rasgaban casi su estrecho vestido las formas precozmente desarrolladas, con enérgicas curvas. Era muy niña; pero en sus ojos de dulzura infantil, cruzaban á veces esos relámpagos elocuentes, esas miradas de mujer que en nada se parecen al candor. Acentuábase el relieve de sus labios de sonrisa impúdica, acorde con la nariz picarescamente arremangada y el andar atrevido, el ademán provocativo de la muchacha, la más bonita del barrio. Era muy niña; pero ya el cura la detenía en el confesionario más tiempo que á las otras muchachas de la *Doctrina*; el tendero le tomaba la mano, se la oprimía largo rato, mientras ella reía como una loca, echando atrás sus opulentas y negrísimas greñas.

Era suave el cutis de su enérgica garganta morena y robustos sus brazos, que tenían algo de pétalos de flor, entrevistó por las desgarraduras de las rotas mangas. Los muchachos la temían por sus fuerzas. *Chito* quiso un día abrazarla, decirle al oído frases aprendidas muy temprano, que ella sin comprender sospechaba qué decían, y derribó á *Chito* de un empujón, y *Chito* era el valiente entre los chicos de la *Rumba*.

Remedios trabajaba como un hombre: su padre, el herrero, ebrio consuetudinario, la ocupaba en el oficio como á un *oficial* cualquiera; levantaba grandes barras, golpeaba con pesados martillos, mordíase la lengua, se bebía el sudor, pero no daba tregua al golpear constante de barandales y pies de cama. En aquel antro había crecido sólida como aquellos metales, ardiente como aquellas llamas que hacían brillar sus pupilas como ascuas, templada como el acero para el trabajo, y muerta ya bajo la suave ternura de su pecho la poesía de la virgen, pero con la cabeza poblada por los caprichos de la mujer.

Era hosca, feroz, intratable. Cuando su padre estaba ebrio y le arrojaba puñetazos, ella los paraba como un maestro de pugilato, y daba lástima ver en su epidermis de capullo tierno, los moretones, rastros de la cólera brutal del herrero.

Nada le llamaba la atención, si no era el *tranvía*, á cuyos pasajeros veía, y si eran mujeres bien vestidas, con insistencia mayor.

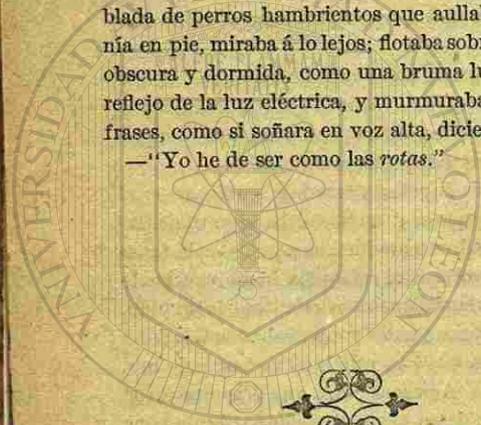
Guardaba como un avaro los centavos que pedía descaradamente al tendero, en medio de coquetas muecas y miradas que subyugaban al rubio mocetón.

Su mejor paseo, su felicidad mayor, era ir al centro, ponerse zapatos, vestir la enagua morada y el tapalillo á cuadros, única prenda elegante de aquel barrio, en que todas usaban rebozo.

Al volver de aquellas correrías, sentábase en el quicio de la puerta, y muda, sería, algo triste, repasaba los cuadros tentadores de aquellas calles concurridas: si volvían el rostro los hombres cuando ella pasaba, le lanzaban soeces galanteos, la seguían, se veía en los escaparates y platicaba con Guadalupe, una amiga *modista*, que le había enseñado muchas cosas. . . . Amargas cosas que despertaban en su interior un deseo vago, no definido, de algo que no fuera su existencia de bestia de carga, y aquellos recuerdos la ponían pensativa, mugía en su interior una cólera oculta, una sorda rebelión contra su suerte; hacía castillos en el aire, los castillos que puede hacer una muchacha ignorante; se desalentaba, pero el recuerdo de las calles concurridas volvía á aguijonearla, odiaba á las elegantas, á las *ro-*

tas que visten de seda; sentía una inmensa rabia de ser *una cualquiera*, y casi sollozaba cuando oía á sus espaldas el roncar del fuele, el choque del yunque, el chisporroteo de las brasas y á su frente miraba la *Rumba*, negra, sola, oliendo á muladar, poblada de perros hambrientos que aullaban; se ponía en pie, miraba á lo lejos; flotaba sobre la ciudad oscura y dormida, como una bruma luminosa, el reflejo de la luz eléctrica, y murmuraba no sé qué frases, como si soñara en voz alta, diciendo:

—“Yo he de ser como las *rotas*.”



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ7297

.C189

03

R.C.

99815

AUTOR

CAMPO, Angel de

TITULO

Ocios y apuntes

UANL

®

